

HARLEQUIN®

Tiempo para ti™

Deseo®

360 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $10.00

TODA UNA FANTASÍA

Lori Foster

Toda una fantasía

Lori Foster

1º Las hermanas Sommers

Toda una fantasía (1999)
Título Original: Fantasy ()
Serie: 1º Las hermanas Sommers
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 896
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sebastián Sinclair y Brandi Sommers

Argumento:

¡Adjudicado!

El atractivo experto en seguridad Sebastián Sinclair consiguió una buena suma en la subasta de acompañantes. Y durante los cinco días siguientes iba a ser el compañero de alguna mujer rica. Al menos era por una buena causa…Lo último que deseaba Brandi Sommers era volar a un nido de amor con aquel magnífico ejemplar de hombre. Pero Sebastián era un extravagante y caro regalo de su querida y entrometida hermana y no podía devolverlo. Además, ella mantendría el control de la situación en todo momento… o eso pensaba.

Capítulo 1

—A la una… a las dos…

Con un silencio de anticipación en el aire, la presentadora anunció:

—¡Vendido!

Y Sebastián Sinclair contempló cómo el hombre al que acababan de comprar era conducido fuera del escenario entre gritos y felicitaciones femeninas. Pronto sería su turno.

«¿Cómo diablos me he metido en esto?», se preguntó. Llevar aquel traje, ver cómo montones de dinero cambiaban de manos sin consideración al precio y ser el centro de atención… Lo odiaba todo. Le recordaba a su juventud y a lo poco que tenía que ver con aquellas mujeres huecas de sangre azul.

Y lo peor era que odiaba que lo compraran como un juguete caro para la diversión de alguna mujer rica, a pesar de que fuera por una buena causa.

Él parecía ser el único hombre al que no le entusiasmaba la idea de exhibirse en público. Los otros, con edades que variaban de los veinte a los cuarenta, estaban sonrientes y agitaban sus plumas por decirlo de alguna manera y en general estaban metidos en el espíritu de la ocasión. Sólo quedaba un hombre en la fila delante de él y a juzgar por su cuerpo musculoso y mandíbula áspera por la barba de unos días no tardaría mucho. A las mujeres les gustaban los machos de aspecto duro.

Que era sin duda por lo que a los trabajadores de la construcción les habían puesto pantalones y camisetas tan apretados. Una concesión a la audiencia femenina, sin duda, porque no había forma de que un hombre pudiera trabajar cómodo con una camiseta tan apretada. Lo mismo que los jardineros iban con botas y sin camiseta. Y los carpinteros… a él le habían puesto un pesado cinturón de herramientas muy bajo en las caderas. El equipo se completaba con tenazas, alicates y el martillo más grande que había visto en su vida, sin duda un penoso símbolo. Sebastián sacudió la cabeza e intentó, sin demasiado éxito, ocultar su asombro.

La presentadora, una mujer con una sonrisa de anuncio de dentífrico, condujo al hombre fuera del escenario arrastrándolo con un dedo metido en la trabilla de su cinturón. La audiencia bramó y aún más cuando la mujer le hizo volverse para enseñar la espalda.

Sebastián se preguntó si alguna de aquellas mujeres ricas realmente comprendía que la finalidad de aquella recaudación era para asistir a mujeres maltratadas. Lo dudaba. Para ellas aquello era una juerga, no un acto humanitario para construir refugios y ayudar a personas necesitadas.

Para él era mucho más personal.

El moreno de delante de él desapareció y la asistente femenina lo agarró a él del brazo y lo condujo hasta el centro, justo delante del foco. Sebastián miró a aquella audiencia, satisfecho de sus generosas donaciones, pero disgustado con su descuidada actitud. Nadie dedicaba un segundo a pensar adonde iría el dinero o la falta que hacía. Eran todas iguales, cargadas de brillo y glamour, huecas, frívolas y concentradas sólo en sus propios placeres. Y él sentía profundo desdén por todas ellas.

Y entonces la vio.

Allí estaba, sola, una mujer pequeña de pelo oscuro con ojos enormes que dominaban su cara y expresaban fascinación. Ella no sonrió cuando sus miradas se cruzaron ni gritó ni hizo bromas o risas como las demás mujeres. No hacía más que mirarlo y él ya no escuchaba a la presentadora ni se sentía el centro de las miradas. Su aburrimiento y desinterés parecieron disiparse. La cara de la mujer estaba iluminada y sus labios ligeramente entreabiertos como con gesto de sorpresa. Y supo con seguridad que ella no podía apartar la vista. De alguna manera, la tenía atrapada con la mirada.

Sebastián no se atrevió ni a pestañear. La mujer parecía inocente y la encontró tremendamente irresistible. Por algún motivo insano, quizá porque había despertado algo dentro de él, no tenía intención de dejarla irse.

Quizá no riñera con Shay después de todo. Quizá acabara dándole las gracias.

Ella lo deseaba.

Brandi permaneció de pie justo delante del escenario. Los hombres habían estado desfilando en el escenario, pero realmente ninguno le había llamado la atención, aunque ella no estaba allí para comprar a ningún hombre. Sólo había ido para apoyar a su hermana Shay. Lo cierto era que a ella no le gustaban aquellos espectáculos donde la testosterona se podía masticar en el ambiente y hubiera preferido otras formas de pasar su cumpleaños.

Pero nada de eso importaba ya. El hombre que estaba en el escenario era increíble y en cuanto clavó su mirada en él no pudo apartarla. Sentía una conexión irresistible con él y no parecía encontrar la fuerza de voluntad para irse.

La mujer que llevaba la subasta se rió de alguna broma de la que Brandi n se enteró antes de abarcar el brazo del hombre. Con un micrófono en la mano, lo asió con fuerza con la otra y se frotó contra él.

—¡Una apuesta muy generosa! —dijo muy excitada, aunque

Brandi no había escuchado la suma ofrecida—. ¡Pero merece la pena hasta el último penique, señoras! Vamos, no sean tímidas. Este es todo un espécimen.

Le apretó el bíceps con una exclamación de asombro para su audiencia.

El hombre no parecía muy halagado. Parecía desdeñoso y en vez de exhibirse como los otros, permanecía cruzado de brazos con una pose fuerte y masculina. Parecía tan impenetrable como un muro de piedra y no dejaba de mirar a Brandi.

La presentadora hizo un esfuerzo por que cooperara con ella. Intentó obligarle a que diera una vuelta y se exhibiera como los otros para alcanzar las sumas astronómicas que ellos habían recaudado. Pero él se resistió y no se movió ni un milímetro.

Ya las mujeres les encantó. Las pujas fueron en aumento y los comentarios de lo que harían con él cada vez eran de lo más explícito.

La fascinación de Brandi fue en aumento. Nunca antes la había sentido o al menos no en los últimos ocho años. Y antes de eso, simplemente había sido demasiado joven. Pero no había forma de negar el interés que había despertado en ella. Brandi había tomado una decisión ese mismo día, una decisión que cambiaría su vida, con suerte para mejor. ¿Pero esto? ¿Podía considerar siquiera la idea de pujar por un hombre? ¿Por aquel hombre?

En respuesta a sus propios pensamientos, sacudió la cabeza para rechazarlos.

El hombre le dirigió una sonrisa devastadora que le quitó el aliento y sacudió lentamente la cabeza como para animarla. Brandi se puso roja de vergüenza. ¡Él no podía saber lo que estaba pensando! Sacudió la cabeza otra vez, de forma más firme, pero eso sólo provocó que la sonrisa del hombre se hiciera más brillante.

¡Dios, era magnífico!

Y grande. Demasiado grande e imponente y… Brandi sintió un ardor como si alguien hubiera abierto un horno. Intentó retroceder y romper aquella conexión invisible, pero no lo consiguió. Nunca en su vida había sido objeto de una atención masculina tan intensa. Su hermana Shay era tan llamativa, alta, pálida y guapa, que naturalmente Brandi empalidecía a su lado.

Pero ahora un hombre, aquella increíble torre de hombre, la tenía atrapada con su mirada descarada y no la soltaba. Se sintió alarmada y halagadoramente turbada.

En ese momento apareció Shay a su lado. La mirada del hombre automáticamente se desvió hacia su hermana, que sobresalía por encima de ella.

No fueron celos lo que Brandi sintió, más bien resignación.

Tampoco tenía derecho a mirar a un hombre y despertar su interés si no tenía intención de devolvérselo. Y no podía devolverlo, al menos todavía. Su resolución de empezar el día de su cumpleaños de forma diferente no podía ser con un hombre como aquel.

Ahora que no la estaba mirando pudo por fin apartar la vista con un suspiro de pesar.

Shay escuchó aquel suspiro y se rió.

—Es magnífico, ¿verdad?

Agobiada por sus propios pensamientos, Brandi se dio la vuelta para mirar a su hermana y preguntarle de forma estúpida.

—¿Quién?

—El hombre al que has estado admirando —entonces Shay la agarró por el brazo y la condujo al centro de la pista—. Todas las mujeres han estado haciendo lo mismo, pero claro, no es exactamente un hombre al que una mujer de sangre caliente pueda ignorar.

—Pues no le gusta estar en ese escenario.

Shay lanzó una carcajada.

—No, no lo creo. ¿Pero has visto cómo reaccionan las mujeres ante su desinterés? Se están volviendo locas por él.

—Entonces supongo que recaudará una buena suma para tu acto de caridad.

—No es en eso en lo que estoy pensando. Podría hacerte un préstamo, ¿sabes?

—¡Dios bendito, Shay! ¿No estarás sugiriendo…?

—¿Por qué no?

Aquella era una sugerencia ridícula y Brandi se sintió irritada.

—Ya sabes por qué no. ¿Lo has visto? Es más alto que una torre y más moreno que Satán. Hasta con traje parece bastante salvaje. Y hasta ahora, sólo ha sonreído una vez.

—Sí, pero esa sonrisa casi te ha tirado por tierra. Admítelo, Brandi. Te ha gustado lo que has visto.

Brandi intentó ser razonable.

—Tengo que reconocer que me produce sobresaltos y eso no es buena señal.

La cara de Shay se iluminó.

—¿Estás de broma? Esa es una señal fantástica.

—No.

—Pero…

—No hay peros que valgan —suavizó el tono porque sabía que su hermana sólo quería su propio bien—. Esta mañana he tomado la decisión de poner mi vida en orden… de empezar a circular de nuevo.

—¿Circular? ¿Quiere eso decir ligar con hombres?

Brandi sonrió.

—Sí, probablemente me ponga en ridículo y tendré que empezar con alguien con quien esté a salvo, alguien a quien conozca, en quien pueda confiar y que no me presione o sea demasiado dominante. Tengo que empezar a actuar como una mujer normal aunque me vaya la vida en ello.

Shay sonrió.

—Me parece estupenda tu idea, de verdad. Pero ya que te gusta el hombre del escenario…

Las dos se volvieron cuando la presentadora respondió a un montón de pujas. Las cosas se estaban calentando. Lo venderían en cualquier momento. Brandi sacudió la cabeza con tristeza. Shay no lo entendía. Nadie de su familia la entendía. Ella intentaba lo mejor que podía no agobiarlos y siempre contestaba que se encontraba bien.

Se dio la vuelta sin querer ver el desenlace.

—Yo nunca compraría a un hombre, Shay, y lo sabes.

Su hermana bajó la vista hacia ella desde su impresionante altura.

—Pues yo no tendría ningún problema en hacerlo.

Y antes de que Brandi pudiera detenerla, alzó el brazo y levantó la suma de la puja bastante por encima de lo que había ido subiendo.

Un silencio de asombro reinó en la sala ante aquella cantidad astronómica, pero nadie lo subió. Y después de un momento, la presentadora golpeó el martillo con evidente satisfacción.

—¡Vendido! A Shay Sommers y es una ganga hasta la última libra.

Los caprichos del destino eran a menudo ocultos.

Brandi cerró un momento los ojos negando su propia desesperación.

—Bueno —dijo Shay con un tono muy seco—. Eso se ha resuelto con facilidad, ¿verdad? Nadie se ha molestado en pujar más alto.

Brandi abrió los ojos con sensación de irrealidad.

—¿Estás loca, Shay? ¿Es que has perdido la cabeza por completo? Tú puedes conseguir al hombre que quieras. No necesitas pagarlo.

—Pero quería a ese hombre —entonces Shay alzó la mano con elegancia—. Esto es mi proyecto y mi acto. Todo el mundo espera que yo aporte también algo.

Brandi lanzó un sonido estrangulado.

—¡Vamos, Brandi! Es lo mismo que donar el dinero directamente. Sólo de esta manera los hombres del escenario consiguen dar publicidad a sus empresas y atraer la atención de la

prensa como hombres concienciados. Y el refugio se beneficia porque todos han prometido aportar mano de obra gratis. Pintarán, harán la jardinería, las obras y lo que haga falta para que el nuevo refugio funcione. Ellos consiguen publicidad y nosotros mano de obra gratis. Todo el mundo contento. ¿Te das cuenta de la cantidad de dinero que hemos recaudado?

«Excepto yo», pensó Brandi sintiéndose infeliz. Se preguntó a qué contribuiría el hombre de Shay pero al instante decidió que no quería saberlo. Cualquiera sabría a qué se dedicaría aquel enorme bárbaro.

Brandi entendía el entusiasmo de Shay. Desde que se había quedado viuda, su hermana había hecho todo lo posible por ayudar a la comunidad de Jackson, Tenessee, poniendo toda su energía en sacar dinero a los ricos para ayudar a los pobres. Ella tenía el dinero de su marido, lo que le daba el prestigio y tenía la conciencia de dedicarlo a buenos fines. Por desgracia, Shay no encajaba en el tipo de viuda matrona y muchos hombres se negaban a tomar sus esfuerzos en serio mientras que muchas mujeres la veían como una amenaza personal.

Brandi sabía que su hermana buscaba con desesperación un propósito en la vida, alguna manera de dedicar a un buen uso la fortuna que había heredado de su marido. Y Brandi deseaba apoyarla en todo lo que pudiera.

—Shay. No me debes ninguna explicación. Si quieres comprar un hombre… desde luego puedes permitírtelo y yo no tengo derecho a interrogarte. Te pido disculpas.

Lo sentía y sentía aún más haber aparecido en aquel acto esa noche. Ahora lo único que deseaba era volver a casa, tomar la tarta de cumpleaños en la intimidad y olvidarse de haber visto siquiera a aquel hombre.

Shay sonrió.

—Sólo quería asegurarme de que entendías mis motivos.

Desde luego que los entendía. Antes de pensarlo siquiera, Brandi preguntó:

—Pero, ¿por qué él?

Había muchos hombres que se hubieran sentido halagados de que se hubiera comprado, así que ¿por qué había escogido al hombre al que ella no había tenido el valor de adquirir?

Y no es que le importara. Brandi evitaba por instinto a hombres como aquel. Era demasiado corpulento, moreno e imponente. Hasta con el traje se veía que era todo músculos, como un guerreo listo para el ataque.

Shay sólo sonrió.

—Ya has visto lo sexy que es.

Sexy no se acercaba siquiera a la descripción acertada. Cuando la

había mirado, se había puesto nerviosa y se había quedado sin respiración. Y él no había pestañeado ni hecho lo que los demás. Sólo había permanecido allí inmóvil y con aspecto imponente.

Agarrando a Brandi de la mano, Shay tiró de ella hacia donde los hombres estaban conociendo a las mujeres que habían pujado por ellos.

—Vamos, Brandi. Nuestro chico debe estar al final de la fila.

¿Nuestro chico? Brandi clavó los tacones negándose a dar un paso más.

—¡Espera un minuto, Shay! No sé lo que pretendes, pero no es nuestro chico.

Con un tirón, Shay la hizo moverse de nuevo.

—Tienes razón. Es tuyo.

Capítulo 2

—Ya puedes pararte ahora mismo, Shay. No quiero formar parte de esto.

—¡Eh, Brandi —Shay se inclinó para susurrarle al oído—. La prensa está por todas partes, tal y como yo había esperado. No querrás dar mala reputación a mi acto de caridad, ¿verdad? Ya sabes las molestias que me he tomado para reunir a esta panda de snobs y que suelten el dinero. Si Phillip no me hubiera dejado una buena fortuna, ni siquiera me mirarían. No pueden importarle menos los necesitados y lo sabes, pero les gusta divertirse. He tenido que buscar la forma de darles esa diversión en nombre de la caridad para despertar su interés. Ya sabes lo saturados que están los refugios de mujeres aquí en Jackson. Necesitamos que esta subasta tenga éxito, pero si mi propia hermana pone pegas, nunca me elegirán para dirigir otro acto.

Brandi apretó los dientes con frustración, pero tenía que admitir que Shay tenía razón. Desde la muerte de Phillip se había embarcado en muchas actividades, pero esa era la primera vez que tomaba la dirección. Y la subasta había sido un éxito rotundo. Sería el acto que le abriría un futuro de oportunidades. Y ella quería ayudar; necesitaba ayudar.

La idea de que las mujeres compraran a los hombres tenía todo tipo de connotaciones, como Shay había previsto. Que era por lo que había tantos periodistas que le darían la publicidad que el acto necesitaba.

Brandi no podía empezar a imaginar lo que su hermana tenía pensado para aquel hombre. Por algún motivo, la idea de que su hermana estuviera cinco días sola con él en algún tranquilo refugio romántico la inquietaba. Y por mucho que odiara admitirlo y quisiera que su hermana fuera feliz, sentía envidia.

—¡Vamos, Brandi! Te lo pasarás bien.

«Lo dudo mucho», pensó ella.

Pero era muy difícil resistirse con la impresionante altura que tenía su hermana.

Por fin se detuvieron al lado de un círculo de mujeres reclamando sus «compras». Brandi miró a su alrededor viendo cómo las mujeres y hombres se emparejaban bajo los disparos de las cámaras. Las mujeres posaban mostrando sus elegantes trajes y joyas y los hombres sonreían con aire sexual y confiados y orgullosos de su éxito. Estaban todos tan naturales, tan relajados… y tan diferentes a ella.

Todos parecían estar pasándolo bien.

Todos menos un hombre.

Brandi se paralizó con la mirada clavada en aquella cara intensa

y seria. Sólo la altura ya lo distinguía de los demás hombres, pero también aquel pelo negro y liso y la piel tan morena con unos ojos verdes que resaltaban brillantes como el fuego al mirarla.

El hombre ya se había aflojado la corbata y se había desabrochado el botón superior de su camisa. El vello rizado asomaba en su cuello y Brandi se preguntó si tendría la misma espesura en todo el cuerpo. Entonces se sonrojó.

Con un ancho hombro apoyado contra la pared, tenía una postura desenfadada aunque Brandi sospechaba que no había nada desenfadado en él. Una pantera tensa para el ataque era mejor comparación que aquella negligencia casual.

Podría haber seguido en el escenario por la forma en que dominaba su campo de visión y sus pensamientos. Una punzada de excitación la asaltó en el vientre.

Y entonces se le ocurrió.

—Iba a ser el acompañante de Shay durante cinco días y el muy descarado la estaba desnudando a ella con la mirada. Brandi se puso rígida y frunció el ceño.

El hombre arqueó la comisura del labio con gesto de diversión antes de ponerse serio de nuevo. Su mirada verde, ahora más brillante, pero todavía cálida se deslizó primero por su cara y después por el resto de su cuerpo.

Brandi recordaba aquella mirada y lo que significaba aunque habían pasado años desde que no la había sufrido. Experimentarla ahora le produjo un vuelco en el estómago. Se preguntó si su sencillo vestido negro le desagradaría. Le llegaba justo por encima de las rodillas cubiertas con medias negras. Con un cuello apenas escotado y mangas largas, era igual que su vida, sencillo, tranquilo y sin complicaciones.

Exactamente como ella quería que fuera.

Algunas mujeres estaban intentando hablar con él, pero no les hacía el mínimo caso. Se apartó de la pared y empezó a caminar hacia Brandi, que pensó por un momento en hacer una rápida escapada porque no sabía si sentiría indiferencia al verlos presentarse.

Pero Shay volvió entonces y siguió la mirada de Brandi antes de apoyar el brazo en su hombro. Cuando el hombre llegó a su lado, Shay lo abrazó con el brazo libre y le dio un beso familiar.

—Sebastián. Lo has hecho de maravilla. Has sido nuestra mayor atracción. Por un momento, pensé que mi puja causara un disturbio. Algunas damas se han sentido muy decepcionadas por perder —lanzó una carcajada—. Yo tenía razón. En ti es natural.

—Un natural idiota por haberte dejado que me involucraras en esto —dijo él con naturalidad deslizando la mirada sobre Brandi antes

de bajar la voz—. No creo que te haya dado las gracias por haber hecho la última puja por mí, Shay.

Brandi abrió mucho los ojos. ¿Estaba insinuando que quería que ella fuera la ganadora?

—Me gustaría que nos presentaras, ya que parecéis conoceros bien.

Shay sonrió sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su satisfacción ante su interés.

—No sólo conocidas, sino familiares. Sebastián, esta es mi hermanita —empujó a Brandi hacia adelante—. Sebastián Sinclair, Brandi Sommers.

—¿Hermana?

La miró entrecerrándolos ojos y Brandi supo que las estaba comparando, algo en lo que ella saldría perdiendo siempre.

—Sebastián es un buen amigo mío —dijo Shay con una oleada de entusiasmo—. ¡Feliz cumpleaños, cariño! Te lo he comprado para ti.

La primera idea de Sebastián fue que aquella mujer se desmayaría a sus pies. Se había puesto mortalmente pálida y se había quedado con la boca abierta. Y sin embargo, cuando se había adelantado hacia ella, había retrocedido sin una sombra de incertidumbre en su expresión.

Su mirada dejaba bien claro que no quería saber nada de él y eso encendió su indignación. Pero no podía apartar la mirada de su cara a pesar de su rechazo. De cerca, pudo ver que sus enormes ojos eran de un azul suave enmarcados por espesas pestañas. Tenía la nariz un poco respingona y la pequeña barbilla era un poco almendrada y orgullosa. Bajo los pómulos tenía unos hoyuelos que le daban un aspecto delicado, pero su mandíbula era firme. Sus labios… tenía una boca muy sensual, decidió. Jugosa y bien definida aunque se negara a sonreír y tuviera expresión de susto. No era pálida como Shay, sino que su piel tenía un suave tinte sonrosado y el pelo negro como el azabache le enmarcaba la cara rizado y corto. Se encontró sintiendo un severo caso de lascivia instantánea. Y sin embargo, aquella mujer parecía irritada por la generosidad de su hermana. Maldición.

—Nunca hubiera imaginado que erais hermanas. No os parecéis nada.

Shay sonrió.

—Yo fui adoptada, ¿no lo sabías? Supongo que nunca te lo había contado.

—No. ¿No estás de broma?

—No. Mis padres pensaron que no podían tener hijos y me

adoptaron. Y siempre me han tratado como a su hija mayor.

—Porque eres su hija mayor —intervino Brandi frunciendo el ceño a su hermana.

—Pero poco después de mi adopción, mamá se quedó embarazada —Shay miró a Brandi con cara radiante—. Ella es como la niña milagro.

—Ya no creo que se la pueda llamar niña —dijo él dedicando su atención a los labios apretados de Brandi unos segundos.

Se imaginó besar aquellos labios y tuvo que apartar la imagen de su cabeza antes de avergonzarse.

Brandi entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre los senos, unos senos pequeños y perfectos que no pudo evitar notar. Apenas le llegaba al cuello, y a pesar de eso conseguía imponer.

—Tendrá que perdonar a mi hermana, señor Sinclair, pero a veces se deja llevar por sus buenas intenciones. Pero yo no quiero… esto.

—Puedo permitírmelo, Brandi. ¡Y es el regalo perfecto! —Brandi miró con enfado a su hermana, que se defendió—. ¡Bueno, a mí me lo parece!

Con la cara roja y la postura rígida, Brandi parecía más que resuelta a deshacerse de él y Sebastián intervino antes de que pudiera hacerlo.

—Cuando dices mi hermanita creo que exageras.

Shay se aferró al cambio de tema agradecida.

—Brandi es como el resto de la familia. Pequeña y morena. Me temo que con mi exagerada estatura y pelo rubio, soy yo la rareza.

—¡Ja! —Brandi se había plantado las dos manos en las caderas —. Una rareza preciosa y lo sabes —entonces se dirigió a Sebastián—. Shay es la reina matriarca de la familia. Hace lo que puede por dirigirnos a todos y normalmente la dejamos porque disfruta mucho. Además, le da algo que hacer y la mantiene alejada de problemas. Pero esta vez…

Sebastián no quería que la rechazara, así que estiró la mano hacia Brandi y la interrumpió con rapidez.

—Así que soy un regalo de cumpleaños, ¿verdad? Supongo que habré sido cosas peores en mi tipo de trabajo.

Ella plantó su pequeña mano en la grande de él y se la estrechó con energía.

—Encantada de conocerle. ¿Y cuál es exactamente su tipo de trabajo?

Shay le dio un codazo en las costillas haciendo que Brandi diera un respingo.

—Sebastián tiene una agencia de seguridad privada y realiza un

trabajo increíble en cuidar a la gente, vigilándolos y protegiéndolos de peligros de todo tipo. Es una de las razones de la corpulencia que has notado.

Brandi se sonrojó.

—Voy a matarte, Shay.

A Shay no pareció preocuparle en absoluto la amenaza. Agitó una mano de manicura perfecta en dirección su hermana como para abanicarle el enfado.

—Sebastián tiene que estar en plena forma. Su trabajo puede ser a veces muy físico. Es realmente un héroe, sólo que no se da cuenta.

—Hago mi trabajo como todo el mundo, Shay. No hay nada de heroico en ello.

—¿Ves lo que quiero decir? —dijo Shay antes de susurrar a Brandi—. De hecho sería un hombre perfecto si no fuera tan paternalista, pero sólo ve a las mujeres como a unas frágiles criaturas a las que tiene que salvar.

Él entrecerró los ojos.

—No lo sé, Shay, pero no te catalogaría a ti de frágil. Quizá más como material de suela de zapatos pero no…

Shay le dio un beso con una sonrisa, pero Brandi frunció el ceño sin fiarse del todo de él a pesar de la declaración romántica de su hermana. Entonces se volvió hacia Shay y aunque bajó la voz, él oyó todo lo que decía.

—No sé lo que pretendes, Shay, pero no funcionará, así que déjalo ahora mismo. Tú lo has comprado, así que quédatelo tú.

—¡No lo quiero! —dijo Shay con el ceño fruncido—. Es un tipo estupendo, pero somos demasiado parecidos. Nos mataríamos el uno al otro en menos de veinticuatro horas. Además yo ya he estado en esa carretera y no pretendo volver a recorrerla.

—¿Y por qué debería hacerlo yo?

Shay se encogió de hombros.

—Tú sabes cómo es un camino que no se pisa nunca. A ti te han crecido las malas hierbas, Brandi. Pronto no serás capaz ni de encontrar más el sendero.

—¡Por dios bendito! Esta es la discusión más tonta que he tenido en mi vida.

Sebastián estaba empezando a sentirse como un felpudo. Ninguna mujer había mostrado tal desinterés en su compañía desde los doce años en que había ganado aquella corpulencia y estatura. No era vanidoso, pero tampoco estúpido. Había habido mujeres que se habían peleado por él, muchas veces por cierto, pero nunca para cargársela a la otra como en ese momento. La mayoría del tiempo, eran las mujeres las que lo perseguían.

Y por cierta noción de perversidad, decidió que quería quedarse.

Shay se había plantado las manos en las caderas imitando la postura de Brandi y parecía tan resuelta como su hermana.

—Quería regalarte algo especial para tu cumpleaños, Brandi, pero no se me ocurría ni un solo regalo adecuado. Entonces, cuando mencionaste tus nuevos planes, tuve la inspiración.

Sebastián se mordió el labio superior. No entendía lo de los nuevos planes, pero la forma en que Brandi lo había mirado cuando estaba en el escenario era de inspiración. Su hermana había interpretado su mirada como de interés, así que quizá él también se hubiera equivocado al pensar que se lo estaba comiendo vivo.

Brandi agitó una pequeña mano con el mismo gesto que había usado su hermana poco antes sólo que esa vez en dirección a él.

—¡Él no formaba parte de mis planes!

—¡Él es perfecto para tus planes! Hoy haces veintiséis años y nunca te has divertido. Sebastián es divertido, ¿verdad, Sebastián?

—Una risa por minuto.

Pero en ese momento no tenía ganas de reírse. Sentía ganas de decirle a Shay que dejara de presionar a su hermana. Casi lo estaba forzando a que se quedara con él y ella se estaba resistiendo de forma admirable. Era una nueva experiencia para él y no le gustaba ni un poco.

Brandi cerró los ojos y los abrió de nuevo.

—No.

—Vamos, Brandi.

Fue el orgullo masculino lo que le motivó y el que Brandi había conseguido intrigarlo con aquella mirada desnuda y al mismo tiempo inocente. Y no es que pudiera robarle tiempo a sus obligaciones. Estaba en mitad de entrevistar a gente nueva para su oficina y casi cada habitación de su casa estaba en algún estadio u otro de renovación. Su tiempo libre se reducía a cero.

Pero se encontró plantándose enfrente de las dos hermanas para que no les oyera la multitud. Aquel maldito no había sonado muy decidido y él estaba resuelto a no dejarla que lo rechazara.

—Siento que no le guste el acuerdo, señorita Sommers —dijo sin poder ocultar el tono de irritación—. Pero el hecho es que ninguno de los dos tenemos elección en este asunto. La prensa está a punto de sacarnos una foto. Si vacila o parece coaccionada, la publicidad de Shay se resentirá. Mi negocio se resentirá y el refugio de mujeres también.

Volviéndose muy despacio, Brandi lo miró a los ojos.

—Está exagerando.

—Somos los siguientes para las fotografías. Con esa cara,

imagínese los titulares. De alguna manera lo retorcerán todo para buscar algún oscuro motivo para que rechace mi compañía en el viaje y este acto acabará como una farsa de mala reputación y los esfuerzos por conseguir hogares para las familias maltratadas perderán terreno.

Después de soltar tantas exageraciones, Sebastián esperó. Si Brandi se parecía a su hermana, no querría que la operación corriera riesgos. Esperó conteniendo el aliento y sintiéndose ridículo por lo mucho que le importaba su decisión.

Después de inspirar para calmarse, Brandi miró a Shay.

—¿Y ahora qué pasará?

Una expresión de alivio surcó la cara de Shay antes de que sonriera.

—El premio incluye un corto viaje a Gallinburg con todos los gastos pagados. Irás a un complejo hotelero muy tranquilo. Escogí el sitio yo misma. Te encantará.

Sebastián apoyó el brazo en el hombro de Shay en silenciosa señal de que desistiera. Si había que presionar a Brandi, prefería hacerlo él mismo.

—Mírelo de esta manera, señorita Sommers. Le guste o no, le pertenezco durante los próximos cinco días.

Ella abrió tanto los ojos que Sebastián tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Será usted la que fijará las normas. Si quiere pasarse todo el tiempo en la cabaña enfadada con su mandona hermana, eso es asunto suyo. Yo sólo estaré allí como escolta si quiere o necesita una. O para cualquier otro propósito que se le ocurra.

Aquella noción estaba cargada de promesas aunque ella no fuera la mujer más cálida o amistosa que del mundo.

Extraño, pero por algún motivo, eso no disminuía su interés en lo más mínimo.

Brandi apreció intrigada ante la idea, pero sacudió la cabeza.

—No lo sé…

—Tómese su tiempo para pensarlo, pero hasta que salgamos de aquí, siga el juego. Al menos aparente ser una participante entusiasta.

Brandi vaciló de nuevo, pero al final cedió.

—Bien. Lo pensaré. Peor vamos a acabar con esta parte cuanto antes, por favor. Estoy deseando llegar a mi casa.

Shay esbozó una sonrisa de disculpa.

—No puedes irte tan aprisa. Los fotógrafos quieren sacaros fotografías juntos. Después están los aperitivos, las copas, el baile.

Brandi se puso rígida de nuevo. Por alguna razón, estaba dispuesta a resistirse a la atracción que había surgido entre ellos.

Y Sebastián estaba igualmente decidido a no permitírselo.

Brandi decidió resistirse a su hermana, que estaba en plena forma esa noche, en su mejor estilo autoritario.

—Nos haremos unas cuantas fotos, Shay, pero olvídate de las copas y el baile.

Shay pareció enojada, pero Sebastián aceptó sus términos.

—Me parece muy justo ¿Estás preparada? —preguntó extendiendo la mano hacia Brandi.

«¿Preparada? ¡Oh, dios, no! No estaba preparada».

Lo cierto era que no quería volver a tocarlo. Su leve apretón de manos había sido suficiente para erizarle el vello y sólo de mirarlo se le aceleraba el corazón. Pero aceptó su mano de todas formas. Era tan grande que pareció tragarse la suya. Notó de nuevo que su palma era callosa y su piel cálida y seca. Le gustó la sensación, pero sabía que acercarse demasiado a aquel gran cuerpo para bailar, dejarle que la abrazara, sería un error. Probablemente se pondría en ridículo y no podría soportarlo. Al menos no con él.

Sería mejor desanimarlo ya; eso los salvaría a los dos de más agravios.

Shay había desaparecido después de la primera fotografía, probablemente a esconderse.

—Señor Sinclair…

—Sebastián.

Brandi vaciló un momento antes de proseguir:

—De acuerdo, Sebastián —miró a su alrededor para evitar la mirada de él—. Entiendo que hay que proteger la reputación de Shay y posar para unas cuantas fotos, pero no hace falta continuar con esta farsa más allá de eso. La idea de ese viaje juntos es absurda.

—No, no lo es.

Ella frunció el ceño ante su firme desacuerdo, pero Sebastián no le dio la oportunidad de discutir. Se inclinó sobre ella con expresión suave y tono calmado.

—Tu hermana me ha convertido en tu regalo. A estas alturas, lo sabe todo el mundo en esta sala. Si intentamos evitar el viaje, lo descubrirá alguien y la subasta perderá credibilidad. ¿Por qué estás tan en contra de ese viaje?

Como no le podía contar la verdad, Brandi se decidió por el sarcasmo.

—¡Dios! Veamos: acabo de conocer a un total desconocido y se supone que debo ir a un viaje privado con él —él sólo sonrió divertido por su forzado sarcasmo—. Señor… Sebastián. No te conozco. No sé nada de ti.

—Curioso, pero por la forma en que me mirabas antes hubiera

creído que te agradaría mi compañía.

Brandi se estiró, lo que acentuó aún más la diferencia de estaturas.

—¡Para ese fin te exhibiste en un escenario! Además, no era yo la única que miraba.

—¡Pero sí eres la única que montaría tal alboroto para no ir a ese viaje gratis! Apuesto a que cualquier otra mujer de esa sala estaría encantada de ir.

—Entonces quizá debería darle a cualquiera mi regalo y los dos estaríais delirantes y felices.

Él la miró con irritación un momento antes de suavizar la expresión y lanzar una carcajada. Tenía una risa bonita… para ser una montaña de hombre.

—¡Maldición, no puedo creer estar discutiendo esto contigo! Desde luego, sabes cómo tirar por tierra el ego masculino —la tomó de la mano sin preguntar para llevarla a un rincón más tranquilo—. Supongo que si me van a maltratar prefiero que lo hagan en la intimidad para salvar un poco mi orgullo.

¿Maltratar? Desde luego que ella no había tenido intención de maltratarlo. Sólo deseaba ir a su tranquilo apartamento y olvidarse de que todo aquello había sucedido. Pero al mirar a su alrededor, notó que se estaban llamando la atención, así que se dejó guiar.

Cuando se pararon en un rincón, Sebastián le hizo un gesto para que se sentara en un banco. Brandi lo hizo y cuando él se sentó a su lado, ocupaba tanto espacio que su muslo rozó el de ella y se puso rígida al instante.

—Señor… Sebastián. Siento haberte insultado de cualquier manera. No era en absoluto mi intención. Es sólo que no me gusta que me acorralen.

Él la miró un momento como si estuviera tomando una decisión.

—Tengo que decirte, Brandi, que tu actitud me sorprende de verdad.

—¿Ah, sí? ¿Es que estás acostumbrado a que las extrañas salten de alegría ante la perspectiva de estar a solas contigo?

—Yo no te llamaría exactamente extraña. Un poco diferente quizá, pero al mismo tiempo… No, no te escapes disparada. Estaba sólo bromeando —su sonrisa era tan atractiva que Brandi estuvo a punto de devolvérsela—. Sabes que soy amigo de tu hermana. Supongo que confiarás en ella, ¿no?

—Por supuesto. Es mi hermana.

—Entonces sabrás que no puedo ser tan reprobable para Shay, que no tolera la rudeza de ninguna manera como para haberme comprado para ti. ¿Correcto?

La exasperación superó al enojo.

—¡Dios bendito! No eres un regalo de cumpleaños. Es una donación, eso es todo. Hablas como si fueras el juguete de una mujer.

Él se rió y Brandi se sonrojó al comprender lo que había dicho. Sebastián le rozó suavemente la mejilla con los nudillos y ella casi se cavó del asiento.

—No sé cuánto juego puedo dar pero intentaré no agraviarte demasiado.

Su mera presencia ya la agraviaba, pero no de la forma en que él suponía. Se aclaró la garganta.

—No quería insinuar…

—Ya lo sé. Ahora volvamos a analizar mi carácter. Shay te contó que tengo una agencia de seguridad privada. La gente, la mayoría políticos y empresarios ricos me contratan como guardaespaldas o para otras funciones de seguridad cuando presienten conflictos. Pero también acepto otros casos más personales de mujeres y niños en peligro. Nunca deja de sorprenderme la facilidad con que algunos hombres pueden ser brutales con alguien más pequeño o débil que ellos.

Brandi se estremeció. Había un salvajismo en sus ojos que la inquietó. No le cupo duda del desprecio que sentía por los hombres que maltrataban, algo que ella también compartía.

Sebastián pareció sumido en sus propios pensamientos un momento antes de continuar:

—Me entrené en el ejército. Pasé ocho años en destinos diferentes que incluían proteger a algunos de los más altos cargos del gobierno. Después me fui, trabajé para una empresa dos años y fundé la mía propia. No me gusta la gente que amenaza o asusta a otra gente, así que dedico mi vida a impedir que la gente lo haga.

—¿Cómo?

—¿Perdona?

—¿Que cómo se lo impides?

El apretó los labios y clavó la mirada en ella.

—Como tenga que hacerlo. Con la mínima violencia posible. Y con extrema violencia si es necesario.

Brandi se estremeció pero ocultó su reacción. De alguna manera, que le hubiera contado la verdad descarnada suavizaba el impacto de sus brutales palabras.

—Al menos eres sincero.

—Siempre.

El tono de su voz casi la venció. Era como si él sufriera la misma mezcla de emociones confusas que él. Pero eso era imposible. Su situación sólo la conocían las mujeres. Los hombres no podían

entenderla.

—Siempre seré sincero contigo, Brandi. Cuando llegues a conocerme…

—No quiero llegar a conocerte.

—Sabrás que nunca miento.

Brandi quería gritar de frustración. Ningún hombre la había perseguido de forma tan insistente.

—¿Qué sacas de esto, Sebastián?

—¿Aparte de tu grata compañía?

Otra vez el tono de burla. Brandi alzó la barbilla desafiante.

—Sí. ¿Por qué has permitido que te subastaran para empezar? Parecías… disgustado con todo este acto.

—Lo estaba. Un poco —entonces sonrió—. La verdad es que mucho. No me gustó exhibirme ante esas mujeres ricas. Sobre todo porque mi trabajo se hace a la sombra. Y tirar el dinero de esa manera…

—Para una buena causa.

—En eso estoy de acuerdo. Aunque el refugio para mujeres maltratadas no era la motivación para la mayoría de las pujas. Incluso sin una causa, esa gente hubiera derrochado miles de dólares. Para ellas no era más que una diversión y ese despilfarro me asquea.

—¿Entonces por qué lo has hecho si te disgustaba tanto?

—Porque se necesitaba ese dinero con desesperación. Porque el número de mujeres y niños maltratados aumenta cada día. Lo veo en mi trabajo. Vivo con ello. Y sabía que con Shay al mando, la subasta sería un éxito. Rechazó mi donación porque necesitaba hombres en el escenario y va sabes lo persuasiva que puede llegar a ser.

Brandi lanzó un suspiro y sacudió la cabeza. Sebastián era un hombre agradable, le gustara o no. Era de lo más educado incluso con su arrogancia. Y sus motivos eran de lo más digno. En todo caso, tendría que admirar su sentido de la cooperación.

—Shay siempre ha sido muy mandona. Te prometo que cuando quiere algo, nada puede detenerla.

—Le gusta dirigir, pero es muy buena negocianta.

—¿La conoces bien?

—Eso creía. Pero eso de la adopción me ha sorprendido.

—No suele pensar en ello mucho: ninguno lo hacemos. Para nosotros es mi hermana mayor y la hija mayor de mis padres. Además no es un tema que saques en una conversación banal.

—Supongo.

—¿Cuándo os conocisteis?

Incluso mientras lo preguntaba, Brandi sabía que aquello no era

de su incumbencia. La cuestión de si Shay y Sebastián habían mantenido alguna relación en el pasado no era asunto suyo. O al menos no debería serlo.

—Shay y yo somos amigos desde hace más o menos un año. Tuve un caso de una mujer maltratada por su marido. Ya la había pegado antes y en el hospital tenían informes de las veces que había ingresado. Pero tenía dos hijos, no tenía dinero ni a dónde ir. Shay acababa de empezar a trabajar en el refugio. Llevé a la madre y a los niños allí y trabajé con algunos amigos de la policía para conseguir encerrarlo. Yo hubiera preferido una venganza más personal, pero eso no solucionaría el problema a largo plazo. El caso es que descubrimos que traficaba con drogas, así que conseguimos una sentencia para una buena temporada. De todas formas, tu hermana se portó de maravilla acomodando a la familia. Desde entones hemos tenido intereses comunes.

Brandi sintió una punzada en el corazón. Era sorprendente, pero de repente confiaba en él. Aquel hombre era un hombre de palabra y un protector de desamparados.

Y le había ofrecido el mando a ella. Era una idea tan intrigante, una que encajaba a la perfección en su plan de cambiar de vida y avanzar. Supo en ese momento sin sombra de duda que Sebastián cumpliría todas sus condiciones.

Aunque todavía no había tenido tiempo de pensar en ellas, pero ya lo haría. Con una oleada de confianza muy poco habitual en ella, decidió arriesgarse. Alargó la mano hacia él y esperó.

Sebastián la miró con gesto de curiosidad antes de aceptarla.

—¿A qué viene ese gesto?

—Iré al viaje contigo.

—¡Ah! —su sonrisa fue radiante y le formó unos hoyuelos en las mejillas—. Ha sido el tono seductor de mi voz lo que te ha convencido, ¿verdad? ¿La práctica que tengo en contar una historia? No, ya sé. Ha sido por la forma tan elegante que tengo de sentarme.

Brandi esbozó una sonrisa.

—Lo cierto es que creo que se puede confiar en que cumplas tu palabra. Dijiste que yo sería la jefa y que para todo propósito, me pertenecerías durante los próximos cinco días. He comprendido que no podía dejar pasar tal oportunidad. Pero no dejaré que te olvides que soy yo la que estará al mando.

Sus largas pestañas descendieron hasta que sus ojos quedaron ocultos, pero su sonrisa seguía radiante.

—Créeme, cariño. No seré capaz de olvidarlo.

Capítulo 3

Las cosas se movieron con demasiada rapidez. El avión no estaba muy atestado, sobre todo en primera clase, donde Shay los había instalado, pero la vaciedad sólo añadía más inquietud a la creciente ansiedad de Brandi. Al mirar por la ventana pudo ver una ligera lluvia. Odiaba volar por la noche. Bueno, odiaba volar de cualquier manera, pero eso era un miedo racional que compartía con miles de personas.

Aunque no es que le sirviera de consuelo.

Flexionando los hombros para aliviar algo la tensión, tropezó contra Sebastián. Aquel hombre ocupaba demasiado espacio con su gran cuerpo y aún mayor masculinidad. Cuando estaba a su lado era imposible ignorar su presencia.

Shay no les había dado mucho tiempo para preparar el viaje, presumiblemente para que Brandi no se arrepintiera. Y no es que lo hubiera hecho. Estaba resuelta a solucionar las cosas, pero su hermana había preferido no correr riesgos. Se había encargado de todos los detalles, hasta de enviar a un asistente a casa de Brandi a empaquetar sus maletas para llevarlas de vuelta al hotel donde había tenido lugar la subasta. El vuelo había sido reservado para unas horas después de que Brandi hubiera aceptado. Una limusina los había llevado al aeropuerto y otra los esperaría cuando aterrizaran. Después tendrían un coche de alquiler a su disposición.

Sebastián había planeado abandonar la subasta con una mujer, así que ya había llevado el equipaje consigo. Antes de salir se había puesto unos pantalones de pinzas de color kaki y un polo negro. Brandi había estado demasiado agobiada con las prisas como para haber prestado atención a su atuendo, pero ahora, sin ninguna distracción, le dirigió una mirada de soslayo.

Sus bíceps eran imponentes y tensaban la tela de las mangas cortas. El color oscuro hacía que sus ojos parecieran aún más verdes y los pantalones, tensados por la postura resaltaban…

Brandi apartó la cabeza. Tenía una banda negra en la ancha muñeca y la sombra de la barba era ahora más pronunciada. Dio un respingo al escuchar su nombre.

—¿Qué?

—¿Nerviosa?

Brandi se negó a aceptar su debilidad.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo él con voz calmada e intensa.

Ella tenía la sensación de que Sebastián sabía exactamente cómo calmar a una persona con sus movimientos tan practicados y perfectos.

—Por todo… yo, el viaje, el vuelo…

Girándose en su asiento, lo miró con más atención. Muchos pasajeros estaban dormitando y habían apagado sus luces. Sebastián tenía la cara en sombras, lo que acentuaba la línea oscura de su mandíbula y el alto puente de su nariz recta.

Brandi no tenía una sola posibilidad de quedarse dormida. Frunció el ceño con sospecha.

—Te ha contado Shay lo que siento por los aviones, ¿verdad?

—Sí —la miró fijamente—. No es para tanto. Yo tengo mi propia colección de fobias. Quizá algún día te cuente alguna.

¿Aquella masa de músculos estaba admitiendo sus miedos? ¿La torre humana tenía fobias? Brandi apenas podía creerlo.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Para nada —agitó los dedos—. Ahora dame la mano. Ayuda bastante, ¿sabes?

El avión empezó a moverse hacia la pista de aterrizaje y Brandi se apresuró a enterrar la mano en la de él. Sintió su piel increíblemente caliente contra sus dedos helados y bajó la vista con sorpresa.

Sebastián sonrió.

—Tienes los dedos como el hielo.

—Porque hace frío aquí —era una tontería ponerse tan a la defensiva pero su calor le quitó el aliento—. Y yo no puedo creer que estés tan… caliente.

«Oh, estupendo, Brandi».

Pudo notar por su sonrisa que le había divertido, pero cuando habló no se rió de ella, sino que sus palabras fueron suaves y calmadas.

—La mayoría de los hombres tenemos una temperatura corporal más alta que las mujeres. Probablemente sea por la densidad de los músculos —dobló la mano y expuso la de ella en lo alto—. Siempre me han encantado las manos de una mujer. Son pequeñas y delicadas, pero normalmente muy fuertes —se apretó la mano con suavidad—. Las tuyas son bonitas.

Brandi lo miró fijamente. Aquella voz ronca suya podía ser letal y estaba segura de que él lo sabía. Sebastián le examinó la mano como si nunca hubiera visto ninguna y tanta atención le estaba revolviendo el estómago aunque la sensación era de alguna manera agradable.

—¿Qué es lo que pretendes?

Él lanzó una carcajada.

—¿Crees que estoy intentando seducirte?

Ella se puso pálida y sintiéndose como una tonta se encogió de hombros.

—No lo sé. No estoy… acostumbrada a este tipo de cosas.

Sebastián sonrió.

—Lo cierto es que estaba intentando distraerte mientras el maldito avión despegaba. Y ha funcionado, ¿verdad?

Asombrada, Brandi se volvió hacia la ventanilla y sólo encontró el interminable cielo oscuro. Suspiró y se volvió para mirarlo.

—Sí, gracias.

—Bien.

Sebastián se dio la vuelta para mirarla con más atención mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando. Brandi le dejó desabrocharle el cinturón sin poder apartar la mirada de sus músculos o de cómo su pelo liso caía sobre su frente. Ella nunca se había sentido tan intrigada por un hombre, por su mínimo movimiento o gesto.

Y deseaba sujetar su mano de nuevo. De hecho, había otras partes donde deseaba tocarlo aparte de en la mano. Pero podría ser tan arriesgado…

—Ahora, acerca de lo de seducirte…

«¡Dios bendito! Aquel no era un asunto para discutir».

—Sebastián, de verdad que no hace ninguna falta…

—Sí, sí la hace. Quiero que entiendas que no te presionaré de ninguna manera. Sé que estas vacaciones pretendían ser románticas, pero no tiene por qué ser así si tú no quieres. Podemos hacer lo que tú quieras. Dar paseos, jugar al ajedrez, o quedarte sola si eso es lo que te apetece. Pero si decides que quieres algo de mí…

—¡No querré!

Su protesta fue demasiado enfática incluso para sí misma.

—Tendrás que decírmelo. Lo que estamos haciendo ahora, hablar y conocernos no tiene nada que ver con el sexo. Se trata de que estemos cómodos el uno con el otro. O sea que si hago o digo algo que te incomode, quiero que me lo digas. ¿De acuerdo?

De nuevo, ella se mordió el labio antes de asentir. Sebastián había sacado un tema al que ella no hubiera querido enfrentarse. Al menos no tan pronto. Pero ahora que lo había sacado no pudo evitar preguntarse qué pensaría él si supiera por qué se había resistido tanto a aquellas vacaciones.

¿Quería Sebastián que ella le pidiera algo? Nunca tendría valor. Pero ahora deseó de repente poder tenerlo.

Sebastián tenía el brazo entumecido, pero no le importaba. Le gustaba tenerla dormida apoyada contra él. La limusina avanzaba con suavidad, el aire estaba en calma y le gustaba verla así, relajada y sin

aquellas barreras impenetrables de protección.

Bajó la mirada hacia ella, le apartó con cuidado un mechón de la cara y le rozó la mejilla cálida. Brandi no se sobresaltó ni mostró rechazo ante su caricia.

Tenerla tan cerca estaba provocando grandes estragos en su libido. Brandi se había pasado una pierna por debajo del cuerpo, así que el vestido se le había subido un poco y podía ver un poco de su piel rosada. Un zapato había caído al suelo y contempló su pie fino y arqueado… Dios bendito, a él nunca le había excitado tal cosa, pero no podía negar que le estaba despertando el deseo.

Estaba en muy mala forma si el pie de una mujer podía excitarlo.

Una brisa caliente le abanicó el cuello cuando ella suspiró profundamente en sueños. Su nariz estaba justo bajo su mandíbula y uno de sus pequeños senos le rozaba las costillas.

Llevaban sólo quince minutos en la limusina cuando ella se había dormido de repente contra su cuerpo. Sebastián deseó haberla atraído a su regazo, abrazarla… besarla. Aquella mujer era con mucho la más sensual que había encontrado en su vida. Y cuando de repente se despertó estirándose a su lado como un gato y bostezó, no pudo evitar darle un leve abrazo.

Ella abrió los ojos de golpe y se apartó de él. Bueno, eso ya lo había esperado. Era una mujer sensual, pero no estaba interesada en él.

Sebastián esbozó una sonrisa.

—Espero que esta pequeña siesta te haya sentado bien.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

Tenía los ojos muy abiertos y la expresión casi acusadora.

—Como cuarenta minutos. Llegaremos al complejo hotelero enseguida.

Ella se afanó a su lado alisándose el vestido y el pelo antes de frotarse las manos. Mirarla le hacía desearla, así que Sebastián desvió la vista.

—¿Estás bien?

La pregunta le pilló de sorpresa.

—Sí, ¿por qué?

—No lo sé. Pareces… tenso.

Tenso y excitado y…. casi necesitado. Ella lo había puesto más tenso esa noche que cuando se había criado en la más absoluta pobreza. Sebastián había sufrido muchos rechazos de niño y se había acostumbrado a ellos. Pero de adulto no había permitido que nadie le hiciera sentir de aquella manera. Él daba ayuda a la gente, no la recibía.

Pero ahora deseaba a una mujer que no le correspondía y eso le

hería el orgullo masculino. Respondió con una verdad a medias.

—Todo este lujo me pone incómodo. Los billetes de primera, la limusina. Ese dinero podría haberse gastado en cosas mejores.

Por una vez la expresión de Brandi se suavizó y la mirada que le dirigió lo dejó sin aliento. En el silencio e intimidad de la limusina, si no dejaba de mirarlo así, perdería el control.

Pero ella no pareció notar su problema.

—Estoy segura de que nuestro plan de vacaciones es el más extravagante de todos. Pero es que Shay es muy extravagante con la gente a la que quiere. Supe en el momento en que acepté, que se tomaría un interés personal en este viaje y no me sorprendería si todo es de lo más lujoso —alzó la cabeza—. ¿Te molesta tanto de verdad? A la mayoría de la gente le encantaría lo de la limusina y lo demás.

Sebastián vaciló. Para él aquel tema era muy personal y no fácil de discutir. Pero cuando Brandi le rozó la muñeca y la miró, todo el cuerpo se le tensó.

—Está bien, Sebastián. No quería entrometerme en tu vida.

Él se inclinó hacia ella. Deseaba ganarse su confianza y aquel era tan buen sitio para empezar como otro cualquiera.

—Crecí pobre.

—Ya entiendo.

Él lanzó una carcajada.

—No, no lo entiendes. No quiero decir que no pudiéramos permitirnos un coche nuevo, estoy diciendo que apenas nos llegaba para comer. La mitad de las veces nos cortaban la electricidad, el agua caliente un lujo y en nuestro barrio, sólo ver una limusina hubiera sido un entretenimiento de primera.

Brandi lo miró con comprensión.

—Entonces, ¿el dinero sigue preocupándote?

—¿Preocuparme? Sí. Aprendí a ser ahorrador. Tenía que hacerlo para que la comida durara. Y ahora que no tengo problemas económicos me molesta el despilfarro incluso cuando el dinero no es mío. Con lo único que he sido extravagante es con mi casa. Me da una sensación de seguridad que no puedo conseguir en otra parte.

Sebastián esperó por su reacción. Nunca había confiado en una mujer lo suficiente como para compartir aquellas intimidades. Admitir tal debilidad hubiera tirado por tierra la imagen que las mujeres tenían de él.

Pero Brandi no pareció desilusionada sino que le agarró la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Aquel pequeño gesto estaba tan cargado de comprensión que le apremió a continuar sabiendo que no le desilusionarían sus confidencias.

—Mi madre era increíble. No puedes imaginar los esfuerzos que

hacía para que todo saliera bien. Pero llegaba a casa tan agotada de todas las horas extras que hacía por el mínimo salario que no podía siquiera pensar en comer. Yo intentaba asegurarme de que comiera, pero había veces en que estaba demasiado agotada hasta para eso. Y otras en que yo ni siquiera podía encontrar comida para que lo hiciera.

—¿Y qué pasaba con tu padre?

Él lanzó un sonido tan rudo que Brandi le apretó la mano. Ella era una mujer delicada para su tamaño, pero tenía una fuera increíble en el apretón que Sebastián sintió hasta el corazón.

—Mi padre era una borracho, un bastardo abusador que sólo se bebía el dinero que mi madre ganaba con tanto esfuerzo —sonrió, pero no fue una sonrisa agradable—. Era del mismo tipo de hombres que tienen los refugios para mujeres llenos. No trabajaba para mejorar su vida. Diablos, con la forma en que bebía tampoco podría haber mantenido un trabajo aunque lo hubiera tenido. Así que estaba amargado y en vez de trabajar para arreglar las cosas, volvía a casa y… descargaba la rabia contra mi madre.

—¿Le pegaba?

—No puedo siquiera contar las veces en que me despertaba con mi padre insultando a mi madre y ella llorando. Duraba horas.

Brandi inspiró con el labio tembloroso y se apartó de él. Sebastián bajó la vista hacia ella y se quedó helado. Incluso en el oscuro interior del coche, su cara brillaba de la palidez y tenía los puños apretados en el regazo. No parecía solamente impresionada sino lívida. Sin pensarlo, Sebastián dijo:

—Maldita sea. Lo siento.

Entonces la atrajo hacia sí. Ella estaba rígida y se resistió al consuelo, pero él lo necesitaba tanto como ella, así que no la soltó.

—No debería haber seguido contándote eso. Si ya ni siquiera pienso a menudo en ello excepto cuando veo que derrochan el dinero. ¿Brandi? —le abarcó la cara entre las manos y le volvió la cara hacia él—. ¿Estás bien?

Asintiendo, ella le tocó la mejilla con una mano temblorosa. Pero tenía el ceño fruncido en un gesto que parecía casi feroz.

—Lo siento, Sebastián. No deberías haber pasado algo tan horrible.

—¿Yo? Fue mi madre la que tuvo que aguantarlo.

Brandi sacudió la cabeza.

—Pero tú te preocupabas por los dos, ¿a que sí?

Inspiró para sofocar el disgusto y una lágrima solitaria le brilló en el ojo.

Su reacción le pareció extremada a Sebastián. Escrutó su cara

pero no vio lastima ni repulsión. Sólo había una completa comprensión que le confundió más que nada. ¿Cómo una mujer que provenía de una amorosa familia podía comprender la áspera existencia que él había llevado?

Despacio, ella se apartó de él y le dirigió una mirada de incertidumbre cuando él siguió mirándola.

—¿Ves a tu padre alguna vez ahora?

Él lanzó un bufido de desprecio.

—Para nada. Y menos cuando fui yo el que lo echó.

—¿Tú?

—Cuando tenía unos doce años, decidí que ya había sido suficiente. Esperé a mi padre con un madero que había pillado en una obra vecina. Cuando agarró a mi madre por última vez, lo detuve.

—¿Extrema violencia cuando es necesario? —susurró ella con suavidad.

Sebastián se encogió de hombros.

—Yo me llevé lo mío aquel día pero mi padre, que llegaba asquerosamente borracho, también recibió su ración. Y para un hombre como mi padre no merecía la pena quedarse si tenía que sufrir él el maltrato que daba. Supo sin duda que desde aquel día tendría que enfrentarse conmigo cada vez que le pusiera a mi madre la mano encima. Así que se fue y no volvió nunca.

—Pero tú salvaste a tu madre.

Así era como Sebastián se había consolado durante muchos años porque a pesar de todo, y por muy absurdo que pareciera, tenía sentimientos por su padre y lo había echado de menos. Pero enseguida aquellos sentimientos se habían desvanecido.

—Mi madre nunca lo mencionó, ni dijo si lo aprobaba o desaprobaba, pero sonreía más a menudo. Y saber que había conseguido mejorar su vida me hizo sentirme mejor incluso cuando tenía el estómago vacío.

—Mi padre es el hombre más dulce que puedas conocer —dijo Brandi con suavidad—. Nos mimó a todas y nos cargó de regalos y afecto. Te puede sermonear hasta volverte loca pero nunca levanta una mano a una mujer cuando está furioso.

—Tienes suerte de tener una familia como esa.

—Eso he pensado yo siempre. Pero tú debes sentirte muy orgulloso de lo que has conseguido desde entonces. Has superado un entorno muy trágico.

—No tan trágico y la verdad, no muy diferente del de montones de familias. Pero fue lo que decidió mi futuro y es por lo que tengo un negocio próspero ahora.

—¿La agencia de seguridad privada?

—Sí.

Sebastián estaba sorprendido de lo increíblemente fácil que le resultaba hablar con Brandi. En nada de tiempo, ya sabía de él más que la mayoría de la gente.

—Decidí que necesitaba un trabajo para ayudar después que mi padre se fuera aunque estábamos mejor sin que nos gastara el dinero en bebida y con una boca menos que alimentar. Para esa edad ya era casi tan alto como ahora, así que me alquilé.

—¿Pertenecías a una banda?

—Yo era mi propia banda —se rió al recordar lo orgulloso que se había sentido entonces—. Era un adolescente, pero me creía tan capaz como cualquiera. Si alguien necesitaba protección, yo se la daba. Era un chico muy grande y había aprendido a ser malo por necesidad. Pero era escogido. Yo trabajaba para defender, nunca para atacar a nadie. Y gané mucho dinero haciéndolo.

—Sebastián… —Brandi vaciló antes de seguir—. Me da la impresión de que aprendiste a convivir con la maldad no a apartarte de ella.

—Cierto. Se llama supervivencia. Pero cuando por fin se me ocurrió no sin algunas cicatrices y peligro de perder la vida varias veces, me alisté en el ejército. La universidad estaba fuera de cuestión porque apenas había llegado a la secundaria. Y no porque no fuera inteligente, sino por rebeldía. Y la disciplina del ejército me enderezó.

Asombrado, observó cómo lo estaba mirando Brandi con aquellos enormes ojos intensos. El corazón todavía le sangraba con los recuerdos de su penosa infancia y no deseaba otra cosa que besarla, consolarse y consolarla. Pero en cuanto su mirada se posó en la boca de Brandi, ella se puso rígida y una vez más, el aceptó su rechazo.

Aquellos iban a ser probablemente los cinco días más largos de su vida. Brandi no le deseaba y con cada minuto que pasaba con ella, él la deseaba más. Sentía una afinidad con ella que nunca había compartido con otra persona. Y no tenía sentido cuando Brandi era tan delicada e inocente, todo lo contrario que él. Sin embargo lo sentía, porque sentía su comprensión, su preocupación, su entrega…

Aunque él había tenido amantes y amigas, ninguna le había afectado de aquella manera. Ninguna había pasado las barreras de su guardia con tan poco esfuerzo. Compartir tanto tiempo con ella iba a ser una sutil forma de tortura.

Se rió para apartar la inquietud. Lo cierto era que no le quedaba otro remedio.

—¿No es tan increíble? Ahora estás empezando a parecerte a Shay.

—Que dios no lo quiera.

Cuando ella siguió mirándolo con expresión de curiosidad, Sebastián preguntó:

—¿Qué pasa?

—Eres… un hombre tan grande. Apenas puedo imaginarte de niño. ¿Te pareces a tu madre?

—No, ella era pequeña y delicada como tú, aunque un poco más rellena.

Brandi se rió.

—Shay siempre me está diciendo que tengo que comer más, pero podría engordar diez kilos y seguiría sin estar rellena, al menos no en los sitios adecuados.

—Estás bien como estás, así que dile a Shay que se meta en sus propios asuntos.

Lo había dicho en tono de broma pero aun así Brandi parecía avergonzada.

—Me gustaría conocer a tu madre algún día. Imagino que estará muy orgullosa de ti.

—Se murió hace unos años, Brandi. Pero mi madre siempre estuvo orgullosa incluso cuando no me lo merecía. Solía decir que era lo único bueno que le había pasado en la vida, lo que, ahora que veo mi juventud malgastada, es un poco triste. De todas formas, es la obligación de los padres, sentirse orgullosos de sus hijos.

En una voz casi imperceptible, la pudo oír decir:

—Mis padres no siempre han estado orgullosos de mí.

Sebastián la miró con incredulidad.

—Eso no es posible. Acabas de decir que tu padre os mimaba mucho y Shay siempre habla muy bien de tu madre. Os quieren mucho.

—Sí, nos quieren, pero yo he cometido algunos errores terribles.

El quería saber cuáles eran aquellos errores terribles, pero por su trabajo sabía que para que una mujer confiara en él, no debía presionarla.

Como Brandi no lo miraba, le agarró la barbilla y le volvió la cara hacia él.

—Todos cometemos errores, cariño. Es parte del ser humano.

—Yo no puedo…

Sebastián sonrió.

—Está bien. Sin presiones, ¿recuerdas?

Ella inspiró con intensidad antes de explotar:

—Yo no debería estar aquí. Deberías haber pasado estas vacaciones con otra mujer. Ha sido injusto que Shay te haya cargado conmigo de esta manera. Pero no es demasiado tarde. Quizá

podríamos…

—Brandi. Yo no querría estar aquí con nadie más. Quería estar aquí contigo.

—Pero tú no lo entiendes.

—¿Entender qué? —se irritó un poco pero se contuvo—. ¿Que no quieres intimar conmigo? Créeme, eso ya lo he adivinado y me parece bien. Sigo disfrutando de tu compañía.

—¡Pero si me he quedado dormida!

—Estabas cansada. No me ha importado.

—¡Pero es una grosería!

Sebastián lanzó un largo suspiro.

—¿Sabes que te he contado más cosas de mí mismo que a ninguno de mis amigos? —ella abrió mucho los ojos—. No sé por qué, maldita sea, pero me apetecía hablar. Y tú me has escuchado y me has comprendido.

—Me alegro.

—Y yo me alegro de que estés aquí conmigo —le apretó el hombro—. Lo pasaremos lo mejor posible, ¿de acuerdo?

Brandi inspiró de nuevo, algo que parecía hacer cuando estaba nerviosa y lanzó un suspiro. Entonces lo miró con gesto vacilante.

—Yo… yo también quería venir. La verdad es que sí.

—¿Pero?

—No estoy preparada para esto.

Él no sabía lo que era esto, pero se le ocurrieron varias cosas. Podría estar enamorada de otra persona. Podría tener el corazón roto o quizá quisiera a alguien más influyente que él. No le importaba. Fuera cual fuera el obstáculo, él lo superaría de alguna manera.

Él llevaba bastante tiempo en su negocio como para saber que lo que parecía por fuera no era siempre la realidad. Brandi era tal enigma, autoritaria y sin embargo dulce, segura de sí misma y a veces insegura. Tenía cinco días más para averiguar más cosas de ella y estaba deseando hacerlo.

Sonrió.

—¿Te olvidas de quién está al mando en este viaje? Haremos lo que tú quieras, cuando y como quieras.

—Yo sólo… no me gusta correr riesgos.

Eso tampoco lo entendía, pero tampoco le importaba en ese momento.

—Yo creo que estás preparada para correr algún riesgo. Uno pequeño. Conmigo.

—Eso es una suposición bastante arrogante, ¿no crees?

Por supuesto que lo era, pero Sebastián no pensaba admitirlo.

—¿Sabes lo que no dejo de recordar y probablemente recuerde hasta el día de mi muerte? La forma en que me mirabas mientras estaba en ese maldito escenario. Ninguna mujer me había mirado así antes. Y me gustó. Mucho.

Tal y como había sospechado, ella se puso rígida y frunció el ceño. Pero entonces el conductor hizo un giro brusco que la empujó contra él. Donde pertenecía.

Sebastián pasó un brazo alrededor de ella y la atrajo más contra sí. Antes de que Brandi pudiera apartarse, el conductor bajó la ventanilla divisoria.

Sebastián le sonrió al ver que estaba sonrojada y turbada y, si no se equivocaba mucho, un poco excitada por su abrazo.

—Entonces, jefa, ¿estás dispuesta a ponerte al mando?

Ella entrecerró los ojos sin querer ceder a pesar de la broma. Alzó su pequeña barbilla y lo amenazó con una mirada directa.

—Estoy más que dispuesta. Estoy… ansiosa.

—¡Que dios me ayude! —Sebastián vio su sonrisa, pero no dijo nada—. Entonces de acuerdo. Vamos a empezar las vacaciones.

Capítulo 4

Sebastián notó que a Brandi le encantó la opulencia de la «cabaña» a la que los llevaron, pero él se sentía casi rígido de incomodidad. Le parecía un maldito nido de luna de miel, extravagante hasta el pecado y seductor.

La limusina los había dejado en la recepción del complejo hotelero y el conserje les había dado la llave y una linterna antes de señalarles un estrecho sendero entre los árboles y explicarles que el equipaje llegaría enseguida. Tenían un coche alquilado esperando, pero no lo necesitaban para llegar hasta la cabaña.

Sebastián la había agarrado de la mano para cruzar el bosque oscuro y Brandi no había dicho una sola palabra. Había estado silenciosa y tenía los dedos fríos. Pero en cuanto apareció a la vista la cabaña, él había notado su entusiasmo.

No había querido echarle un jarro de agua fría porque era la primera vez que la veía tan excitada y estaba preciosa con la sonrisa amplia y los ojos brillantes en la oscuridad. Hasta sus salvajes rizos parecían agitarse con su energía.

Sebastián no entendía cómo alguien podía llamar a aquello una cabaña. Situada en medio de los bosques, tenía una intimidad pintoresca. En el frente habían dejado encendido un farol y en el patio se veían unos lujosos muebles de jardín. El recibidor tenía un tragaluz en el techo y en la sala adyacente una chimenea de piedra tosca en una pared.

Pero Brandi prácticamente estaba danzando delante de él de excitación.

—¡Es perfecta!

—Es demasiado.

Ella debió notar su tono sombrío porque le agarró del brazo.

—Nada de eso ahora. Ya sé lo que debes sentir, pero hemos quedado en que vamos a divertirnos, ¿de acuerdo? Después de todo, Shay se ha tomado todas estas molestias.

¿Pero hasta qué extremo? Sin nada de sutileza los había metido en una suite de luna de miel, eso era lo que había hecho. Pero Sebastián se guardó aquel pensamiento para sí mismo. Brandi estaba todavía nerviosa con él y no quería dañar el frágil puente de confianza que habían establecido. ¿Pero cómo diablos iba a sobrevivir a aquello? Hasta la última de sus hormonas masculinas se había puesto en alerta roja desde el primer momento en que la había visto y el ambiente de la maldita cabaña sólo lo ponía peor.

Pero Brandi ya se había lanzado a explorar cada habitación y cada rincón.

—Hay una cama de agua en una de las habitaciones. ¡Y tiene su

baño privado!

Sebastián todavía estaba inspeccionando el recibidor, pero a pesar de sí mismo, no pudo contener una sonrisa. Había pasado mucho tiempo sin sentir ninguna pasión por el derroche innecesario de dinero. Pero con Brandi sintió aquella pasión.

—¿Por qué no usas tú esa habitación?

Ella asomó la cabeza por el umbral de la puerta y le sonrió.

—Creo que lo haré, pero sólo porque la otra habitación tiene una cama de tamaño matrimonial —lo miró de arriba abajo—. Espero que quepas.

Entonces desapareció de nuevo, esa vez en dirección a la cocina.

—¡Tenemos un *jacuzzi* en el patio trasero!

Unas imágenes eróticas de agua caliente y piel femenina desnuda, la de Brandi, lo asaltaron al instante. Sebastián tuvo que tragar saliva.

—¿Quieres desempaquetar y probarlo?

Silencio. Brandi volvió de la cocina con la cabeza gacha y las manos en la cintura.

—Creo que esta noche no. Es tarde y estoy cansada de verdad.

Ella no lo miró. Con un suspiro de resignación, Sebastián aceptó que el *jacuzzi* estaría fuera de juego al menos por esa noche.

—Quizá mañana entonces.

Se estiró para desentumecer los músculos sin que Brandi dejara de observar todos sus movimientos. Entonces dio un respingo cuando alguien llamó a la puerta.

—Nuestro equipaje —Sebastián sacó la cartera para dar propina —. ¿Por qué no miras a ver qué comida hay en la cocina mientras yo meto el equipaje? No me importaría tomar un bocado.

Pero después de terminar de llevar la última bolsa a las habitaciones intentando no mirar la cama en la que dormiría Brandi, la encontró leyendo el menú del servicio de habitaciones que había en una pequeña mesilla.

Frunciendo el ceño dijo:

—¿No hay nada en la cocina?

Brandi agitó una mano.

—Claro que hay comida, pero no me apetece cocinar. Vamos a pedir algo.

Él le quitó el menú de la mano y lanzó un silbido al ver los precios.

—Tienes que estar de broma. Yo podría comer una semana por el precio de una sola de esas comidas. Además es más de medianoche. ¿Crees que servirán tan tarde?

—Bueno, quizá no. Pero si es por el dinero, yo…

—No, de ninguna manera. Me puedo permitir perfectamente pedir la comida, sólo que me parece ridículo pagar esos precios teniendo comida en la cocina.

—Pero es muy engorroso cocinar. Y como tú mismo has dicho, es más de media noche.

Sin querer hacerlo, Sebastián le rozó la mejilla con el nudillo con suavidad.

—Pareces agotada. ¿Por qué no te preparas para meterte en la cama mientras yo preparo algo?

Probablemente para escapar de su caricia ella aceptó en el acto.

—Si estás seguro de que no te importa…

—No me importa en absoluto.

Además Sebastián quería que se fuera antes de que notara cómo le afectaba. Ya se había puesto medio duro sólo de pensar en ella preparándose para ir a la cama.

Escuchó entonces el agua corriente y tardó unos minutos en poder moverse antes de ir a revolver en los armarios de la cocina.

Después de poner la sopa en un cazo y cortar unas lonchas de queso, volvió a la sala a encender el fuego. La cabaña estaba diseñada como un único espacio abierto. La sala, el pequeño comedor y la cocina estaban abiertos y las dos habitaciones estaban en la parte trasera de la casa. La habitación de Brandi tenía su propio baño y había otro baño completo entre las dos habitaciones.

Los techos eran tan altos como los de una catedral con vigas de madera vista. Los suelos eran de madera cubiertos con preciosas alfombras hechas a mano. Frente a la chimenea habían instalado un mullido sofá con dos sillones a juego y a la izquierda de ella los equipos de diversión. Sin hacer caso a la televisión ni al video, Sebastián conectó la música.

Ya había leños preparados en la chimenea y el fuego estuvo listo en un minuto, lo que le daba un ambiente muy acogedor a la cabaña. La oscuridad de fuera era infinita. Con las luces apagadas, ni siquiera se veían los bosques. Dentro, el olor a sopa y a humo aromatizaba el ambiente. Era como si estuvieran aislados allí de forma íntima del resto el mundo.

Entonces se encontró apreciando la cabaña más que despreciándola porque le permitía pasar un tiempo a solas con Brandi que necesitaba.

Ya tenía el estómago hecho un nudo sólo con pensar en la noche que tenían por delante. Estaría solo con la mujer a la que deseaba más de lo que podía recordar haber deseado algo y sin embargo, ella se ponía rígida cada vez que la rozaba. Durante un minuto parecía

interesada en él y al siguiente parecía sentirse repelida. De alguna manera, aquellas reacciones sólo aumentaban su resolución de tenerla.

Cuando se levantó y se frotó las manos, por el rabillo del ojo captó algo blanco y se dio la vuelta.

Brandi estaba allí de pie con aire de inseguridad, mojada y tan sensual que no pudo reaccionar. Si hubiera sido otra mujer, se hubiera acercado a ella, la hubiera alzado en brazos y la hubiera llevado a la habitación más próxima. Podría haberse pasado horas haciéndole el amor alternando entre la ternura y la fogosa pasión hasta que los dos quedaran saciados.

Pero se trataba de Brandi y con ella deseaba cierto tipo de afecto emocional aparte de la satisfacción física. Nunca le había importado antes, pero también era cierto que nunca había conocido a nadie como ella. De alguna manera con su dulzura y comprensión, se le había metido bajo la piel y la idea de sexo con ella sin cariño no le atraía.

La deseaba. La deseaba en cuerpo y alma.

Tenía cinco días, así que tendría paciencia por mucho que su cuerpo se rebelara ante la idea. Él era un estratega y de los mejores, pero de momento, si notaba la fuerza de su erección o la forma en que apenas conseguía mantener el control, saldría en el primer avión de vuelta para Jackson.

Se aclaró la garganta:

—La sopa estará lista en un minuto.

Ella jugueteó con el cinturón de su albornoz blanco. No debería quedarle tan sexy una prenda como aquella, pero le quedaba a pesar de que las solapas dobladas no dejaran ver ni un ápice de la piel de su cuello. Se había abrochado tan fuerte el cinturón que ahora notaba lo estrecha que tenía la cintura aunque no se le notaba ni una curva más.

—Deberías ponerte algo en los pies. Hace un poco de frío aquí —comentó él al permanecer ella en silencio.

—No había ninguna zapatilla en mi equipaje. A quienquiera que lo hiciera se le olvidó.

Su voz sonaba contenida y jadeante y Sebastián la miró de nuevo sin poder contenerse.

—¿Sebastián?

—Te daré un par de calcetines míos.

Sebastián se fue de la habitación sabiendo que si se quedaba un segundo siquiera, perdería el control. Se sentía como si ya hubiera estado besándola y acariciándola durante una hora y nunca le había afectado tanto una mujer.

Se frotó la parte trasera del cuello y maldijo para sus adentros.

Cuando volvió con los calcetines, ella estaba removiendo la sopa. La observó un momento apreciando cómo sus caderas se balanceaban

al compás de su mano. Por muy bárbaro que le pareciera, encontraba algo muy sensual en una mujer con los pies descalzos, albornoz y delante de una cocina. Toda la población femenina de Jackson lo mataría si le pudiera leer la mente en ese momento.

Casi en silencio, le pasó los calcetines y mientras ella se los ponía, buscó una bandeja, sirvió dos cuencos de sopa y puso las galletas y el queso en una fuente mientras Brandi sacaba dos refrescos. Sebastián dio las gracias de que no se hubiera fijado en el champán.

Entre los dos llevaron toda la comida al salón. Brandi se sentó en el suelo frente a la chimenea, así que Sebastián hizo lo mismo. Se sentía feliz sólo con mirarla. Brandi parecía sumida en sus propios pensamientos mientras tomaba la sopa en silencio. Después de unos momentos, alzó la vista para mirarlo.

—Eso es estupendo. Mejor que esperar por el servicio de habitaciones —Sebastián sólo asintió y ella se mordió el labio y prosiguió—. Nunca había hecho esto antes. Siento no ser muy buena compañía —se sonrojó y se mordió el labio de nuevo—. No… no tengo ni idea de qué se supone que debemos hablar.

—No tenemos por qué hablar de nada —dijo él con voz estrangulada antes de apartar el cuenco—. Brandi, quiero que estés cómoda, ¿recuerdas? Eres tú la que lo dirige todo en este viaje, así que si quieres estar en silencio, por mí bien.

Ella también posó el cuenco en la bandeja.

—No es eso lo que quiero decir. Quiero hablar contigo, pero… ¿has hecho tú esto alguna vez antes?

—¿Esto?

El corazón se le desbocó y bombeó la sangre a sitios que ya estaban demasiado cargados.

—Ya sabes. Estar sentado a solas con una mujer en un sitio privado. Cenar enfrente del fuego y conversar.

—¿Con una mujer en albornoz? No. Al menos no si pensábamos dormir en habitaciones separadas. Esta cabaña…

—Ya sé que no te gusta.

—Sí me gusta. Es sólo que me parece un refugio para amantes.

Intentó entonces ver sus ojos, pero ella mantuvo la mirada desviada.

—Brandi, no puedo aparentar que no te deseo.

Su grave tono ronco llamó por completo su atención y giró la cabeza con una expresión cercana al pánico.

—¡Maldita sea! —Sebastián se levantó y se alejó unos cuantos pasos antes de arrodillarse al lado de ella intentando no fijarse en cómo se cubría de él—. Lo siento. Cariño, tendrás que saber lo difícil que es esto para mí. No pareces darte cuenta, pero eres una mujer

muy sexy.

—¡No lo soy!

—Sí, lo eres —sonrió y la frustración dio un poco de paso a la diversión—. Y aquí estamos solos, en este nidito de amor.

Ella alzó las cejas y una sonrisa asomó también a sus labios mientras parecía relajarse.

—¿Nidito de amor?

—¿Qué te parece la cama de agua? ¿Y el *jacuzzi*? ¿Y la chimenea? Esta cabaña está diseñada para seducir. Sólo que yo sé que no es lo que tú quieres y he prometido no presionarte.

—¿Y siempre cumples tu palabra? —el sólo asintió—. Soy yo la que está al mando, ¿correcto?

Él tragó saliva sin saber a dónde quería llegar y asintió.

—Absolutamente.

Brandi se sonrojó más hasta que por fin se enderezó y pareció decidida.

—De acuerdo. Como estoy al mando, creo que ahora mismo me apetecería un beso —bajó la cabeza como si hubiera perdido el valor —. Es decir, si no te importa. Ya sé que no forma parte de tu acuerdo original, pero…

Sebastián tenía el cerebro hecho papilla y el cuerpo duro como el granito.

—¿Un beso?

—Si quieres.

Por supuesto que quería. Y aunque le matara, porque un beso estaba muy lejos de todo lo que deseaba en ese momento.

Escrutó su cara en busca de alguna señal de arrepentimiento.

—Hay besos y hay besos. El tipo que tú quieres puede no ser el tipo que me gustaría darte. ¿Por qué no eres más específica para que no estropee las cosas?

Con el dedo meñique dibujó una señal sobre la alfombra antes de mirarlo.

—¿Por qué no empiezas por uno de los que crees que yo quiero y luego probamos el que me quieres dar?

Brandi esperó conteniendo el aliento mientras Sebastián parecía considerar su sugerencia. Cuando se acercó, a ella se le aceleró el corazón con una mezcla de miedo y excitación. Realmente deseaba disfrutar de aquel beso y hasta el momento, el único miedo que tenía era el de ponerse en ridículo.

Los dedos de él se deslizaron por su barbilla y le impidieron pensar más. Con suavidad se la alzó y la visión de Brandi se vio

invadida por su cara, el ardor de su mirada y la intensidad de su expresión. La suavidad parecía formar parte de él en contraste con su evidente fuerza y su impresionante tamaño. El contraste la había intrigado desde el principio. Se lo podía imaginar con facilidad defendiendo a una persona con fuerza letal y después tranquilizándola con sus modales pacíficos y seguros.

Era casi imposible no confiar en él porque su fuerza estaba atemperada por una suavidad verdadera. Toda su vida se la había pasado cuidando de otros y de repente Brandi deseó cuidarlo a él. Lo que no estaba segura era de cómo hacerlo.

Sebastián cerró los ojos y Brandi lo imitó esperando sin aliento por su beso. Entonces lo sintió, un breve y cálido roce de su boca contra la de ella. Su aliento le abanicó la mejilla y sus labios se movieron un ápice frotando suavemente los de ella.

Brandi deseaba tocarlo, poner las manos en aquel ancho torso, pero tenía miedo. Miedo de fracasar y de cómo podría reaccionar él. Y también miedo de su propia reacción.

Lentamente él se apartó unos milímetros. Ella abrió los ojos y vio que la estaba mirando con intensidad. Tragó saliva. El corazón le retumbaba con fuerza y sentía un ligero cosquilleo en la boca del estómago. Iba a empezar a hablar cuando él le puso un dedo sobre los labios.

—Ese era el beso que tú querías.

Brandi asintió aturdida.

—¿Quieres que siga?

Fue el sonido de su voz lo que la decidió, rasposo y ronco como el de un hombre a punto de perder el control. Se chupó los labios y por accidente le rozó el dedo. Su expresión se endureció aún más y antes de que pudiera rechazarlo, él se apartó.

—No. No creo que debamos jugar a esto más. Al menos no ahora mismo. Puede que tú estés preparada para ello, pero yo no.

—Pensaba que la decisión era mía ¿recuerdas?

—No tengo intención de olvidarlo —entrecerró los párpados—. De hecho, ya que estás tú al mando, ¿por qué no me besas tú? Así los dos sabremos con seguridad que consigues exactamente lo que quieres.

La idea le fascinó. Sebastián se inclinó hacia atrás y apoyó la espalda en los brazos del sofá, estiró las largas piernas y cruzó los tobillos y las manos sobre el pecho. Parecía relajado y tranquilo y no suponía ninguna amenaza. Excepto por los ojos, que le brillaban de ardor y excitación. Pero Brandi no sintió miedo, sólo se sofocó por su primera dosis de poder femenino. Poniéndose de rodillas, susurró:

—No te muevas.

La masculina mandíbula se tensó, pero Sebastián asintió sin dejar de mirarla.

Ella se inclinó más hacia él sin dejar de mirarlo antes de apoyar las dos manos en sus hombros. Lo sintió duro, como caliente piedra pulida. Sus músculos se abultaron bajo sus dedos y apretó sólo un poco, como si fuera un gato tanteando, pero no había puntos blandos por ninguna parte. Aquel hombre estaba hecho de acero.

Él emitió un suave ruido, pero permaneció completamente inmóvil. Brandi le miró a la boca. Hasta la barba incipiente le pareció sexy y deseó tocar su piel, paladearlo y abandonarse a su aroma. Nunca hubiera imaginado que un hombre podría oler tan delicioso. En vez de hacerlo y sintiéndose una cobarde, le dio un rápido beso en los labios y miró para ver su reacción.

—Eso no es lo que querías, Brandi, ¿verdad?

Oh, aquella ronca voz cargada de deseo. Estremeciéndose se inclinó de nuevo hacia él. Esa vez dejó que sus labios rozaran los de él con movimientos calculados. Hasta que se olvidó de lo que estaba haciendo, su aroma la saturó y se sintió embriagada, ansiosa y caliente. La lengua de Sebastián le acarició el labio inferior antes de lanzar un ronco sonido de placer. Brandi dio un respingo y él aprovechó ese segundo para chuparle los labios por dentro y explorar el borde de sus dientes. Pero mantuvo las manos y el cuerpo inmóviles.

Brandi se inclinó un poco más y gimió.

Y con la misma rapidez se acordó de sí misma y se apartó. Dios bendito. No había pretendido que las cosas fueran tan lejos. Sólo había querido un simple beso pero al ver la fiereza en los ojos verdes de Sebastián supo que se había pasado.

Se levantó apresurada, pero él siguió sentado sin moverse y esperando.

—Lo siento. Yo… yo… debería irme ya a la cama.

Él asintió despacio y susurró en voz baja:

—Buenas noches, Brandi.

—Yo…

—Está bien. No tienes que decir nada.

Sebastián se movió ligeramente para descruzar los tobillos y eso atrajo la mirada de Brandi hacia abajo. No pudo evitar ver el bulto de su fuerte erección y sintió un fuerte ardor, mezcla tanto de vergüenza como de excitación. Abrió los labios, pero no le salió una sola palabra.

Pudo notar la diversión masculina en sus siguientes palabras:

—Como te he dicho, eres una dama muy sexy. Y yo no soy exactamente inmune.

Brandi tragó saliva.

—Buenas noches, Sebastián.

Salió corriendo de la habitación, pero cuando volvió un segundo la cabeza vio que él había recostado la suya contra el borde del sofá y se había tapado los ojos con un brazo. Parecía un hombre con dolor. O con desesperada necesidad.

Y aunque se culpaba por ello, también sintió una pequeña punzada de satisfacción. Un hombre como Sebastián… y la deseaba. Y ella lo había besado y tocado. Estaba en camino de la plena recuperación.

—Quizá aquellas vacaciones no fueran tan malas después de todo.

—¿Tienes que comprar cada maldita cosa que ves?

Brandi intentó ocultar la sonrisa al escuchar la queja de Sebastián. Ella había dormido como un muerto la noche anterior contenta de sus progresos, pero era evidente que él no había dormido mucho. Parecía cansado y de mal humor.

—¿No te gusta el caballo? Yo creo que es muy mono.

—Esa maldita cosa es ridícula. La cabeza es demasiado grande y el color horrible. Has pagado demasiado por él.

—Es un recuerdo. Por supuesto que cuesta más de lo que vale.

Él lanzó un sonido de exasperación antes de mirar su bolsa de compras.

—Esta mañana has comprado en el muelle peces falsos ya la hora de comer dos muñecas de porcelana.

—Dos muñecas muy bonitas. Y lo he pasado de maravilla hoy, Sebastián. Incluso aunque hiciera un poco de frío en el lago esta mañana, me gustó el paseo en barco. No podía creer en lo ansiosas que son esas enormes arpas.

Sabía que su gratitud lo enojaría más.

—Se supone que son tus vacaciones, Brandi y que debes pasarlo bien.

—Y lo estoy pasando bien. Especialmente con las compras.

Era la verdad, pero lo estaba haciendo con segundas intenciones. Ya que él la estaba ayudando sin darse cuenta, ella quería ayudarlo también. Esperaba que se relajara acerca de gastar dinero. Como Sebastián, a ella tampoco le gustaba derrochar, pero tampoco tacañear. Simplemente Sebastián no estaba acostumbrado a poner sus propios deseos por delante de sus necesidades. Ya era hora de que se diera a sí mismo algo de placer.

—¿Qué diablos piensas hacer con toda esa basura de todas formas?

No había sido fácil, pero Brandi había conseguido llevarlo a

comprar por la calle principal después del desayuno. Él había cedido con desgana y ahora llevaban horas y ni siquiera habían parado para comer.

Había esperado que entrara en ambiente, pero ahora era evidente que a aquel hombre no le gustaba comprar. No sentía aprecio por la calidad de la multitud de tiendas en las que Brandi había comprado algo casi en cada una.

Había llovido al empezar la mañana pero ahora el sol estaba alto y brillante, el día estaba precioso y no demasiado cálido. Estaba cómoda con una larga falda vaquera y un jersey marinero azul suelto. Sebastián llevaba vaqueros y otro polo, este de color gris oscuro. Estaba muy atractivo aunque un poco hosco.

Pero incluso así, era un perfecto caballero. Cada vez que salían de una tienda, Sebastián le daba la mano y la protegía del flujo humano, del tráfico y cuidaba de que no pisara los baches fangosos. Ya ella le encantaba sentirlo tan cerca, sentir su calor y su fuerza.

—Pues si quieres saberlo, quiero llevar un regalo a cada uno de los niños del refugio. Les hacen muy pocos regalos.

Lo dijo con naturalidad, pero él pareció afectado.

—Maldita sea, lo siento —se frotó los ojos con la mano libre y suspiró—. Ya sé que llevo todo el día imposible, pero no dormí mucho anoche. ¿Qué te parece una taza de café? La cafeína me sentará bien y tú debes tener los pies cansados.

Lo cierto era que ella se sentía bien, pero se compadeció de él.

—Sólo me faltan dos regalos más. ¿Por qué no vas tú al café y me reúno contigo en unos minutos?

Él le apretó más la mano.

—Iré contigo. Quizá yo también debiera comprarle algo a los chicos, pero no se me había ocurrido.

Brandi se enterneció y sintió un deseo imposible de abrazarlo.

—No hace falta, Sebastián. Ya llevo yo suficientes regalos. Mira, ahí en al esquina hay un café. Iré a la última tienda, compraré lo que falta y me reuniré contigo en quince minutos.

Él todavía vaciló, probablemente porque solía pasar cuarenta y cinco minutos en cada tienda, pero ella lo miró con insistencia.

—Vete. Te lo ordeno. Y yo soy la jefa, ¿recuerdas? Toma un café y despiértate.

Por fin él asintió y se dio la vuelta para desaparecer entre la multitud. Aquellas vacaciones estaban resultando ser una revelación. Ella se había ocultado durante tanto tiempo en la independencia y la intimidad y había impedido que nadie invadiera su espacio que ahora le extrañaba echar de menos a Sebastián a su lado.

Le producía calidez pensar en él, que era lo que hacía todo el

tiempo incluso mientras estaba comprando. Quizá el beso de la noche anterior no hubiera significado mucho para él pero para ella era un paso de gigante. Desde los dieciocho años no la había besado un hombre ni ella había querido. La idea había sido repelente y los recuerdos aterradores. Pero no había nada de repelente en Sebastián Sinclair. Aquel hombre podía hacerla temblar sólo con mirarla.

Con la mente puesta entre las compras y Sebastián no fue de extrañar que casi tropezara con aquellos hombres. Cuando al fin los vio, fue demasiado tarde como para apartarse. En un instante la habían acorralado entre los dos contra una pared de ladrillo.

Brandi sintió una oleada de pánico, pero racionalizó. Estaban en una calle atestada de gente. No podían hacerle daño. Sin embargo, uno de ellos lanzó un bajo silbido, ella retrocedió v los recuerdos la asaltaron. Los dos hombres se rieron.

Uno de ellos esbozó una sonrisa genuina.

—Parece que necesitas ayuda para llevar todas esas bolsas, cariño. ¿Por qué no te llevamos a donde quiera que vayas? O mejor ¿por qué no vamos todos? ¿Qué te parece?

Ella intentó responder pero no le salió una sola palabra. Los hombres estaban demasiado cerca y la intimidaban.

El otro se acercó aún más.

—Ella no te quiere, Josh. ¿Por qué no me das una oportunidad a mí? —esbozó una amplia sonrisa—. ¿Qué te parece, cariño? ¿Te apetece un poco de diversión?

Brandi sacudió la cabeza odiando su cobardía y aquel miedo paralizante. El primer hombre frunció el ceño, con gesto de preocupación y estiró la mano hacia ella. Brandi dio un salto. Sintiéndose tonta mientras ponía las piernas en movimiento, se lanzó a la carrera hacia la calle con las bolsas apretadas contra el vientre. Escuchó a los hombres lanzar una carcajada de sorpresa y las lágrimas afloraron a sus ojos. Buscó a Sebastián con frenesí pero no lo vio, con lo que su pánico aumentó.

Cuando alguien le tocó el brazo por detrás, iba a gritar pero el grito quedó interrumpido cuando le dieron la vuelta por el brazo y la agarraron con los dos brazos con firmeza.

—¿Qué diablos pasa contigo? ¿Qué ha pasado?

Sebastián. Brandi se arrojó a sus brazos sin importarle llamar la atención ni que él sintiera sus violentos temblores. En vez de hacerle preguntas, él la mantuvo abrazada con fuerza hasta que se calmó. Pasaron unos minutos en completo silencio hasta que las grandes manos de Sebastián le acariciaron la espalda y las sienes. Cuando Brandi alzó la cara de su pecho, él la examinó con gesto sombrío y dijo:

—Vamos.

La agarró entonces por la cintura para cruzar la calle y ella ni protestó cuando le quitó las bolsas de la mano para llevarlas.

Sebastián salió de la calle principal y la condujo a una valla baja de piedra donde la sentó. Después la miró con expresión enigmática.

—Dime lo que ha pasado, Brandi.

Oh, dios. No podía. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Sebastián se acercó hasta que sus rodillas rozaron contra el frente de su cuerpo. Brandi no se atrevía a bajar la vista para ver contra qué rozaban.

—Brandi, estás pálida como un fantasma.

Y tan insípida como ellos.

—¿Quieres contarme lo que quiere decir eso?

—No especialmente.

Había hecho el ridículo una vez más. El miedo la había asaltado de nuevo como cuando tenía dieciocho años. Era ridículo, estúpido y…

—¿Brandi? Dímelo, cariño. Ahora mismo porque no me gusta ni una pizca.

Ella notó la genuina preocupación en su voz.

—Lo siento. Exageré, eso es todo. A veces puedo ser muy tonta.

—¿Exageraste en qué?

Allí estaba el guerrero dispuesto a la defensa. Pero aquellos hombres sólo habían estado vacilando.

—No es nada, de verdad. Dos hombres se pusieron un poco amistosos, eso es todo. Y yo… bueno me asusté un poco. Me comporté como una idiota y salí corriendo como alma que lleva el diablo.

Él no pareció convencido, pero la corrigió.

—No saliste corriendo como alma que lleva el diablo, saliste disparada hacia mí.

—Bueno, sí… supongo.

—Te sentías más a salvo conmigo.

—¡A ti te conozco y a esos hombres no! ¿Por qué le das tanta importancia?

—¿Qué te dijeron?

Ahora que el pánico había remitido, no podía soportar repetirlo.

—Eran dos hombres ligando de la forma en que los hombres suelen hacerlo. Dijeron unas cuantas cosas y yo debería haberles contestado y ponerlos en su sitio, pero en vez de hacerlo, salí corriendo.

—Hacia mí.

Brandi parpadeó. No entendía por qué le daba tanta importancia a ese hecho.

—Sí, hacia ti. ¿Esperabas que saliera corriendo hacia la cabaña?

—No imaginaba que pudieras salir corriendo hacia ningún lado o no te hubiera dejado sola. No me pareció bien para empezar. Salí a buscarte cuando te encontré corriendo por la calle.

Brandi necesitaba con desesperación cambiar de tema.

—¿Tomaste el café?

—No. Vi un cartel de un musical al aire libre y pensé que eso me despertaría mejor que la cafeína. ¿Quieres ir? Podríamos comprar una hamburguesa o algo así para cenar.

Con sorpresa, Brandi miró el reloj. Era las cinco en punto. La mañana y la tarde habían pasado volando y ellos no habían probado bocado desde el desayuno. La idea de un concierto al aire libre era atrayente pero prefería la intimidad de la cabaña.

—Podemos comprar las entradas, pero de ninguna manera pienso comer una hamburguesa grasienta. Esta noche quiero comida de verdad.

—Bien. ¿Qué te parece una hora o así de música y después escoges un restaurante?

—No quiero ir a un restaurante. Quiero volver a la cabaña y encargar la cena al servicio de habitaciones.

Sebastián no contestó al principio. Ella sabía lo que sentía, pero esa noche necesitaba intimidad y quería enseñarle a que disfrutara de los pequeños placeres aunque costaran un poco más. Había esperado una protesta pero Sebastián sólo inspiró y dijo:

—¿Te han metido un traje de baño?

—Eso creo. ¿Por qué?

—Ayer mostraste interés en el *jacuzzi* —bajó la mirada hacia su boca—. Quizá después de la cena te apetezca probarlo. Podría ayudarte a relajarte.

El ardor desvaneció los últimos retazos de miedo.

—¿Tienes tú traje de baño?

—No, pero puedo llevar los calzoncillos si no tienes ningún problema con ello.

Brandi supo al instante dónde sus rodillas lo estaban rozando. Sintió su erección crecer larga y dura y supo que sólo la idea de estar con ella le afectaba de aquella manera. Pero ella estaba al mando. Podría hacerlo, jugar en el *jacuzzi*, abandonarse a la sensación especial de estar con él sin miedo a que la presionara ni a las consecuencias.

Alzó la barbilla y asintió.

—De acuerdo. Podemos probar el *jacuzzi*. Pero primero la cena.

Aunque la expresión de él no cambió, Brandi vio que inspiraba con fuerza. La cogió del muro y cuando la posó en el suelo se quedó mirándola.

—¿Qué diablos? De todas formas, yo también tengo que recuperar energía con una buena cena.

Capítulo 5

Aguantar todo el concierto estuvo a punto de matarlo.

Sentado en el césped con Brandi a su lado, su cuerpo balanceándose al compás de la música, fue suficiente para volverlo loco. Pero lo que causó más estragos con su libido masculina fue el recuerdo de cómo había salido disparada hacia él cuando había estado asustada. Incluso aunque no hubiera confiado en él lo suficiente como para contarle toda la verdad, eso era ya un progreso. No era de extrañar que su estado de ánimo hubiera sido incierto durante todo el día, Brandi seguía haciéndole perder el equilibrio. Todo había empezado con el beso de la noche anterior, un dulce beso que lo había mantenido despierto y dando vueltas la noche entera.

Algo había pasado durante aquel breve e inocente beso. Y tenía que ver con que ella hubiera controlado la situación. Él lo había sugerido con la esperanza de animarla, pero de alguna manera, habían cruzado una barrera invisible. Sólo le gustaría saber cuál era.

Esperar a que el concierto acabara había sido suficiente tortura, pero la cena ya fue un martirio chino. Ni siquiera había podido quejarse de las chuletas que Brandi había encargado cuyo precio hubiera bastado para alimentar a una familia toda una semana. Cuando por fin ella se reclinó contra el respaldo anunciando que ya había acabado, Sebastián recogió los restos y se ofreció a fregar los platos.

Ella apartó la mirada con timidez.

—No, ya lo hiciste anoche. Hoy me toca a mí.

Era cierto que se había encargado de apagar el fuego y fregar por hacer algo que le distrajera, pero no le había servido de nada. La había seguido deseando de tal manera que apenas había podido dormir. Y todo por un simple beso.

—Bien. Mientras tú friegas, yo prepararé el *jacuzzi*.

Brandi se levantó retorciéndose las manos.

—No crees que podría vernos alguien, ¿verdad?

—Esta cabaña está bastante aislada. Y no hay nadie alrededor, pero podemos apagar las luces si quieres.

—¡No! —parpadeó antes de controlarse—. Quiero decir que prefiero con luz. Quizá unas cuantas tenues.

Más secretos para descifrar. Pero Sebastián podía ser paciente si el resultado final merecía la pena y en ese caso, definitivamente la merecía.

—He visto algunas velas en un armario. ¿Te parece bien?

—Sí, estarían bien. Muchas gracias.

Sebastián sonrió ante su formalidad y no pudo evitar tocarla.

Deslizó los dedos por su mejilla y le tiró con suavidad de un rizo.

—Date prisa en ponerte el traje de baño. Te esperaré en el *jacuzzi*.

Ella pareció aliviada de no tener que enfrentarse a él bajo la luz fluorescente de la cocina, pero Sebastián había estado pensando más en sí mismo. Esperarla en el agua era más para salvar su modestia que la de ella.

Agarró tres velas gruesas y una caja de cerillas. Brandi ya había lavado los dos platos y los había puesto en la cesta que les recogerían de la puerta por la mañana. Le dirigió una mirada de inseguridad antes de salir de la cocina.

Quince minutos más tarde, mientras esperaba con impaciencia por Brandi, Sebastián comprendió que ninguna cantidad de agua caliente iba a calmarlo. Tenía los músculos tensos, la respiración acelerada y la excitación era completa. Bastaría una pequeña sonrisa de ella y estaría perdido. Echó la cabeza hacia atrás y miró a las estrellas a través del tejado de cristal que protegía el íntimo patio. Las velas daban un suave resplandor sobre su cuerpo, pero él estaba lejos de estar suave.

Debería haberse encargado de su necesidad la noche anterior y lo había pensado hacer, pero encontrar satisfacción sin Brandi no le parecía correcto. No quería volver a las tácticas adolescentes. Deseaba a Brandi sobre él, bajo él, de cualquier manera.

Escuchó un suave sonido y el cuerpo se le endureció aún más. Estaba tan penosamente erecto que le dolía. La caricia del agua burbujeante sólo había servido para excitarlo más. Lentamente bajó la mirada del cielo en busca de la delicada silueta de Brandi.

Ella estaba de pie enfrente del *jacuzzi* con el cuerpo rígido, los pies juntos y las manos pegadas a los muslos. La piel muy pálida contrastaba con el bañador negro de una pieza. Era tan diminuta, tan femenina. Sus curvas no eran voluptuosas y sin embargo eran más excitantes por lo sutiles. Sus caderas eran estrechas y sólo ligeramente redondeadas y las piernas delgadas. La vio temblar y esbozó una sonrisa.

Sin decir una sola palabra extendió la mano. Después de una larga vacilación, Brandi la aceptó. Una vez que estuvo dentro del agua se la soltó al instante y se apartó al otro extremo del *jacuzzi*. Se deslizó despacio dentro del agua caliente, se sentó en el banco circular que rodeaba la bañera y lanzó un suave suspiro cuando el calor la envolvió.

Cuando el silencio se prolongó, Sebastián se alzó y se sentó a su lado sin preguntar. Brandi alzó la vista y susurró:

—¿Sebastián?

—Me gustaría besarte otra vez.

El tono ronco y excitado de su voz no le avergonzó. La deseaba y no le importaba que ella lo supiera.

Brandi bajó la vista hacia el agua.

—Fui yo la que te besó, ¿recuerdas?

Él sonrió.

—¿Me besarías de nuevo?

—¿Podrías moverte?

Sebastián frunció el ceño.

—¿Quieres que me aparte de ti?

No la entendía pero quería hacerlo. Como Brandi seguía sin mirarlo, le agarró la barbilla y le alzó la cara con suavidad.

—Dímelo, cariño. Si no me dices lo que quieres, no puedo saberlo. Y quiero hacerte feliz.

Oyó su suspiro y sintió que se apartaba unos centímetros de él. Bajo la luz de las velas tenía los labios entreabiertos y los ojos enormes. Parecía inquieta.

—¿Brandi?

—Quiero besarte… —susurró con vergüenza—, pero no quiero que me toques.

Quizá quisiera hacer juegos sexuales y él estaba dispuesto, pero tenía que saber las normas.

Como él permanecía en silencio, Brandi se apartó aún más.

—No importa. Lo siento.

—No, espera —la agarró del brazo y la sintió tensarse al instante —. Sólo cuéntamelo. No me importa jugar.

Ahora ella parecía confundida, pero después de inspirar varias veces murmuró:

—¿Recuerdas cómo estabas sentado anoche cuando te… besé?

Sebastián se sumergió más en el agua y apoyó la espalda antes de cruzarse de brazos.

—¿Así?

—Sí —Brandi se había girado a medias hacia él y las rodillas le sobresalían un poco del agua—. Justo así. Ahora no te muevas.

Él apretó la mandíbula sin saber cuánto podría aguantar. El bañador negro se ajustaba contra sus pequeños senos y estrechas caderas. Sus hombros brillaban de la humedad. El cuerpo le palpitó de anticipación cuando se acercó a él. No se atrevió a cerrar los ojos. Nunca un beso había significado tanto para él.

El seno derecho de Brandi le rozó el hombro y pudo notar cómo su pezón se ponía rígido. Deseó saborearlo con su lengua, morderlo con sus dientes y devorarlo entero.

La respiración se le aceleró cuando el aliento de ella le abanicó la mejilla, después los labios y por fin lo besó.

Sebastián lanzó un gemido a pesar de sus esfuerzos por permanecer en silencio. Pero siguió sin moverse. El roce de su boca era cauto e inquisidor. Él deseaba con toda su alma atraerla más, darle la vuelta para apretarla, sentir sus senos ardientes contra su torso, que sus esbeltas piernas contuvieran su erección.

Pero permaneció inmóvil y jadeante. Ella se retiró.

—¿Sebastián? ¿Estás bien?

Él medio se rió medio gimió.

—Estoy tan condenadamente caliente que es una maravilla que este agua no esté hirviendo. No tienes ni idea de lo que te deseo, ¿verdad? De lo a punto que estoy de explotar.

Cuando la miró, su gesto era de incomprensión.

—Brandi, estoy a punto de irme aquí en esta maldita agua. Daría lo que fuera por esa caricia.

—¡Oh!

Ella bajó la mirada hacia el agua.

Él lanzó otra carcajada ronca, profunda y persuasiva.

—No puedes ver lo que quiero decir, pero podrías sentirlo.

Antes de que terminara, ella ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No, no puedo.

—¿Por qué no? Eres tú la que está al mando. Puedes hacer lo que quieras. No pienso moverme.

Y ella deseaba hacerlo. Sebastián lo podía notar en su respiración entrecortada y la forma en que lo miraba como si estuviera tomando una decisión. No se atrevió a moverse por miedo a espantarla. Esperó y sintió que pasaba una eternidad antes de que su mirada bajara de nuevo y viera que ella metía la mano en el agua.

El cuerpo le vibró del profundo gemido, una respuesta de anticipación a su caricia. Los dedos de ella rozaron su duro muslo antes de deslizarse levemente hacia la piel más suave de su cadera. Sebastián entreabrió las piernas ligeramente cuando la mano de Brandi se deslizó hacia la parte interior de su rodilla.

Sabía que estaba en el disparador y ya no era asunto de una exquisita tortura sino de perder el control.

Entonces se apartó con brusquedad para no avergonzarla. Era insana la forma en que le afectaba aquella mujer. Aquel no era ni el lugar ni el momento. No podía apresurar las cosas hasta que Brandi estuviera lista para acompañarlo en todos los pasos del viaje. Fuera cual fuera su juego, él no podía seguirlo hasta estar más controlado.

—Pensé que…

La voz le falló y Sebastián sintió más irritación consigo mismo.

—Olvídalo —dijo—. Lo siento, pero el juego se ha acabado.

Escuchó un chapoteo y se dio la vuelta a tiempo de asir el brazo de Brandi. Ella se encogió en el borde del *jacuzzi* con la cara blanca, los ojos como platos y la expresión horrorizada.

—¡Suéltame!

Asombrado de su vehemencia y el sonido lloroso de su voz, la soltó al instante.

—¿Brandi?

Y así desapareció corriendo al interior de la casa y dejando la puerta del patio abierta. La excitación de Sebastián desapareció como por encanto mientras fruncía el ceño y maldecía. El juego había sido de ella, así que, ¿por qué actuaba de aquella manera?

Ya era hora de que hablaran y se entendieran. Necesitaba saber lo que estaba pasando y necesitaba saberlo esa noche.

Salió del *jacuzzi*, se quitó el bañador mojado y lo escurrió para tirarlo a una de las sillas. Después fue a ponerse unos pantalones y a llamar a la puerta de Brandi. Como no contestaba, giró el pomo y asomó la cabeza.

Brandi estaba acurrucada de medio lado con las manos bajo la cabeza y las sábanas hasta los hombros. Había dejado encendida la lamparilla de noche.

O sea que no le gustaba la oscuridad. Otro dato más. Para un hombre ahorrador como él era un derroche dejar una bombilla encendida toda la noche, pero esa vez le preocupó sólo su miedo. Pero lo que más le disgustaba era que a algún nivel parecía tener miedo de él.

Cerrando la puerta, decidió retrasar la conversación hasta el día siguiente y como no tenía sueño, se echó en el sofá y buscó un canal de películas.

Pasaron las horas y estaba casi dormido cuando escuchó un grito en la habitación de Brandi. Se puso de pie al instante con el corazón acelerado, pero antes de poder moverse la puerta de su habitación se abrió de par en par. Ella sólo lo miró una vez, lanzó un gemido y se arrojó a sus brazos.

Abrazada a él con fuerza, sentir el firme palpitar de su corazón y su cálida piel le hizo sentirse un poco más segura. Pero el sueño había sido tan horrible… sobre todo porque hacía mucho tiempo que no la asaltaba. Con sensación de desesperación pensó que aquel horror nunca desaparecería por completo y que quizá nunca volviera a ser la misma persona de antes.

Se acurrucó contra Sebastián deseando enterrarse en él, esconderse en algún lugar seguro. Él la acunó con suavidad sin dejar

de decir cosas sin sentido y le ayudó tanto tenerlo así de cerca. Después de un momento así abrazada, retiró la cabeza un poco y sonrió.

—Supongo que no habrá ningún villano en tu habitación, ¿verdad? ¿No hace falta que saliera corriendo como el caballero blanco, después de todo?

Brandi sacudió la cabeza mirando su cara solemne a pesar de la broma.

—¿Y no han entrado serpientes por la ventana? ¿No hay arañas bajo las sábanas?

—No, sólo individuos de mala catadura.

—O sea que ha sido un sueño.

Ella agradeció tanto que no hubiera dicho «sólo un sueño» que esbozó una débil sonrisa. Intentó apartarse, pero él la abrazó más. Cuando el sueño la había despertado, sin saber lo que estaba haciendo se había lanzado en busca de Sebastián. Ahora hubiera deseado haberlo superado a solas, como siempre.

—Sss. Está bien, Brandi. No te escapes corriendo de mí otra vez, ¿de acuerdo?

Dios, después de la desastrosa experiencia del *jacuzzi* debía pensar que era una niña, siempre corriendo en su busca o para escapar de él. Bajó la cabeza y la apoyó contra su pecho para contener las lágrimas.

La larga mano de él se deslizó por su pelo antes de frotarle la espalda para consolarla.

—Ven aquí.

Antes de que ella supiera lo que estaba haciendo, Sebastián se había sentado en el sofá con ella en el regazo. Para su sorpresa, aquella postura no la alarmó. Se sentía segura y protegida. Él le estiró el largo albornoz para taparle la rodilla como si fuera una niña. Era asombroso que fuera el mismo hombre que horas antes hubiera sido todo masculinidad desnuda.

Con la cabeza acurrucada bajo la barbilla de él, los brazos de Sebastián alrededor de su cuerpo y las piernas enroscadas sobre las de él, absorbió su calor. Estaba tan caliente. Y su piel… abrió la mano una pizca y sintió su suave textura, su dureza… Entonces se contuvo. No tenía derecho a provocarlo de nuevo si ella no podía seguir el juego. Tampoco tenía derecho a explorar su cuerpo y además él ya había demostrado antes que no deseaba aquel tipo de intimidad. Y no había garantía de que ella pudiera superar las pesadillas, el pasado y los recuerdos.

Empezó a apartarse, pero él apretó con suavidad el abrazo y se alegró a pesar de sí misma.

Después de un suave beso en la frente, preguntó:

—¿Quieres contarme el sueño?

—No —Brandi sintió su carcajada retumbar en el pecho y se animó algo—. Pero lo haré. Si estás seguro de que quieres oírlo. Quiero decir que no era un simple sueño.

—No me parecía que lo fuera.

Brandi suspiró sin saber por dónde empezar y decidió que una disculpa sería el primer paso.

—Supongo, que dada la forma tan ridícula en que he actuado, te debo alguna explicación.

Con tono de leve exasperación él la contradijo:

—Estas son tus vacaciones, cariño. Me gustaría conocerte y que me conocieras mejor, pero no me debes ninguna explicación. Si quieres compartir algo, me encantaría escuchar. ¿Comprendido?

Apoyando la cabeza de nuevo contra su cálido torso, ella asintió. Sentía su vello áspero que le hacía cosquillas en la nariz. Y su olor… inspiró el maravilloso aroma masculino y casi se estremeció de placer. Hubiera pasado la noche encantada así, disfrutando de su contacto y de su olor. Hasta podría haberse dormido encima de él, pero quería explicarse.

Sebastián siguió frotándola.

—No has actuado de forma ridícula, Brandi. Desde luego que no he entendido lo que pasaba, pero no me ha parecido ridículo. No uses esa palabra de nuevo.

—Sí, señor.

Sebastián le dio un suave pellizco y la besó en la sien.

Sin pensarlo, deslizó los dedos por su vello y apretó aún más la nariz contra su piel mientras buscaba las palabras adecuadas.

—¿Brandi?

—Cuando tenía dieciocho años me violaron.

Fue como si el mundo se hubiera detenido. Probablemente no debería haberlo soltado como una bomba, pero, ¿cómo se contaba una cosa así? Sebastián ni respiraba ni se movía. Ella estaba acostumbrada a aquella reacción de incredulidad y distanciamiento porque la verdad era demasiado fea como para querer compartirla.

Sintió el acostumbrado nudo en la garganta y empezó a temblar pero de repente, Sebastián le acarició el pelo y la apretó más sin casi moverse. Bajó la cabeza y apoyó la mejilla contra la de ella como para protegerla con toda su fuerza.

Brandi lanzó un suspiro estremecido.

—Supongo que no querrás oír los detalles.

—Sí, quiero —su voz era ronca y cuando ella alzó la vista, su expresión era sombría. Entonces le acarició la mejilla con el dedo—.

Esta noche te ha afectado o no te hubiera despertado. De eso se trataba el sueño, ¿verdad?

Con un leve asentimiento ella susurró:

—Antes tenía la pesadilla a todas horas, pero con los años, creí que se había pasado. Supongo que fue por lo que ha pasado hoy…

Sebastián bajó la cabeza hasta que sus cejas casi se juntaron.

—¿Quieres decir lo que hice en el *jacuzzi*?

—No, bueno, no me gustó que me rechazaras, pero era por lo de los tipos de la calle.

Él alzó la cabeza y la luz de la televisión se reflejó en su cara y ojos muy abiertos.

—¿Rechazarte? ¿Es eso lo que crees?

La mirada de incredulidad de él la hizo sentirse a la defensiva.

—Ya sé que me pediste que te tocara y lo hubiera hecho. Deseaba hacerlo, pero cuando tardé tanto y empecé a actuar como una colegiala tímida, cambiaste de idea.

—¡Dios, no! —la besó en la frente y en la nariz con rápidos besos de disculpa—. No, yo sólo… Brandi, creo que hay muchas cosas que no entendía, pero ninguna era culpa tuya. Se supone que tengo experiencia en el control, pero actué como el típico macho idiota dominado por las hormonas.

—No sé de qué estás hablando.

La sonrisa de Sebastián fue de un poco de desdén hacia sí mismo.

—Pensé que estabas jugando.

—¿Jugar?

Después de un largo suspiro que le expandió el pecho, prosiguió:

—Creo que tenemos mucho de que hablar. ¿Quieres un café o un cacao?

—No, prefiero seguir sentada así. Me gusta… verte así.

Para explicarse, deslizó la mano por su amplio torso, por sus duros músculos y por su áspera mandíbula.

Él cerró los ojos con una sonrisa.

—Podrías pasar toda la noche así, ¿verdad?

Entonces se recostó contra el respaldo para que ella estuviera más cómoda y se rió.

—Brandi, tengo que contarte lo que pensé para poder despejar el ambiente. No conozco una manera más diplomática de decirlo, así que tendrás que disculparme. Espero no avergonzarte, pero esta noche en el *jacuzzi*, si te hubiera dejado tocarme, me hubiera ido.

Brandi tragó saliva y Sebastián continuó como si no hubiera dicho una cosa tan íntima y sexual.

—No quería hacerlo. No a menos que estuviera dentro de ti, que

es donde deseo estar casi desde que puse los ojos encima de ti —ladeó la cabeza y abrió los ojos—. Lo que pasó esta noche no fue rechazo, sino supervivencia. Me estabas matando siendo tan dulce, seductora y condenadamente sexy. Ni siquiera puedo mirarte sin ponerme duro. Y a esas alturas llevaba tanto tiempo duro que con nada hubiera explotado.

Esperó por la reacción de ella con una mirada cálida e impaciente. A Brandi la asaltaron sentimientos entremezclados: excitación, anticipación y… orgullo. Sebastián, el hombre más imponente y atractivo que había conocido en suavidad, la deseaba. Y entonces sintió remordimientos. Quiso apartar la vista y esconderse, pero eso sería una cobardía. Así que lo miró sacudiendo la cabeza.

—Lo siento. No creo que pueda… que quiera. Me gusta besarte y tocarte. Y no había hecho eso con ningún hombre desde la violación. El miedo… aparece como caído del cielo cuando menos lo espero. Y me asalta esa sensación de pánico. Intento dominarla, pero no puedo.

Él esbozó una tierna sonrisa.

—¿Excepto cuando lo controlas todo tú, quizá? ¿Como cuando me besaste tú ante el fuego?

—Sí. Entonces no tenía miedo. Dijiste que yo dirigía y que tú cumplirías tu palabra. Cuando te dije que no te movieras, no lo hiciste. Si me hubieras agarrado o incluso abrazado como ahora, me hubiera entrado el pánico.

—¿Y no te molesta ahora que te esté abrazando?

—No. No nos estamos besando. Y no pareces estar como entonces.

—¿Quieres decir excitado?

Ella asintió con timidez.

—Tenías una mirada, igual que en el *jacuzzi* antes… como si quisieras devorarme.

—Una maldita buena descripción.

Alzó la mano para acariciarle la mejilla de nuevo y Brandi notó que le temblaba. Disfrutaba de la forma en que la tocaba con tanta suavidad y delicadeza. Y cómo le daba suaves besos en la cara, no besos sexuales, sólo caricias. Como si no pudiera evitarlo.

Sebastián se incorporó y le abarcó la cara con lados manos.

—Quiero que sepas, y no sólo para estas vacaciones, que mientras me conozcas, mientras lo necesites, tú serás la que mande. No podría soportar inquietarte. Si hago algo o digo algo que te moleste, sólo dímelo. Puedes ser sincera conmigo, pero no quiero tener que preocuparme de estropear las cosas sin saberlo.

Capítulo 6

Turbada por aquel ridículo halago, Brandi lanzó un sonido de desdén.

—Debes ser muy fácil de impresionar.

Sebastián se rió.

—Pues la verdad es que no. Soy muy difícil de conmover y por mi dura infancia, demasiado crítico con los demás. Pero después de lo que te pasó, todavía eres dulce y tierna, no estás amargada. Creo que eso es un pequeño milagro.

—Puede que no esté amargada, pero nunca volveré a ser una mujer normal tampoco.

Sebastián la miró.

—Pues a mí me pareces bastante bien —la besó despacio en la mejilla—. Y hasta sabes mejor. Y ninguna mujer normal me había afectado tanto como tú. Si no eres normal, sólo puedo estar agradecido porque creo que eres perfecta tal y como eres.

Ella no pudo contener una sonrisa de alivio.

—Ya sabes lo que quería decir.

—Sí, lo sé, pero no es verdad, cariño. Eres un poco más reservada, pero tienes las mismas necesidades y los mismos deseos que cualquier mujer —sonrió—. Sólo necesitas que el hombre adecuado ofrezca su cuerpo a tu mente inquisitiva.

Sebastián esbozó de nuevo aquella tierna sonrisa que la hizo desear seguir con él para siempre. Pero había muchas cosas que se interponían.

—Sebastián, no sé si seré capaz nunca de hacer el amor. Sólo la idea de…

—Eh, no te sonrojes —susurró contra su mejilla—. Puedes contarme lo que sea, cariño. Aquí no hay nadie salvo nosotros.

La noche era apacible. Sin que se hubieran dado cuenta, la televisión había terminado dejando sólo el blanco resplandor. Brandi estaba tan pegada al cuerpo de Sebastián como se podía estar y la inundaba su aroma, su calor y su ternura.

Lo sentía seguro y sexy, como si fuera una parte de sí misma. Tragó saliva y decidió aprovechar el momento. Podría no haber otra noche como aquella y tenía tantas preguntas y cosas que le gustaría hablar con él. Y confiaba en Sebastián más de lo que a veces confiaba en sí misma.

—La idea de sentir a un hombre encima de mí me enferma. Me… despierto con sudores fríos.

El frotó la barbilla contra su cabeza.

—Hay otras posturas, ¿sabes?

—Pero un hombre es mucho más fuerte. Siempre podría cambiar de postura. Y Shay me dijo una vez que cuando un hombre está excitado, no siempre sabe lo que está haciendo.

—¿Qué? —le alzó la mejilla y la miró con el ceño fruncido—. Ese es un estereotipo muy poco serio. Los hombres son siempre responsables de sus actos, sobre todo cuando están con la mujer deseada. ¿Por qué te diría Shay una cosa tan estúpida?

Su vehemencia la sorprendió, pero no la asustó.

—Me convenció una vez de que saliera con un chico, pero se puso muy… pesado. Lo cierto es que no hizo nada, sólo intentaba darme un beso.

—¿Un beso que tú no querías darle?

—Sí, pero supongo que pensó que podría convencerme.

—Espero que le dieras una buena bofetada.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Me gustaría haberlo hecho, pero en vez de eso salí corriendo. Me entró el pánico y sólo pude pensar en escapar.

—¿Es eso lo que te pasó hoy cuando fuimos de compras?

Asombrada de lo fácil que le resultaba hablar con él, asintió.

—Esos dos hombres intentaron llevarme en coche.

—Me hubiera gustado verlos.

Brandi se rió ante su mirada fiera. Le gustaba que se sintiera protector con ella aunque quería y necesitaba aprender a defenderse por sí misma.

—No fue para tanto. Shay dice que exagero mucho las cosas y a veces tiene razón. Me dijo que sólo porque un hombre demuestre su interés o te robe un beso, no lo convierte en un violador.

—Yo diría que tiene razón. Pero también creo que cualquier persona, hombre o mujer tiene que aprender a aceptar un no y a respetar los deseos de los demás. No dejes que tu hermana te haga hacer algo que no quieres hacer.

—Pues me embarcó en estas vacaciones.

—Excepto con estas vacaciones —esbozó una sonrisa de picardía —. Creo que esta vez, Shay ha estado brillante.

Brandi sacudió la cabeza.

—La verdad es que no debería haberme sorprendido lo que hizo. Se ha empeñado en arreglar mi vida. Se siente… responsable de alguna manera por no haberme vigilado en el crucero, a pesar de que no dejo de decirle que no fue culpa suya, que fue mía.

—No, tú tenías dieciocho años, corazón. No pediste que te violaran más que cualquier otra mujer. Dejar la puerta sin cerrar no es ninguna excusa para lo que hicieron esos bastardos. Fue sólo un pequeño error que te costó mucho más de lo que debería.

—Pero había estado coqueteando con ellos.

—¿Y qué? Eso lo hace todo el mundo. Es parte de la naturaleza humana, no una invitación a la brutalidad. Los únicos culpables fueron esos salvajes que se aprovecharon de la inocencia de una mujer joven.

Brandi no pudo evitar relajarse. Sebastián era tan abierto y sincero en sus respuestas. No parecía sentirse incómodo ni vacilante hablando de aquello y sintió el impulso de darle un pequeño abrazo.

—Hablar contigo es tan diferente de hablar con mi familia…

—¿Y eso?

—Ellos no quieren realmente escuchar nada de esto. Se sienten muy incómodos. No saben qué decir y tienen miedo de disgustarme. Normalmente acaban disculpándose una y otra vez. Hemos hecho una especie de pacto de silencio como si nunca hubiera ocurrido nada. Pero no saben lo de mis pesadillas. No quiero preocuparles o que sientan más esa absurda culpabilidad y además no pueden hacer nada al respecto. Supongo que tendré que acostumbrarme a vivir con las pesadillas para el resto de mi vida.

Sebastián maldijo con suavidad y Brandi se sintió confundida.

—Me alegro entonces de que me lo estés contando a mí. Y quiero que te sientas libre de contarme lo que sea. Hazme las preguntas que quieras. Cuenta conmigo cuando lo necesites. Todo el mundo necesita hablar. De lo que sea. Nunca ayuda guardarse las cosas para uno mismo.

Brandi vaciló un momento insegura de cómo decir lo que estaba sintiendo, de lo mucho que significaba para ella aquel momento con él. Sentía que podía vaciar el corazón con él, que sólo escuchaba y aceptaba. De alguna manera, las pesadillas no le parecieron tanta carga.

—Gracias —susurró sólo sin saber cómo expresarlo.

Él vaciló y entonces, con mucha cautela, le besó primero en la sien, después en la mejilla y en toda la cara hasta llegar a su boca. Cuando sus labios tocaron los de ella con mucha suavidad suspiró. Estaba tan cerca que sus narices se rozaban y cuando la miró y vio su sonrisa, Sebastián pudo ver la calidez en aquellos increíbles ojos verdes.

—De nada.

Su ronca voz le produjo cosquilleos.

Brandi tuvo que cerrar los ojos para ocultar aquellas fuertes emociones que no había sentido nunca antes de poder hacer la siguiente confesión.

—Sebastián, me gusta besarte.

—¿De verdad?

Ella deslizó la mano por su hombro desnudo y notó que sus músculos estaban más relajados ahora. Volvió a mirarlo y se estremeció ante el ardor sensual de sus ojos. No ocultaban nada y quizá por eso no le inspiraban miedo.

—He sentido curiosidad durante mucho tiempo, pero tenía miedo de que alguien se me acercara lo suficiente como para hacer todo lo que hacen las adolescentes. No me pedían muchas citas, sobre todo porque Shay era como mi sombra. Ella es tan guapa que la mayoría de los chicos se quedaban demasiado embobados mirándola como para fijarse siquiera en mí.

—Yo me fijé en ti.

Brandi sonrió.

—Ya lo sé y todavía me sorprende que no hayas estado con Shay.

—Tu hermana me aterroriza. No se puede negar que es bella, pero de forma diferente a ti. Pero Shay no tiene ni un ápice de sutileza en todo su cuerpo. Tiene una forma de competir con los hombres que no me interesa.

—Haces que parezca una amazona.

—Muy cerca.

—Pues me sorprende que escaparas. La mayoría de los hombres caen bajo su hechizo en pocos minutos.

—¿Incluidos los chicos que conocíais en la adolescencia?

—Sí. Yo sólo era la hermana pequeña de Shay y eso no me dio mucha oportunidad de experimentar los primeros besos y las cosas que hacían todas las chicas de mi edad. Y después de la violación… Bueno, me gustaría haber tenido al menos un novio antes.

Sebastián estaba muy quieto.

—¿Quieres decir que aparte de la violación, todavía eres virgen?

—Sí, pero más que en el sentido físico. Sólo me han besado unas pocas veces y aún esas, no fue más que un leve roce de labios. Pero siempre soñaba con hacer esas cosas, con encontrar al chico adecuado y…

—Querías experimentar la primera excitación, el primer beso, la primera caricia… Abrazarte y acurrucarte pero sin llegar hasta el final.

Mientras hablaba, sus dedos se deslizaron por encima de la franela de su camisón produciéndole cosquilleos y haciéndole sentir algo de lo que estaba describiendo.

—Me gusta cómo me tocas, Sebastián. Y me gusta tocarte. Te siento tan diferente a mí…

Deslizó la mano por su clavícula y por su cálido cuello. La masculina piel era sedosa sobre la dureza de los músculos.

Sebastián entrelazó los dedos con los de ella y la besó en la

palma de la mano. Sin soltársela, le deslizó los nudillos sobre la barba de su mandíbula sin dejar de mirarla con atención.

—¿Has sentido alguna vez la barba de un hombre?

La ardiente mirada de sus ojos le dificultaba las palabras. Brandi asintió.

—Sí, la de mi padre.

Él lanzó una carcajada.

—Esto es un poco diferente, ¿verdad?

Le pasó la mano por encima del labio superior y Brandi sintió su aliento cálido. Sin casi darse cuenta, abrió la mano y la extendió por su mejilla. Sebastián le rodeaba la cintura con un abrazo suelto, dejándola libre para que hiciera lo que quisiera sin interferir. La sensación de su barba era sorprendente, intrigante y excitante.

—Sí, es diferente. Y siempre está tan caliente.

Él lanzó una carcajada antes de rozarle el pelo con la cara.

—Tengo a una preciosa mujer muy sexy en el regazo. Es una maravilla que no esté ardiendo.

Brandi no prestó atención a sus palabras. No era preciosa, sólo pasable, pero él la hacía sentirse sexy. Hechizada, sintió su mandíbula moverse al hablar y tragar saliva. Contempló su cuello palpando la aspereza de su barba, la anchura de su cuello y la regularidad de su pulso. Le tocó entonces el pelo de la nuca que era deliciosamente sedoso.

—Nunca hubiera creído que los hombres podían tener un pelo tan suave.

Él seguía mirándola sin parpadear.

—Sólo tengo la barba áspera, pero no el resto del pelo del cuerpo.

Eso la detuvo sintiendo un cosquilleo en el estómago. Era una sensación agradable, como una profunda palpitación dentro de ella.

Brandi miró entonces el vello que cubría su torso, oscuro y espeso rodeando sus pequeños pezones marrones. Se pasó la lengua por los labios con nerviosismo y decidió atreverse. Estiró la mano. Sebastián cerró los ojos un instante para abrirlos en el acto. Le aletearon las fosas nasales al inspirar con intensidad cuando ella extendió las dos manos por su pecho.

Duro y sólido. Estaba increíblemente caliente y el corazón le latía fuerte y regular.

—¿Brandi? —su voz era ronca y susurrante—. Me gusta que me toques, cariño.

Ella sintió su aliento cálido al hablar. Entonces sintió la dureza bajo su trasero y supo que tenía una erección. Él sonrió para darle confianza con la mirada.

—No voy a moverme y no te tocaré a menos que quieras que lo haga. Pero sólo soy un simple hombre que se siente muy atraído por ti. No puedo evitar mis reacciones.

—A mí no me parece que tengas nada de simple.

Brandi deslizó las dos manos por su antebrazos y sintió los músculos tensos incluso sin moverse. Aunque usara las dos manos no conseguiría abarcar su bíceps. Todavía le recordaba a una montaña imponente por su solidez y fuerza. Y la ardiente mirada de sus ojos rayaba en lo salvaje.

Después de un rato, se sintió relajada tocándolo y eso la sorprendió. Y Sebastián, fiel a su palabra, no se había movido aparte de agitarse un poco y respirar más entrecortado.

—Me gusta cómo me miras, con los ojos entrecerrados.

Al principio, su intensidad la había asustado, pero parecía que se estaba acostumbrando a la forma en que parecía leerle la mente, cómo la miraba, como si no importara más en el mundo. La hacía sentirse especial, no amenazada. Ya no.

—¿Y qué más te gusta?

Ella no vaciló.

—Tu olor.

Sebastián abrió los ojos de nuevo. Eso la animó y se inclinó hacia adelante hasta casi rozarle el cuello con la nariz. Su aroma era suficiente como para producirle cosquilleos y frotó la nariz contra su cuello y su hombro.

Él lanzó un ronco gemido. Cuando ella se apartó, esbozó una sonrisa de picardía, pero su pecho estaba agitado de las profundas inspiraciones.

—¿Y cómo huelo , Brandi?

Ella tocó el puente de su nariz de nuevo y rozó un pequeño saliente que debía ser por alguna rotura. Tenía una pequeña cicatriz en la comisura del labio. Todo en él era fascinante para ella.

—Es difícil de describir.

—Hueles cálido, muy cálido. Y como a almizcle y especias.

Cuando le rozó la cicatriz, sus labios se entreabrieron ligeramente. Sebastián se humedeció los labios y su lengua le rozó los dedos. Ella se apartó casi aturdida de las violentas sensaciones que despertó en su estómago.

Sebastián la miró con intensidad.

—Tócame otra vez.

No era una orden, era casi una súplica.

—Yo…

—¿Te sobresaltó sentir mi lengua?

—Sí.

—¿Qué sentiste? Por dentro, quiero decir ¿Te asusté?

—No —no era miedo lo que la había dejado sin aliento, pero no sabía explicarlo—. Nunca lo había sentido antes, así que es difícil.

—¿Quieres continuar?

Ella asintió pero no estaba segura de por dónde continuar.

Sebastián lo arregló por ella.

—¿Qué te parece si te cuento yo lo que siento?

El corazón se le aceleró. El aire dentro de la cabaña parecía demasiado caliente incluso aunque el fuego ya se había apagado. Brandi sintió la tensión de sus fuertes muslos y se removió un poco antes de sonreír para sus adentros. Le gustaba afectarle de aquella manera, saber que la deseaba tanto.

Con la mirada clavada en ella, Sebastián continuó:

—Siento una oleada de calor. Bajo la piel, dentro de mis músculos. Todo tenso —sonrió—. Estás sentada en mi regazo, así que creo que lo notas. En mi estómago, en mis muslos. Y ahí —apretó el dorso de sus manos en lo más bajo de su abdomen—. Es como una suave presión. Como una anticipación ardiente y densa.

Ella sentía todo lo que le estaba enumerando. Su propio vientre estaba palpitante de deliciosa tensión.

—Me asustas.

Él se apartó, pero esa vez fue ella la que lo mantuvo.

—No quería decir eso —sacudió la cabeza con frustración—. No es miedo a que me hagas daño. Es sólo que nunca había sentido esto antes. Nunca.

Él se llevó su mano a la boca y le dio un tierno beso en la palma.

—Lo que te pasó te ha paralizado un poco. Eras demasiado joven para haber explorado siquiera tu sexualidad antes de la violación y después estabas demasiado traumatizada. Pero ahora, conmigo te sientes a salvo. ¿Tengo razón?

—Sí. Hasta cierto punto.

—Creo que entiendo tus reglas ahora. Antes, en el *jacuzzi* pensé que estábamos jugando a un juego de dominación, que no querías que me moviera para poder seducirme. Y me gustó. Créeme. Pero estaba demasiado excitado y no podía aguantar mucho más. Ahora sé que no tiene nada que ver con un juego. Entiendo que es importante para ti ser la que controle la situación —la besó de nuevo—. Siéntete libre de satisfacer tu curiosidad conmigo. Cuando te dije la primera vez que estabas al mando, no tenía en mente precisamente eso. O quizá sí, pero no con expectativas reales. Sólo con un poco de esperanza.

Brandi se rió. Tener a un hombre a su plena disposición no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

Sebastián le apartó un rizo rebelde de la mejilla y se puso serio.

—Ahora que lo entiendo, quiero que te sientas libre de dirigirme, de decirme lo que quieres y necesitas. Puedes tocarme donde quieras, cómo y cuando quieras. Lo que quieras. Si no quieres que me mueva, no me moveré. Si quieres que te devuelva las caricias, lo haré encantado. Pero sólo si tú me lo dices. Realmente estás al mando, pequeña, en todos los sentidos de la palabra.

Sebastián la observó mientras ella parecía considerar sus palabras. Estaba enfadado con cómo Brandi había tenido que ocultar sus propios conflictos para no disgustar más a sus padres. A menudo los que quieren a una víctima sufren más, en diferente forma, que la propia víctima. Eso lo había visto en su propio trabajo, y cómo ese sufrimiento hace que la víctima se sienta más culpable. Pero estaba más enfadado consigo mismo por haber confundido su cautela y trauma como un juego sexual. Había creído que estaba utilizando la timidez y necesidad de control como una forma de elevar la tensión sexual. Maldito fuera su ego.

Pero ahora que conocía la verdad, tenía un plan de acción. Tendría que controlar su excitación, pero lo haría aunque lo matara. No había nada más importante que darle confianza a Brandi y enseñarle que era una mujer en todos los sentidos de la palabra.

Su curiosidad estaba empezando a despertar y estaba seguro de que él era el hombre que podría satisfacerla. Cualquier cantidad de incomodidad sexual merecería la pena por el resultado final. Pero ya estaba casi dolorido de anticipación.

—¿Quieres que… te toque?

Él sonrió ante su expresión avergonzada y sus mejillas sonrojadas. Echada en su regazo con su virginal camisón blanco, los ojos muy abiertos y el pelo revuelto, estaba más incitante que nunca. Sus pequeños pies desnudos eran muy femeninos, su acento adormilado cálido y delicioso. Sonrió y se contuvo. Sólo quería darle confianza, no asustarla con su excitación.

—Sí, si tú quieres.

Inclinándose, le dio otro suave beso en los labios.

—Quiero que te sientas libre de utilizarme, de tocarme donde quieras, de besarme o mirarme como te apetezca.

—No podría.

Sebastián se rió.

—Ya lo has hecho. Y sé que si estás tan fascinada por mi pecho, el resto de mi cuerpo tiene que interesarte también.

Brandi tragó saliva. Tenía los ojos muy brillantes y la expresión más adorable del mundo, una mezcla de inseguridad y deseo.

—No sé si podría. Quiero decir que nunca sé cuándo me asaltará el miedo.

Sus palabras le hirieron como un puñetazo.

—Ya lo sé. Y no importa. Si cambias de idea en cualquier momento, no habrá ninguna presión. Simplemente di que no. Eso es todo.

—Eso lo dices ahora. Pero si hubiéramos estado ya… ya me entiendes, podrías sentir diferente.

—¿Tienes miedo de que pierda el control?

—No creo que me hicieras daño de forma intencionada.

Sebastián sabía que no iba a ser fácil. Resuelto a avanzar lo máximo posible en los cuatro días que tenían, decidió sugerir la única solución que le parecía viable, incluso aunque la idea le inquietaba.

—Si vas a empezar a preocuparte porque pierda el control, podrías atarme a la cama.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos de incredulidad.

—Lo digo en serio, Brandi. Quiero que estés cómoda conmigo y si hace falta llegar hasta ese extremo, pues lo haremos. Por supuesto, tendrás que prometerme que serás delicada conmigo y que tratarás mi pobre cuerpo con respeto.

Ella le dio un juguetón tortazo y sonrió.

—Y que no me harás cosquillas bajo ningún concepto. No puedo soportarlas.

—¿Así que no aguantas las cosquillas?

Él frunció el ceño en broma.

—No me gusta nada el brillo malévolo de tus ojos. Prométemelo ahora mismo.

—De acuerdo. Te prometo que no te haré cosquillas.

Él aparentó considerar sus palabras aunque lo cierto era que estaba excitado y encantado ante la idea de que ella fuera a jugar con él.

Y su tono, cuando habló, estaba cargado de promesas susurrantes y expectación. Estaban haciendo más progresos o al menos a él se lo parecía.

—Trato hecho, entonces.

Sebastián alcanzó el control remoto y apagó la televisión.

Con evidente alarma, Brandi se puso rígida en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo que estás imaginando —le tiró de un mechón del flequillo—. ¿Pensabas que iba a levantarme para quitarme los pantalones?

—No lo sé —le miró a los ojos—. No hubiera esperado nunca

nada de esto.

—Bueno, puedes relajarte. Sólo pensaba que deberíamos dormir algo esta noche. Es tarde.

—¡Oh!

Brandi bajó la vista y empezó a levantarse, pero él notó la decepción en su voz.

—Supongo que será mejor entonces que vuelva a mi cama.

Él apretó los brazos alrededor de ella manteniéndola con suavidad en su regazo.

—Lo cierto es que podríamos dormir aquí mismo. Yo estoy cómodo y después de tenerte abrazada tanto tiempo, la idea de mi fría cama en solitario no me atrae en absoluto.

Él notó cómo deseaba aceptar con desesperación y le asaltó la ternura cuando ella alzó la vista con expresión insegura:

—¿No te peso?

—Cariño, pesas menos que una manta.

—Podría tener otra pesadilla.

Que era una de las razones por las que él quería mantenerla cerca. Haría lo que pudiera por protegerla, incluso de sus propios demonios.

—Si tienes un mal sueño, siempre podrás abrazarte a mí. No estarás sola.

Las lágrimas afloraron a sus verdes ojos y él no pudo soportarlo. Le acurrucó la cabeza bajo su barbilla, estiró la mano hacia la silla de al lado y agarró la manta. Los tapó a los dos, estiró las piernas sobre la mesilla y se reclinó hacia atrás. Brandi se removió varias veces, haciéndole penosamente consciente de su excitación, pero apretó los dientes y contuvo un gemido de placer.

—¿Sebastián?

—¿Hum?

—Buenas noches.

Ahora se sentía bien. Con Brandi en sus brazos escuchando su tranquila respiración. Era algo a lo que podría acostumbrarse con facilidad, algo que no le importaría disfrutar el resto de su vida. Apretó la mejilla contra su cabeza y su pelo rizado le hizo cosquillas en la nariz. Tan dulce y suave.

—Buenas noches, cariño. Que descanses bien.

Ella suspiró.

—Lo haré.

E igual que le había pasado en la limusina, se durmió quedándose relajada en un minuto.

Sebastián tardó más tiempo en conseguirlo. Intentó recordar

cómo había sido para él, cómo se había comportado cuando había tenido sus primeras experiencias sexuales. Normalmente no le gustaba recordarlo porque aquellos días habían estado cargados de pobreza, tristeza y desolación. Había empezado demasiado joven, intentando encontrar consuelo con las mujeres de su barrio, que lo necesitaban tanto como él.

Después de haberse alistado, se había hecho más escogido y a veces se había pasado mucho tiempo sin la caricia de una mujer. La mayoría de las veces no lo había echado de menos, pero cuando lo había necesitado, había tenido mujeres con facilidad. Y siempre había tenido él el control, sin ataduras ni compromisos.

Y ahora se encontraba completamente a merced con Brandi. Saber que ella carecía de madurez sexual lo cargaba de un deseo primitivo, tanto emocional como físico. A pesar de la violación, él sería su primer hombre, su primer amante.

Ella sería suya, estaba decidido. Todavía le quedaban cuatro días y los aprovecharía desde que se despertara al día siguiente.

Sonrió sabiendo que lo que tenía planeado era un poco extravagante, pero Brandi necesitaba el control y él quería dárselo. El truco consistiría en hacerla creer que ella tenía las riendas, cuando lo cierto era que seguiría su dirección por completo.

Capítulo 7

Sebastián siguió frotándose el cuerpo mojado con la toalla incluso aunque sabía que Brandi estaba paralizada mirándolo desde la puerta del cuarto de baño. Llevaba secándose más de quince minutos con la esperanza de que ella apareciera. Bajo circunstancias normales, en presencia de una mujer a la que deseaba y sabiendo que ella lo deseaba también, se hubiera olvidado de su desnudez porque lo más probable era que la mujer hubiera estado desnuda también.

Pero no con Brandi allí de pie, con el camisón de franela hasta el suelo, los ojos todavía hinchados del suelo, el pelo revuelto y los labios entreabiertos de la sorpresa. Pudo sentir su mirada curiosa sobre su cuerpo y deseó atraerla a sus brazos, sentir la exquisita caricia de sus manos, sus ojos, su boca…

Pero aparentó indiferencia aunque estaba tan tenso que le dolía.

El tiempo acompañaba su estado de ánimo y una poderosa tormenta lo había despertado esa mañana. La lluvia azotaba las ventanas y el cielo estaba tan oscuro como al anochecer. Se había escurrido del lado de Brandi después de un fuerte trueno y había dejado la puerta del baño entreabierta con la esperanza de que el ruido del agua acabara despertándola aunque la tormenta no lo hubiera hecho.

Quería que se acostumbrara a él a y a su rutina masculina. Deseaba que se sintiera cómoda con su cuerpo y la tarea mundana de afeitarse, bañarse y comer lo rebajaría al estatus de una persona de carne un hueso en vez de la imagen de un macho dominante.

Terminó de secarse, se enroscó la toalla al cuello y se dio la vuelta con una sonrisa en los labios, pero Brandi no lo notó. Su mirada estaba muy por debajo de su cara. Sebastián se aclaró la garganta y ella dio un respingo. Cuando alzó la vista hacia sus ojos, le preguntó:

—¿Estás bien, corazón?

—¡Estás desnudo!

—¿Si? Maldita sea, es verdad —puso cara de asombro—. Me quité la ropa para ducharme. No conozco otro sistema de hacerlo.

Brandi se chupó los labios despacio con la mirada clavada ahora con desesperación en la de él.

—Eres… terriblemente grande.

Riéndose, Sebastián bajó la mirada a propósito hacia su propio cuerpo, que por suerte no había reaccionado todavía ante la atractiva presencia femenina.

—Hum… Y todavía no está tan imponente como puede llegar a ponerse. ¿Te preocupa eso?

Ella sacudió la cabeza y sus rizos morenos se agitaron sobre su cara pálida antes de volver la mirada hacia su cuerpo.

—No estaba hablando de eso —dijo con suavidad—. Es que eres tan corpulento. Todo tu cuerpo.

—Ya lo sé. Estaba bromeando.

—¡Oh! —ella miró a su alrededor y se encogió de hombros—. La puerta estaba abierta.

—Era para oírte cuando te levantaras.

Brandi asintió.

—Me despertó la tormenta.

Maldición. No podría aguantar mucho si ella seguía mirándolo así. Tenía que distraerse, así que se dio la vuelta y abrió el agua caliente del lavabo.

—¿Qué estás haciendo?

En su voz había más curiosidad que turbación y al mirarla por el rabillo del ojo, Sebastián notó que se había acercado un poco más.

—Voy a afeitarme —se puso la espuma en la mano—. ¿Has visto afeitarse a algún hombre antes?

—No.

—¿Ni siquiera a tu padre?

—Mi padre es muy reservado y además mis padres tienen su cuarto de baño en la habitación.

Sebastián bajó la tapadera del inodoro.

—Siéntate aquí. No me importa que me acompañes.

—Yo… —pero le hizo caso y se sentó a su lado con los ojos a la altura de su cintura. Maldición. No conseguirá sobrevivir a aquello, pensó Sebastián—. Adelante.

Lanzó una carcajada para aliviar la tensión.

—Pretendes disfrutar de la exhibición, ¿verdad?

Ella recuperó la tranquilidad lo suficiente como para estirar las piernas, cruzar los tobillos y apoyarse contra la pared.

—Tú te has ofrecido. No es algo que pueda ver otra vez pronto.

—En eso te equivocas. Puedes mirar cómo me afeito siempre que quieras.

Entonces empezó a esparcirse la crema por la cara y a hacer todas las contorsiones que hacen los hombres para apurar los sitios más inaccesibles. Brandi seguía sentada mirándolo con fascinación y para su sorpresa, su mirada estaba tanto en su cara como en el resto de su cuerpo.

Casi había terminado. Cuando se deslizó la cuchilla por última vez por la cara, Brandi dijo con suavidad.

—¡Pareces tan duro!

Sebastián se maldijo a sí mismo, pero cuando se dio la vuelta, vio su mirada a la altura de sus caderas y cómo levantaba la mano

ligeramente de su regazo antes de volverla a posar. Agarró la toalla y se secó la cara antes de darse la vuelta por completo. No pudo evitarlo, su cuerpo se había despertado ante su interés y así desnudo no podía ocultar su reacción.

La mirada de ella subió enseguida a su cara antes de volver a su potente erección. Brandi parecía tan absurdamente sorprendida que él intentó sonreír para aliviar la tensión, pero no pudo.

—¿Te has… excitado sólo porque te miro?

En vez de responderle, Sebastián deslizó la mirada por el cuerpo de ella y la clavó en las curvas erectas de sus senos sin apartarla. Brandi se estremeció y se sonrojó, pero no de vergüenza.

—Tú también reaccionas cuando te miro, cariño, sólo que tu cuerpo no es tan evidente como el mío. Pero si un hombre es inteligente y sabe dónde mirar no es tan difícil de comprobar —su tono era grave y ronco y sin acercarse, alargó suavemente la mano y le rodeó el pezón con el dedo. Brandi dio un respingo y cerró los ojos, pero no se apartó—. Esto es una pequeña pista.

Los labios de ella se entreabrieron para inspirar con fuerza.

—Eso me ha gustado.

—Bien. ¿Quieres que lo haga otra vez?

Ella abrió los ojos y lo miró de nuevo. Se mordió el labio inferior y asintió con timidez.

Para la mayoría de la gente aquella podría ser una situación de lo más curiosa, una mujer cubierta hasta los pies con un modesto camisón y un hombre desnudo y vulnerable sin hacer otra cosa más que tocar un suave y dulce seno. Pero para Sebastián era un progreso increíble. Quería gritar de alegría por su éxito. Brandi deseada que la tocara de forma sexual.

Le tembló la mano al estirarla de nuevo y aunque deseaba acercarse más, no quería ir demasiado rápido.

Jugueteó con su pezón usando sólo el mismo dedo índice. Lo frotó contra ella y con el borde de la uña lo rodeó y frotó hasta que Brandi jadeó y con voz casi inaudible susurró:

—Por favor.

Sebastián estaba tan duro que le dolía, pero Brandi era ajena a todo en ese momento menos a su propio cuerpo.

—Los dos senos, ¿verdad, cariño? Te gustará, te lo prometo. Pero si no, sólo tienes que decirlo.

Sin darle ocasión de pensarlo, alzó la otra mano y esa vez le abarcó los dos senos sintiendo su calor y firmeza en sus palmas. El corazón se le desbocó cuando ella lanzó otro gemido estrangulado y clavó la mirada en su cara. Sabía que lo estaba vigilando por si perdía el control, así que hizo lo posible por disminuir su erección. No podía

recordar cuándo había estado tan tenso y caliente. Pero la inocencia de Brandi y su confianza en él era el afrodisíaco más potente de la tierra. Y lo que más deseaba en el mundo, antes de su propio placer, era el de ella.

Deseaba que confiara en él lo bastante como para abandonarse hasta que se volviera loca de placer.

Por suerte tenía los brazos largos, con lo que podía mantener una distancia prudente de ella. Y también le permitía una increíble vista de su cuerpo, la forma en que los músculos de su estómago se agitaban, sus muslos se tensaban y su garganta subía y bajaba con los puños apretados.

Sebastián estaba tan jadeante como ella.

—¿Te gusta esto, cariño?

—Sí.

Aquella sola palabra sonó como un gemido y Sebastián tuvo que apretar los dientes para contener un bramido.

—Cariño, quiero probar algo más, ¿de acuerdo? No, no me mires así. No estoy planeando ninguna malvada perversión con tu cuerpo. Sólo iba a hacer una sugerencia.

Brandi tardó un momento en decir:

—De acuerdo.

Sebastián sintió sus senos plenos e inflamados en sus palmas y continuó frotándoselos mientras hablaba.

—Si te gustan mis dedos y mis manos ahí, creo que te gustará mi boca aún más.

Ella sacudió la cabeza con frenesí y los ojos se le pusieron como platos.

—Sss —la calmó él sin dejar de frotarla y acariciarla—. Hasta pondré las manos a la espalda si quieres. Y si lo que te hago no te gusta, lo dices y paro. Sin discusiones.

Sebastián notó que se sentía tentada y contuvo el aliento.

—No quiero quitarme el camisón.

—No tienes por qué hacerlo.

—Esos hombres… los que me violaron —le tembló la voz y Sebastián se paró al instante con el corazón helado—. Me dijeron que no era gran cosa, sólo un saco de piel y huesos. Y se rieron de mí. Shay siempre dice que estoy muy delgada y hasta mi madre cree que no redondearé hasta que tenga hijos. Pero como nunca he pensado tenerlos, me imagino que siempre seré muy delgada.

Malditos fueran todos. Sebastián sintió una violenta emoción y deseó matar a aquellos bastardos que le habían robado toda la confianza en sí misma. ¿Y es que ni su familia notaba lo sensible y vulnerable que había quedado?

Los ojos le ardían y la cabeza le palpitaba. Debía parecer tan violento como se sentía porque Brandi se levantó, lo esquivó y se dirigió a la puerta. Él no se dio la vuelta ni intentó detenerla porque no se le ocurrían palabras cuerdas. Sólo deseaba gritar de rabia y frustración. Tardó un momento en despejarse la cabeza antes de intentar hablar de nuevo.

—¿Sebastián?

El sacudió la cabeza. Sin querer, apretó los puños y la voz le salió como un bramido.

—Son unos idiotas. Hasta el último de ellos.

Silencio. Se dio la vuelta y vio a Brandi allí de pie con expresión insegura.

—Mírame, Brandi —esperó hasta que ella lo miró a los ojos—. ¿Crees que desearía a una mujer de esta forma tan desesperada si no fuera sexy?

—¿No crees que soy demasiado delgada?

Sebastián dio un paso hacia ella.

—Puedes hacer en este viaje todo lo que desees, cariño. Decirme que me calle, que me pierda o que haga el pino si eso te hace feliz. Pero no te atrevas a creer lo que esos idiotas te dijeron. Eres delicada y femenina y también la mujer más sexy que he conocido en mi vida. Y a pesar de todos mis defectos, no soy un idiota. Reconozco a una mujer bonita hasta con los ojos cerrados.

—¿De verdad crees que soy bonita?

—¡Sí! —gritó él apretando la mandíbula.

Casi al instante, ella sonrió.

Con una mirada más hacia su cuerpo excitado, Brandi dijo:

—Iré a vestirme ahora.

Él se había olvidado de que estaba desnudo. Sebastián asintió, aunque era lo último que deseaba.

—Puede que no sea mala idea.

—Quizá también deberías vestirte tú.

—¿Tienes miedo de que me pasee todo el día desnudo por la cabaña? —ella pareció pensárselo—. No importa. Olvida lo que te he dicho.

Sebastián pasó por delante de ella y se fue a su habitación sintiendo que ella tenía la vista clavada su espalda desnuda. Maldición, aquel iba a ser el viaje más duro de toda su vida.

Era sorprendente cómo unas palabras o una simple situación podían cambiarlo todo. Brandi abandonó su habitación sintiéndose mucho más segura de sí misma y de sus intenciones. Vestida ahora con la misma falda vaquera larga, unas sandalias y una camisa ligera

de algodón, con el pelo peinado y la cara lavada, estaba lista para enfrentarse a Sebastián de nuevo.

Todavía sentía timidez acerca de sus nuevos planes, pero cada vez le parecían más excitantes y sentía ansiedad por empezar cuanto antes.

Encontró a Sebastián de pie mirando la tormenta por la ventana del salón. Se había puesto una camiseta blanca y unos vaqueros, pero eso era todo. Sus pies descalzos era tan fuertes como el resto de su cuerpo. Apenas se había peinado con los dedos el pelo mojado y moreno. Le gustó su aspecto. Le gustaba aquel hombre.

Sebastián había encendido el fuego y la habitación no estaba ya helada. A Brandi le pareció perfecto, estar así a solas con él en aquel día lluvioso aislados del resto del mundo.

Se acercó a él por detrás y cuando iba a darse la vuelta, posó la mano en los sólidos músculos de su espalda.

—Espera.

Él se quedó completamente inmóvil, como sabía que haría.

La sensación de poder le produjo una excitación prohibida. Deslizó la palma abierta por la masiva extensión de sus hombros. Era un hombre tan grande que le maravilló que pudiera ser a la vez tan sensual y delicado. Y pensaba que ella era preciosa.

—Tengo algunas cosas que decirte, Sebastián, y me resultará más fácil si no me miras.

Él se relajó y se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones.

—Te escucho.

Brandi inspiró para relajarse.

—Lo que hiciste por mí esta mañana en el baño me gustó mucho. Gracias.

Él volvió la cabeza un poco hacia ella antes de contenerse y volver a mirar hacia la ventana.

—Fue un placer. Cuando quieras que lo haga otra vez, sólo tienes que decirlo.

—Eso pretendo, pero ya arreglaremos eso en un minuto —vio cómo sus hombros se tensaban y le escuchó emitir un sonido de sorpresa. Brandi sonrió para sí misma—. Me siento un poco tonta, así que aguántame, ¿de acuerdo? Y no me interrumpas.

Por alguna razón, compartir sus pensamientos y sentimientos con él se había hecho importante para ella.

—He estado pensando mucho en esto. Y como me has convencido de que realmente me deseas, he decidido aprovechar las vacaciones al máximo. Nunca me había resultado tan fácil hablar con alguien. Pero contigo es como si por fin me sintiera libre de nuevo.

—Me alegro.

Brandi notó la ternura de su voz y enroscó los brazos alrededor de su cintura apretando la cabeza contra su omoplato. Apenas le llegaba al hombro, pero su tamaño ya no la intimidaba. Ahora la intrigaba. Era grande y fuerte y, la deseaba.

Aspiró su aroma que le encantaba y, sin pensarlo, abrió los labios y le mordisqueó la espalda. Él contuvo el aliento pero no se movió.

—¿Te quitarías la camisa para mí?

Él lo hizo con rapidez y la tiró al suelo. Pero siguió sin hacer un solo movimiento en dirección a ella, aunque cada músculo de su cuerpo estaba ahora tenso.

—Ya que está lloviendo, no podemos salir hoy y de todas formas, tampoco me apetece. Preferiría quedarme en casa y acostumbrarme a tu cuerpo increíble y a la forma tan maravillosa en que me haces sentir.

—¿Comprendes que me estás matando, cariño?

Ella lanzó una carcajada sintiendo que su confianza iba en aumento.

—Ya sé que eso significa que estás excitado y me alegro —empezó a tocarlo de nuevo adorando la firmeza de su piel sedosa y la dureza de los músculos de su espalda—. Me gustaría hacerlo todo, Sebastián, pero no creo que pueda. Al menos todavía. Pero lo que dijiste… acerca de la cama.

Hubo un momento de silencio en que le oyó tragar saliva.

—¿Quieres atarme?

Su voz era casi jadeante, una mezcla de temor y anticipación. Brandi deslizó la mano hacia su duro abdomen y le escuchó lanzar un bufido. Los músculos de su estómago estaban marcados y ligeramente cubiertos de vello rizado que conducía hacia su abdomen.

—Sí —susurró ella—. Me gustaría. Pero dentro de un rato. De momento, prefiero esto. Me gusta tocarte cuando no me estás mirando. Puedo ver cada pulgada de tu cuerpo, pero no me da vergüenza cuando estás de espaldas. No puedo estar contigo en la oscuridad, porque me asusta. Cuando aquellos hombres me violaron, estaba muy oscuro y tardé mucho en adaptarme a la oscuridad. El pánico me lo hacía más difícil. Estaban por todas partes y no sabía quién me estaba agarrando o qué parte de mi cuerpo intentar proteger.

—Pequeña, no…

Era la única vez que le había pedido que parara y Brandi supo que no era por sus palabras sino por su caricia. Había deslizado la mano hasta abajo, hasta sentir la sólida inflamación de su erección bajo la cremallera. Mientras hablaba lo frotaba deslizando los dedos

de arriba abajo y Sebastián parecía incómodo con la situación.

—¿Es mi turno, recuerdas? Quiero tocarte mientras hablo porque al sentir tu cuerpo, el resto pierde importancia. Es extraño, lo sé, pero siempre he asociado esto con la pena y el dolor. Pero contigo, tocarte y conocer tu cuerpo es… excitante.

Sebastián echó la cabeza hacia atrás en un intento por relajarse. Brandi se pegó más a él hasta que sus muslos estuvieron apretados contra los de él. Sus piernas eran mucho más largas y de momento, a Brandi le encantaban las diferencias.

—Pon las manos sobre la cabeza. Quiero tocarte por todas partes.

Él lanzó un gemido pero hizo lo que le pedía.

—Eres un hombre tan guapo, Sebastián. Tan grande, duro y poderoso…

Mientras lo apretaba deslizando las palmas por sus duras nalgas, el acero de sus muslos y su palpitante erección, Brandi le preguntó:

—¿Sabes de verdad lo que me gustaría ahora?

—Dímelo.

—Me gustaría darte placer.

A Sebastián le temblaron las piernas.

—Ya me lo estás dando, pequeña.

—No, quiero decir un placer completo.

Aquello era mucho más turbador de lo que había pensado, porque ahora tendría que enfrentarse a él. Pero primero… le desabrochó el botón superior de la bragueta.

—Brandi…

Su nombre sonó como una advertencia, pero Brandi no le hizo caso. El sonido de la cremallera al bajar se unió al de su respiración jadeante.

—Dime si te hago daño.

Un gemido gutural fue su única respuesta. Brandi sintió la potencia de él a través de los calzoncillos antes de deslizar la mano por el elástico y tocarlo. Sorprendida susurró:

—Está tan suave como el terciopelo, pero viva y dura a la vez.

Todos los músculos de su corpulento cuerpo estaban tensos. Tenía las manos apretadas en la nuca y los codos hacia adelante como si estuviera apretando contra una sólida barrera.

Brandi cerró los ojos y disfrutó de la sensación de acariciarlo. Sus dedos se enroscaron alrededor de su inflamada longitud deslizando y explorando. Tenía los brazos estirados alrededor de su cintura y el cuerpo pegado a su espalda. Sus dedos encontraron el extremo de su miembro y notó una ligera humedad. Le sorprendió y al mismo tiempo le produjo un cosquilleo de placer.

—¿Sebastián?

—Brandi, no puedo aguantar mucho más.

Ante su necesidad, la vergüenza de Brandi se evaporó. No mirarlo era más fácil, pero ahora quería ver sus ojos y el deseo en ellos.

Moviéndose para ponerse delante de él, mantuvo la mirada donde sus manos lo tocaban. Por fin tuvo el valor de alzar la mirada. Sebastián bajó al instante la cabeza y apretó la mejilla contra la de ella, pero mantuvo los brazos en el cuello.

—Deseo tocarte, Brandi, por favor.

—Me… me gustaría. De verdad que sí.

Enterró la cara en su ancho torso.

—Dijiste que querías darme placer. Eso me lo daría. Ahora mismo me muero por acariciarte.

Ella susurró:

—Me da mucho miedo decepcionarte a ti y a mí misma.

—Te juro que no dejaré que pase eso. Confía en mí.

Ella confiaba en él, pero aquello no tenía nada que ver con la confianza. En ese momento se sentía a salvo por que sabía que él respetaría sus deseos, pero si tiraban todas las barreras, ¿qué podría pasar? El miedo y el complejo por su cuerpo superaban su deseo.

Lentamente y sin mirarla, Sebastián bajó los brazos para apartarle las manos de su erección y posárselas en la cintura.

—¿De acuerdo?

Brandi asintió. Se sentía bien. Un poco rara, pero bien.

—Voy a besarte.

Brandi sabía que no sería un beso tierno, pero en ese momento deseaba toda su pasión y su deseo. Sólo esperaba poder aceptar lo que le diera. Se estiró cargada de decisión.

Volviendo la cara, Brandi lo miró a los preciosos ojos verdes y dijo:

—Y yo voy a devolverte el beso.

Sebastián sonrió, pero al bajar lentamente la cabeza hacia ella, su sonrisa se desvaneció. Le cubrió la boca con la suya y Brandi no tuvo tiempo para el miedo entre la mezcla de emociones que la asaltó. Su boca era ardiente y húmeda al devorarla con la lengua antes de chuparle el labio inferior y girarle la cabeza para tener más acceso a su exploración.

Pero conteniéndose todo el tiempo para que no se sintiera amenazada de ninguna manera. Su boca era devoradora, pero sus manos eran delicadas y apenas la sujetaban, sin exigencias.

Cuando ella se apoyó contra él por completo con los brazos

alrededor de su cuello, él se apartó lo suficiente para decir:

—Ven a la cocina conmigo.

Ella lanzó una nerviosa carcajada.

—¿No quieres decir a la habitación?

—No. La habitación es demasiado insinuante para empezar, aunque acabaremos en ella. Deseo hacerte el amor con toda mi alma, pero prefiero empezar más a salvo. Esto significa demasiado para mí como para estropearlo.

—¿Y la cocina es segura?

Él asintió.

—¿Vendrás contigo? ¿Confiarás en mí?

A Brandi no le quedaba mucha opción. El cuerpo le palpitaba de necesidad y la idea de pararse en ese momento le producía una punzada de insatisfacción. El miedo seguía allí pero no era tan fuerte como el deseo.

—De acuerdo.

Sebastián la tomó de la mano y dirigió el camino. Una vez en la cocina, separó una silla de la pequeña mesa redondeada. Brandi iba a sentarse, pero él la detuvo.

—La silla es para mí —la agarró por la cintura y la sentó en la mesa frente a la silla—. Te quiero aquí.

Brandi se sonrojó. Cuando él tomó asiento, quedó por debajo de su nivel, como había sido su intención. Entonces se instaló entre sus piernas y la falda larga se tensó. Las manos de él reposaron en sus muslos mientras clavaba la mirada en sus senos.

—¿Te parece bien esto?

Consciente de que no se había puesto sujetador, Brandi asintió. Ya podía notar sus pezones endurecerse y pujar contra la tela de la camisa.

Sebastián murmuró algo en voz baja antes de chuparse los labios resecos.

—Si no te gusta esto, dímelo.

Esa fue toda la advertencia que tuvo antes de que él se inclinara hacia adelante y su ardiente boca se cerrara alrededor de uno de sus pezones tragándolo por completo.

A Brandi se le aceleró la respiración, pero con Sebastián mucho más bajo que ella y sus manos en sus muslos, no se sentía intimidada por él, sino protegida.

Enterrando los dedos en su sedoso pelo, cerró los ojos para abandonarse a las sensaciones de su boca exigente. Incluso a través de la tela, las sacudidas de su lengua eran una tortura exquisita.

Entonces pasó al otro seno alzando la mano hacia el que acababa de abandonar. Sus dedos empezaron a frotarle el pezón por encima de

la tela mojada como para calmarlo. El doble asalto fue más de lo que ella podía soportar e instintivamente empezó a arquearse hacia atrás.

La otra mano de Sebastián le sujetó la espalda y Brandi lanzó un gemido.

—Tranquila, cariño.

Su voz era un ronco murmullo apenas audible por encima de su propia respiración y los salvajes latidos de su corazón. Le chupó la punta del pezón lo mismo que había hecho con su boca y Brandi sintió una punzada de excitación recorrerle hasta el vientre. Enterró más los dedos en su pelo.

—Sebastián…

Brandi no tenía ni idea de lo que quería, sólo que necesitaba algo. Él se levantó pero manteniendo la distancia entre ellos.

—Vamos a desabrochar un poco esta falda, ¿de acuerdo, dulzura?

La posibilidad de aquella situación se le había ocurrido cuando había elegido aquella falda. Le llegaba casi hasta los tobillos, pero era fácil descubrirle las piernas. Brandi se quitó las sandalias y asintió.

Sebastián tenía una forma de hacer las cosas que hacía que parecieran naturales. No empezó a acariciarla directamente sino que le desabrochó el botón inferior y paró para darle tiempo a cambiar de idea.

Ella permaneció quieta esperando y después de un segundo, le desabrochó otro botón atento sólo a sus manos y su falda. Así que Brandi pudo observarlo con libertad sin que él notara su sonrojo o la ansiedad de su pulso errante.

Así que aquello era el deseo y la necesidad. Nunca hubiera creído que podría ser tan fuerte y desbordante. Tuvo que morderse los labios para evitar gemir de nuevo, esa vez de impaciencia.

Pasó una tortuosa eternidad antes de que la falda quedara abierta sobre sus rodillas. Sebastián apartó la tela a un lado y se quedó mirándole los muslos abiertos alrededor de sus caderas. Sin dejar de mirarla volvió a sentarse y los muslos de Brandi se abrieron más para acomodarse a su postura. Sabía que podía verle las bragas de algodón blanco en el triángulo abierto de sus piernas. Sebastián apretó los dedos sólo una vez en sus suaves muslos antes de relajarse.

Pero cuando la miró, no había nada relajado en su expresión. Sus ojos ardían de deseo.

—Quiero estar seguro de que estás disfrutando de esto, Brandi.

—Lo estoy —tragó saliva porque no podía aguantar un sólo minuto más aquella tortura—. Hazme el amor, Sebastián.

Su expresión se contrajo, pero sacudió la cabeza.

—Todavía no —se quedó un momento en silencio—. ¿Sabes

cómo medir tu propio deseo, Brandi? ¿Sabes lo que pasa con tu cuerpo cuando estás excitada?

Su mirada era intensa y ella se la devolvió aturdida antes de sacudir la cabeza.

—Sólo sé que te deseo. Ahora.

—Pero podría no ser suficiente —sus manos se deslizaron sobre sus muslos antes de pararse. Ella cerró los ojos un instante pero los abrió de nuevo al oírle—. Cariño, mírame.

Las mejillas de Sebastián estaban violentamente sonrojadas y sus párpados entrecerrados. Estaba tan sexy e incitante que ella se acercó a él.

—Sebastián.

Su maldición fue baja y contenida, pero evitó su beso.

—No quiero hacerte daño, cariño.

—No me lo harás. Sebastián, por favor.

—Brandi… Tengo que asegurarme de que estás conmigo antes de que vayamos más allá.

Su mirada fiera y violenta se clavó en la de ella antes de deslizar una mano por su muslo hacia arriba. Brandi lanzó un gemido.

—¿Te resulta más fácil si me miras o prefieres cerrar los ojos?

Ella no pudo evitar una sonrisa forzada.

—¿Por qué no cierras tú los tuyos?

—Porque quiero verte.

Había un profundo tono de deseo en su voz mientras sus dedos avanzaban más y más arriba por su pierna.

Brandi mantuvo la vista clavada en él, incapaz de desviarla. Y entonces a Sebastián le aletearon las fosas nasales cuando su palma la abarcó y susurró:

—¡Ah! —la satisfacción sexual empañaba sus facciones endureciendo la línea de su mandíbula—. Estás lista para mí, ¿verdad?

El ronco, tono de su voz la inundó, justo mientras sus dedos tentaban y se deslizaban por su ropa interior mojada de la excitación. Al comprender que estaba húmeda y que él la estaba tocando, Brandi intentó cerrar las piernas, pero el cuerpo de Sebastián se lo impidió.

La miró a los ojos observando cada uno de sus movimientos y gestos.

—No te apartes de mí, cariño. Quédate conmigo…

—No pienso que…

—No tienes que pensar, sólo sentir.

Sus dedos se introdujeron bajo el elástico de sus bragas y muy despacio, tan espacio que ella jadeó, un dedo la abrió y penetró hasta lo más hondo.

Brandi lanzó un grito. Sin querer cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Se hubiera tirado en la mesa con ganas excepto que una vez más, Sebastián la mantenía erguida.

—Te siento tan bien, cariño. Tan caliente y mojada, exactamente como te deseo.

Sus dedos exploraron entrando y saliendo de ella. Brandi se aferró a él y apenas fue consciente de que ahora se había levantado, se había acercado y le estaba besando la cara, los lóbulos de las orejas, el cuello. Se pegó a ella y sintió un instante de alarma, pero entonces se apartó un ápice al mismo tiempo que introducía un segundo dedo.

Brandi estaba bajo una gran tensión en el cuerpo que iba en aumento. La enervaba, pero al mismo tiempo no quería que parara. Con un brazo tras su espalda, Sebastián arqueó el cuerpo para tomar de nuevo un pezón en su boca. Brandi gritó. Sentía lágrimas en las mejillas y la sal en la comisura de los labios. Sus caderas se movieron frenéticas contra su mano y aunque le daba vergüenza, no podía contenerse. No se sentía ella misma ni sentía nada conocido.

Sebastián la animó deslizando los dedos un poco más arriba hasta encontrar un punto con su dedo pulgar que la hizo atragantarse de placer.

—Sí, así mismo, cariño. ¿Un poco más, de acuerdo? Sólo un poco más, Brandi.

Ella se aferró a él con los ojos muy cerrados y las piernas prácticamente enroscadas alrededor de su cintura.

—Un poco más…

Brandi gimió cuando la asaltó una oleada de violento placer. Sebastián gimió con ella sin dejar de murmurar palabras de ánimo mientras seguía con sus mágicas caricias.

—Sí, cariño. Así. Vente para mí. Eres mía ahora, Brandi. Toda mía.

Ella escuchó los suaves murmullos, pero no tenían sentido. Y no la alarmaron. No mientras el mundo explotaba y Sebastián la tenía tan abrazada que parecía formar parte de él. E incluso después, cuando su respiración empezó a normalizarse y su mente a volver a la tierra, no tuvo tiempo de pensar en cómo había sido su posesión.

Sebastián borró todo pensamiento racional de su cabeza apartándose para sonreír antes de preguntar:

—¿Te gustaría atarme ahora?

Capítulo 8

Sebastián ya no podía ignorar más el creciente dolor en los brazos, pero no quería molestarla. Brandi dormía profundamente, extendida sobre su torso desnudo con una pierna sobre sus caderas y el aliento abanicando su pezón derecho.

Era una maravilla que hubiera sobrevivido.

Sonrió pensando en el entusiasmo con que ella había participado una vez que lo había tenido atado a la cama. Todas las inhibiciones la habían abandonado y lo había torturado con la curiosidad por su cuerpo y por cómo funcionaba.

Su cuerpo ya no tenía secretos para ella y eso le complacía. Incluso el sensible tema del preservativo y cómo ponerlo no había durado mucho. Él le había dado instrucciones y ella las había seguido.

Brandi le había hecho el amor con una sensación de novedad que él nunca había experimentado. Porque no sólo había descubierto su cuerpo, sino el de ella, también. Y él había podido observar cada expresión en sus preciosas facciones. El asombro y la excitación habían estado presentes igual que la timidez y la reserva.

Pero por mucho que lo hubiera disfrutado, le habría gustado que le hubiera desatado antes de quedarse dormida. Una vez más, se había desmayado en un instante y esa vez el sueño no había sido interrumpido por ninguna pesadilla. Sebastián había conseguido dormitar de vez en cuando, pero ahora tenía todo el cuerpo entumecido, estaba muerto de hambre y tenía frío.

Alzó la cabeza para mirar el cuerpo de Brandi. Todavía tenía la camisa puesta, pero la falda y las bragas habían desaparecido y la imagen de aquel precioso trasero había estado a punto de llevarlo al límite unas cuantas veces. Deseaba tocarla, apretar aquella firme carne, pero había sido incapaz de moverse por su propia sugerencia. No era una experiencia que quisiera volver a repetir, aunque por Brandi lo volvería a hacer en un abrir y cerrar de ojos.

Estaba a punto de llamarla cuando oyó un fuerte golpe en la puerta principal.

—¿Brandi? Vamos, nena. Despierta.

Ella se removió adormilada.

—¿Hum?

Sebastián la empujó con la cadera suavemente.

—¡Maldita sea, Brandi! Despierta. Hay alguien en la puerta.

Ella alzó la cabeza.

—¿Que hay alguien aquí?

Todavía no parecía enterarse de dónde estaba.

—Desátame, Brandi.

En vez de obedecerle, se incorporó y deslizó las finas piernas por el borde de la cama. Miró a su alrededor hasta encontrar la falda y empezó a ponérsela.

—¿Brandi? Desátame.

—Espera un minuto. Voy a ver quien está en la puerta primero.

—¡No! ¡Brandi!

Ella volvió la cabeza solo para susurrar:

—Sss.

Sebastián oyó abrirse la puerta y escuchó unos murmullos que no entendió. Después de lo que se le hizo una eternidad, Brandi volvió con un papel en la mano evitando sus ojos deliberadamente.

—Era de recepción. Shay ha estado intentando ponerse en contacto conmigo. Supongo que les habrá vuelto locos y no parece muy contenta de que no tengamos teléfono.

Sebastián tiró de las ataduras.

—Yo no necesito un maldito teléfono para nada.

—Yo tampoco, pero supongo que deberé llamarla para decirle que todo va bien. Es capaz de presentarse aquí mismo si no. Ya sabes cómo es Shay.

Él alzó la cabeza para mirarla con enfado.

—No se te ocurra irte a recepción antes de desatarme.

—¡Oh! —se sonrojó como él sabía que haría—. No debería haber hecho eso.

Entonces deslizó la mirada por su cuerpo desnudo y no dijo nada más, pero no dio un paso para desatarlo.

—¿Brandi?

—¿Hum?

—He disfrutado de cada minuto que hemos pasado en esta cama, pero estoy empezando a entumecerme.

—¡Oh!

Se apresuró a acercarse a la cabecera y se sentó al lado de su torso. El colchón se hundió y Sebastián resbaló contra su cadera. Inhaló el limpio aroma femenino ahora mezclado con su propio aroma y el del sexo. ¡Cómo le afectaba aquella mujer! Le gustaba, pero también le asustaba a muerte.

Ella se había abierto a él más que ninguna mujer que hubiera conocido. Al mismo tiempo, había necesitado su inmovilidad para poder sentirse libre. Los instintos protectores se mezclaban en Sebastián con un deseo desnudo.

Por fin le desató la muñeca derecha y él bajó el brazo para rodearle la cintura y posarlo levemente sobre su pierna. Brandi se inclinó hacia él y sus pequeños y perfectos senos quedaron a pocos

centímetros de su nariz mientras lo intentaba con el siguiente nudo, que debía estar ahora mucho más apretado de los forcejeos.

—Ya casi lo tengo.

Sebastián sonrió. Pudo notar la preocupación en su voz y eso le gustó. Cuando el nudo estuvo deshecho, Brandi se sentó y le sonrió. Sebastián la miró sin moverse un milímetro y susurró:

—Ven aquí.

Sin siquiera pensarlo, ella se inclinó y lo besó. El significado de aquel beso fue infinito para él. Estaban en una cama, él estaba libre para moverse y sin embargo, ella todavía se había acercado. Él nunca había hecho juegos sexuales antes, pero que lo ahorcaran si no le encantaban con Brandi.

Todavía sin mover los brazos, abrió los labios invitándola, pero ella se apartó con una sonrisa.

—¡Oh, no! No te he desatado sólo para volverte a atar. Tengo que ir a recepción para ver lo que quiere Shay —deslizó la mano por su torso con expresión suave y cálida—. ¿Quieres venir conmigo?

Sebastián dobló los brazos despacio antes de contener un gemido.

—Sí, pero ¿puedes esperar a que me duche primero?

—Claro. Yo también tengo que asearme.

Sebastián había esperado que lo invitara a ducharse con ella, pero parecía haberla asaltado la timidez de nuevo. Sentado al lado de ella, movió los hombros, acorralándola a propósito para ver cuánta proximidad aguantaba ahora que ya eran amantes.

Evidentemente no mucha. Brandi se levantó retorciéndose la falda con las manos. Empezó a moverse hacia la puerta, pero él la retuvo por la mano.

—¿Por qué no te cambias y buscamos un sitio para cenar? Quizá también un poco de baile.

Brandi parpadeó y el nerviosismo pareció disiparse, como él había esperado.

—¿Cena y baile?

—Claro, ¿por qué no?

Le enfermaba un poco tirar el dinero en aquellos sitios tan caros, pero haría lo que fuera por que Brandi estuviera feliz y no pensara más en lo que habían hecho todo el día. Al menos hasta que llegara la hora de volver a la cama, que esperaba compartir con ella para dormir. No sólo hacer el amor, sino dormir con ella en los brazos en una cama cómoda y despertarse con su cuerpo acurrucado contra el de él.

Poco antes le había dicho que era suya. No creía que Brandi hubiera escuchado bien sus palabras. Había sido un error táctico por

su parte presionar demasiado hacia una intimidad emocional que ella no sentía todavía. Pero por suerte, ella no parecía haberse enterado de sus posesivas palabras.

—¿Quieres ir a bailar? —preguntó ella ahora con gesto un poco confundido.

—Sí, creo que me gustaría bailar contigo.

Por propia iniciativa, Brandi se acercó a él y abrazó con fuerza su cuerpo desnudo. Asombrado, Sebastián tardó un momento en devolverle el abrazo. Con la boca en lo alto de su cabeza, preguntó:

—¿Es eso un sí o un no?

—No sé bailar.

Aquella maldita ternura lo asaltó de nuevo casi sofocante y tuvo que cerrar los ojos. Por supuesto que ella no habría ido casi a bailar. Primero, se había visto ensombrecida por su hermana y después había apartado a los hombres de su vida por completo. Había tantas cosas que ella no había hecho que de repente, Sebastián quiso compartirlas todas con ella costara lo que costara.

—Entonces iremos sin ninguna duda. Estoy seguro de que tienes un talento natural.

La besó en la coronilla inhalando su aroma, le abarcó la cara con las manos y enterró los dedos en aquellos rizos salvajes que adoraba antes de besarla con suavidad.

—Esta noche quemaremos la ciudad, así que ponte algo sexy.

La risa reemplazó la timidez en sus ojos.

—No tengo nada sexy que ponerme.

—Entonces tendremos que comprarte algo.

De todos los regalos que había comprado, ninguno había sido para sí misma. Con todo lo que había pasado en la vida todavía era un alma generosa que sólo había pensado en los niños y sería muy fácil enamorarse de ella.

Pero la idea no le inquietó. Se sentía muy bien. Le compraría el vestido más bonito con que pudiera soñar una mujer.

—Sebastián, no creo…

Él interrumpió su protesta. No había sentido aquel entusiasmo por gastar dinero desde… desde nunca.

—Tenemos mucho que hacer en cuanto acabes de llamar a Shay. Primero ir de compras, después a cenar y a bailar —la volvió antes de que protestara más y le dio una suave palmada en el trasero—. Empieza a moverte, mujer. Estoy muerto de hambre.

Sebastián esperó con impaciencia a que Brandi terminara de tranquilizar a Shay. Llevaba ya cinco minutos al teléfono y por lo que él había escuchado, Shay quería un informe detallado de todas sus

actividades para saber si se había equivocado al embarcarla con un hombre en aquellas vacaciones.

Eso le enfureció. Maldición, él no era cualquier hombre. Shay sabía que era especialmente sensible con las mujeres y había confiado en él en muchas situaciones. Así que, ¿por qué estaba interrogando a Brandi como si fuera la Inquisición?

—De verdad, Shay que me lo estoy pasando bien… —Brandi miró a Sebastián con gesto de disculpa—. No, es… no es así… Se ha portado bien…

Sebastián no pudo contenerse más. Estiró la mano y le quitó el receptor. Ella intentó retenerlo, pero con su altura, lo mantuvo fuera de su alcance.

Al llevarse el auricular al oído escuchó a Shay decir:

—Sólo recuerda que es un hombre, cariño y más hombre que muchos. Y lo sepas o no, tú eres una mujer bonita. No esperes que mantenga las distancias todas las vacaciones.

Sebastián se sintió enojado.

—Yo diría que es preciosa, no sólo bonita y sexy como un pecado. Ella puede arreglárselas muy bien sola con cualquier hombre, incluido yo.

Hubo un momento de turbado silencio.

—¿Sebastián?

—Shay…

—Yo, eh…

—¿Advirtiendo a tu hermana en contra mía? ¿Después de haberme donado a ella con tanta generosidad? Un regalo de cumpleaños, ¿no era eso?

—Sí… eras… para su cumpleaños. Sólo quería asegurarme de que no había cometido un error.

Sebastián se suavizó al notar su preocupación por Brandi.

—No has cometido ningún error. Confía en mí.

—Sí, confío en ti. Es sólo que…

—Asunto concluido. Las cosas van bien y los dos lo estamos pasando de maravilla.

Miró a Brandi, que se había puesto colorada como un tomate y parecía a punto de matarlo.

Sebastián sonrió.

—Tengo que irme, Shay. Brandi está ansiosa por seguir con nuestra cita —ella intentó darle una bofetada, pero la esquivó con facilidad—. Si Brandi necesita algo, ya te llamará. Adiós.

—No cuelgues…

Pero él ya lo había hecho.

—No necesitas que te llene la cabeza con tantas tonterías. Y no necesitas su consejo. Creo que lo estamos haciendo muy bien por nuestra cuenta.

Ella lo miró enfadada, pero después de un momento le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. Me rindo. De todas formas, no puedo seguir enfadada cuando en el fondo me alegro de haber acabado la conversación. Pero no lo vuelvas a hacer.

Volvió a fruncir el ceño con fiereza, así que él se disculpó con rapidez.

—He sido un bruto arrogante. No sucederá de nuevo.

Ella sacudió la cabeza y sonrió de nuevo.

—Yo no diría tanto. Arrogante sí, pero no bruto.

—La próxima vez, mándala a paseo, sobre todo cuando te interrogue acerca de tu vida amorosa.

—¿Estás de broma? Con Shay eso sería como reconocer que estaba pasando algo y no me hubiera dejado colgar hasta saber el último detalle. Sobre todo porque yo nunca he tenido vida amorosa.

Sebastián la tomó del brazo y la escoltó hacia la salida. Se le ocurrió que mientras él estaba cada vez más enganchado emocionalmente con ella, Brandi podría estar usándolo sólo para experimentar la sexualidad.

Y ahora él quería más.

Le había ofrecido que usara su cuerpo, pero ya no quería ser usado. Quería compartir. Quería su confianza. Quizá la quisiera para siempre.

Y la idea de que lo que había aprendido con él pudiera querer experimentarlo con otro hombre le enfurecía.

—¿Sebastián? ¿Pasa algo?

—No.

—Pues pareces disgustado.

Él bajó la vista hacia ella al cruzar la puerta e inspiró el aire fresco de la lluvia.

—Me gustaría que durmieras conmigo esta noche. Toda la noche.

Brandi se detuvo.

—No sé…

Sebastián se volvió hacia ella, la agarró de las dos manos y la miró a los azules ojos.

—Sólo dormir, cariño. Quiero abrazarte toda la noche y despertarme a tu lado por la mañana. Confía en mí.

La mirada de ella era ahora tímida.

—Quiero confiar en ti, pero no es fácil. No sé si seré capaz de

dormir.

—¿Podemos al menos intentarlo?

—¿Por qué?

Ella parecía frustrada y quizá estuviera presionándola demasiado. Pero en cuanto volvieran al mundo real con las obligaciones, la familia y los compromisos, ¿le daría siquiera una oportunidad?

El sol salió en ese momento entre las nubes y Sebastián se inclinó para darle un apasionado beso en los labios resuelto a conseguirlo a pesar de su resistencia.

—Quiero dormir contigo porque eres cálida y suave y hueles muy dulce —la cara de Brandi se inflamó y Sebastián lanzó una carcajada—. Además, creo que te gustará. Sé que te gustará. Es una sensación muy agradable ser abrazado toda la noche por alguien que te importa.

Ella no lo negó, aunque se mordió el labio con timidez y a él le pareció otro avance.

—Si no te gusta o si te molesta, lo arreglaremos, ¿de acuerdo? Te gustó dormir conmigo en el sofá.

Ella se paró y miró al suelo.

—El sofá no es una cama y tú estabas sentado. Ya sé que es una tontería, pero para mí hay una gran diferencia.

—Míralo de esta forma. La semana pasada, ¿pensabas siquiera que podrías dormir con un hombre en un sofá, fuera cual fuera su postura?

—Hace una semana no hubiera ni imaginado hacer todas las cosas que he hecho contigo.

—¿Y te arrepientes?

Ella sacudió la cabeza y esbozó una leve sonrisa de confianza que le caldeó más que el sol a Sebastián.

Deslizó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí.

—Ya veremos cómo sale. Siempre puedes ponerte ese camisón largo de monja si te hace sentirte mejor.

—¡Por supuesto que pensaba ponérmelo!

Él se rió ante su vehemencia. Probablemente no sabía lo sexy y femenino que le quedaba. Le cubría el cuerpo ocultando sus curvas pero los pezones rosados se transparentaban un poco. Sólo de pensar en ello se estaba empezando a poner erecto. Tenía las mismas reacciones de un adolescente al lado de ella.

Y al contrario que Brandi, él dormía desnudo.

Alzó la vista hacia el brillante sol. Todavía quedaban muchas horas hasta la hora de la cama y, en ese momento, no sabía si aguantaría.

El vestido había costado una pequeña fortuna y Brandi se había resistido a que se lo regalara hasta que la había convencido de que era su regalo de cumpleaños. Ahora, al moverse por la pista de baile, Brandi supo que era el vestido perfecto para ella. Cuando Sebastián se lo había visto puesto por primera vez, había lanzado un silbido que lo había dicho todo.

Se sentía sexy, pero tanto más que por el vestido por la atención de Sebastián. No había intentado convencerla de que se comprara algo demasiado corto o ajustado y ella había apreciado su sensibilidad.

El vestido era muy sencillo. Le llegaba justo por encima de las rodillas con una abertura en un muslo. Abrazaba lo que cubría pero sin apretarlo, sólo lo justo para resaltar su fina figura. El delantero le llegaba hasta el cuello, pero el escote de la espalda caía hasta los omoplatos. En ese instante, Brandi sentía el calor de las manos de Sebastián sobre su piel. Parecía que no podía quitarle las manos de encima.

Intentó no pensar en la noche que tenía por delante porque la ponía nerviosa. No quería estropear las cosas portándose como una mojigata o una cobarde. Era cierto que ya confiaba en él por completo pero eso no quería decir que fuera capaz de resistir toda la noche en sus brazos. ¿Y si tenía la pesadilla y se paralizaba?

La música terminó y Sebastián la sonrió.

—¿En qué estás pensando?

Él no parecía tener prisa por abandonar la pista de baile y ahora que ella había aprendido el ritmo, no le importaría pasarse la noche bailando con él.

—Estaba pensando en ti. En dónde vives, si tu trabajo te hace viajar a menudo… esas cosas.

—¿Y a qué viene tanta curiosidad de repente?

Probablemente fuera porque querría verlo más, en circunstancias normales, aunque sabía que eso era imposible. Aquel tiempo juntos parecía mágico e irreal pero en el mundo real eran demasiado diferentes como para poder establecer una relación duradera. Sebastián era tan vital y tenía tanta energía. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida mientras que ella era apenas la diminuta sombra de una mujer. Y él se merecía a toda una mujer, no a una trabada con traumas emocionales.

—¿Brandi?

—Tú sabes muchas cosas de mí y yo ni siquiera sé dónde vives.

—Tengo una antigua granja que he estado renovando. Para mí es preciosa, con vigas vistas y madera natural en el suelo. Es como paso la mayor parte de mi tiempo libre, trabajando en la casa. He cambiado

toda la fontanería y la electricidad. Y el tejado estaba en muy malas condiciones, pero tiene encanto, está aislada y apartada de los congestionados suburbios y del ajetreo de la ciudad.

—¿Tardas mucho en llegar al trabajo cada día?

—Eso depende. Mi destino cambia de un trabajo a otro, pero el centro de la ciudad, donde tengo mis oficinas, está a cuarenta minutos. No hay más casas alrededor y tengo varios acres de terreno, así que mi intimidad estará siempre a salvo.

Brandi no se podía imaginar vivir en aquel aislamiento, sin vecinos, familia o amigos cerca. Pero sólo con mirar a Sebastián, se notaba que era feliz así.

—¿Es importante para ti eso?

—Después de criarme en aquellos edificios en que los portales y pasillos estaban llenos de vagabundos y borrachos, sí, la intimidad es muy importante para mí. No es algo que quiera perder.

Parecía una advertencia o un mensaje, pero Brandi ya sabía que su tiempo juntos era limitado y no necesitaba que se lo confirmara él.

—¿Pasas mucho tiempo fuera de tu casa?

—De vez en cuando, pero ahora la mayoría de mis trabajos son en la ciudad. Aunque ahora podría limitar mi trabajo fuera de la ciudad si fuera necesario. He estado ampliando el negocio y he contratado a más hombres aunque la ampliación me ha llevado tiempo y energía.

—O sea que eres feliz así.

—Mi casa no es moderna pero es sólida y es toda mía. Me gusta dedicarme a repararla y ver cómo va cambiando. Comprarla ha sido una de las pocas concesiones que he hecho con el dinero. No me resulta fácil admitirlo, pero de alguna manera mi casa significa para mí un seguro de vida. De esa manera sé que nunca acabaré en la calle como un vagabundo. Y tengo bastante tierra como para montar algún negocio si las cosas se pusieran difíciles.

—Es difícil imaginarte preocupado por el dinero. Tienes éxito y se te nota. Y también has sido muy generoso conmigo.

Él se encogió de hombros.

—Ese vestido no ha sido tan caro aunque admito que no tenía ni idea de lo que costaba la ropa de las mujeres. Además me gusta cómo te queda. Estás sexy como un pecado.

Los latidos de su corazón fueron prueba de cómo le afectaron sus palabras a Brandi. Pero no era sólo por el cumplido, sino porque de alguna manera ella había conseguido ayudarlo a no sentirse culpable con el dinero.

—El vestido es precioso. Quizá el más bonito que he tenido en mi vida.

—Si te gusta, ha merecido la pena hasta el último penique.

Brandi deseó que pudiera disfrutar comprando cosas para sí mismo con la misma facilidad.

—Es un regalo extravagante —entonces sonrió—. Sobre todo cuando tú eras el regalo, lo que me parecía más que suficiente para un solo cumpleaños.

Él enroscó los dedos en los de ella.

—Me alegro de que Shay no escogiera a otro hombre.

—Me hubiera negado a irme con otro hombre. Yo creo que Shay notó el interés que mostraba en ti y como ese mismo día le había mencionado mis nuevos planes de forma estúpida…

—Por cierto, ¿cuales son esos famosos planes?

Brandi se encogió de hombros.

—La verdad es que no es tan complicado. Quería seguir adelante con mi vida. Llevaba escondida demasiado tiempo y había dejado que el pasado pesara más de lo que debería. Me había parecido más fácil seguir sola que intentar vencer mis problemas, sobre todo cuando los hombres no habían estado precisamente haciendo cola en mi puerta. Y no es que me importara, porque de todas formas no me atraían.

Él esbozó una sonrisa picara.

—Hasta que llegué yo.

—Sí.

Inclinándose hacia adelante y con expresión seria, Sebastián susurró:

—Me gustaría que me dejaras ayudarte con tus planes.

—¡Oh, Sebastián! —impulsivamente Brandi le alzó la mano y le besó en los nudillos—. Cuando he dicho que eras generoso, no me refería sólo al vestido. Es un regalo precioso, pero el mejor regalo has sido tú mismo. Has hecho que me sintiera a salvo para aprender cosas acerca de mi misma y de hacer el amor que nunca hubiera conocido de otra forma —en cuanto lo dijo, Brandi sintió la cara ardiente—. Pero lo que hemos hecho no era hacer el amor ¿verdad? No ha sido una cosa compartida porque tú lo has dado todo y yo lo he recibido todo.

El sacudió la cabeza sin dejarla que apartara la vista.

—No pienses así. Lo que ha pasado hoy ha sido increíble. Tú has estado increíble, así que no se trata de ayudarte. Se trata de que como hombre, te deseo como mujer. Y de encontrar una forma cómoda para que lleguemos juntos.

Brandi quería creerlo, pero en lo más hondo sabía que un hombre como Sebastián no habría estado allí con ella en primer lugar si la situación no lo hubiera condenado a ello. Y en cuanto se acabaran las vacaciones, no sabía lo que pasaría. Se sentía casi

desesperada ante la idea de no volverlo a ver nunca.

—Me gustaría… Me gustaría que las cosas pudieran ser normales entre nosotros. Me gustaría darte tanto como me has dado tú a mí.

De un movimiento brusco, Sebastián se levantó y la arrastró con él.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que es hora de que volvamos a casa. Tengo que darte algunas explicaciones y un restaurante atestado no es el mejor sitio.

Ella lo siguió impaciente al fresco aire de la noche. No había llovido más pero el aire estaba cargado de humedad y opresivo con la amenaza de otra tormenta. En cuanto entraron en el coche de alquiler, él la atrajo contra su pecho.

Sólo la vaga luz de la luna iluminaba el exterior dejando el coche en penumbra. Brandi sintió sus manos enterrarse en su pelo y atraerla aún más hasta que su maravillosa boca cubrió la de ella en un beso que duró largos minutos.

Sebastián sabía a ardor y urgencia. Cuando ella abrió los labios, su lengua los atravesó jugando y frotando la de ella. Ahora ya le resultaba una caricia familiar. Muchas veces mientras habían estado unidos en la cama, Sebastián le había pedido un beso o una caricia. Ella se había inclinado sobre él deseando obedecerlo aunque hubiera estado atado. Le había dejado excitarla con su boca y besarlo ahora la excitaba de nuevo.

Sus labios se movieron sobre su mejilla, su sien y su lóbulo.

—Me estás volviendo loco, cariño.

—Lo siento.

Sebastián lanzó un gemido.

—No, no lo sientas. Me gusta tu forma especial de tormento —se apartó y la miró con ardor—. Y también me gusta que me ates y me atormentes.

A Brandi le estaba costando respirar bajo su mirada tan intensa.

—No pretendía atormentarte.

—Dios me ayude si alguna vez lo pretendes.

Ella vio el resplandor de su sonrisa antes de que la besara de nuevo con pasión y ansia. Sus besos, por muy voraces que fueran, ya no la asustaban.

—Los hombres tienen fantasías también, igual que las mujeres —susurró contra sus labios—. Y podría jurar que cualquier hombre vivo ha soñado alguna vez con estar atado e impotente ante la exploración de una preciosa mujer. No me hiciste daño, sólo me diste placer, casi más del que podía soportar. Sólo de pensarlo ahora me estoy poniendo como el granito.

Fascinada, Brandi se quedó rígida mientras él la besaba de

nuevo.

—¿Y cuáles son tus otras fantasías?

—Curiosa, ¿eh?

—Sí.

No sentía vergüenza con él, que discutía los asuntos íntimos con tanta naturalidad. El calor de sus cuerpos había empañado las ventanillas y aunque pasara alguien, estaban bien ocultos.

En un ronco tono grave, Sebastián confesó:

—Algunas son puramente sexuales y muy básicas.

Le contó algunas y ella abrió mucho los ojos de incredulidad. Nunca hubiera imaginado tales cosas. Sebastián la acariciaba mientras hablaba besándola de vez en cuando. Su voz era ronca y excitada.

—Otras están más basadas en la emoción. Como ser protector con una mujer que dependa por completo de ti hasta para el placer.

—¿Te gustaría eso?

—¡Por supuesto que sí!

—Yo pensaba que a los hombres de hoy en día les gustaban las mujeres independientes.

Sebastián se rió sin dejar de besarla como si no pudiera evitarlo.

—Estamos hablando de fantasías, Brandi, no de la vida real. En el mundo exterior no me conformaría con menos que con una mujer inteligente con criterios propios. Pero en la habitación es diferente. Tanto para el hombre como para la mujer. Ahí todo el mundo debe encontrar sus propios límites y explorar diferentes profundidades. No hay nada malo ni bueno, sólo lo que los excita. Deben ser abiertos y compartir sus secretos y entonces es una maravilla.

—¿Y qué otras fantasías tienes?

Sebastián le abarcó la cara con una mano y le frotó la sien.

—Por mucho que disfrutara estando atado, la idea de tener a una mujer atada en mi cama, me atrae como el infierno.

—Yo nunca podría hacer eso.

—Ni yo te lo pediría. Si tú no disfrutas de una fantasía, yo tampoco disfrutaría.

A pesar de sus palabras, el pánico seguía presente. Brandi iba a decir algo pero no le salió una sola palabra.

—Sss. Está bien, cariño. No te lo estaba sugiriendo. Tú me has preguntado y te lo he contado, eso es todo.

Ella enterró la cara contra su cuello sintiendo las mejillas tan ardientes como el resto del cuerpo. De alguna manera, a una distante parte de sí misma le excitaba la idea de estar a merced de un hombre, pero no lo haría porque junto con la excitación convivía el miedo a que abusara de ella y la maltratara.

—¿Y qué hay de ti, Brandi? ¿Tienes alguna fantasía?

Ella sacudió la cabeza. Nunca había pensado mucho en el sexo excepto para evitarlo.

—No creo.

—Tendremos que encontrar algunas fantasías para ti. Todavía nos quedan tres días para trabajar en ello —prometió con voz tan ronca Sebastián que la excitó. La besó de nuevo antes de arrancar el coche—. Será mejor que nos movamos o nos cerrarán la farmacia.

—¿Y para qué necesitamos una farmacia?

—Tengo que comprar más preservativos.

—¡Oh! Pensé que habías dicho que sólo querías dormir conmigo esta noche.

Sebastián giró en el cruce y esbozó una sonrisa de picardía.

—Y lo haré. Pero después.

Brandi se quedó callada, pero por dentro también estaba sonriendo.

Capítulo 9

Se acostumbró pronto a estar echada sobre Sebastián sintiendo su ancho torso, su respiración jadeante y el calor de su cuerpo. Su larga mano seguía acariciando y frotando su espalda. Brandi había notado que le gustaba bastante aquella parte de la anatomía femenina.

Y a ella le gustaba él.

Y no había tardado mucho en derrumbar sus barreras. Después de aquella primera noche en que habían dormido juntos, Brandi ya no había querido volver a usar su propia habitación. Y Sebastián tenía infinito cuidado con ella, dejándola siempre en posición dominante. Y ya no habían vuelto a usar las ataduras. Seguían allí en la mesilla, pero ninguno de los dos había vuelto a mencionarlas.

Después del baile de aquella noche, Sebastián la había llevado a la cabaña y había empezado a besarla con pasión en cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos. La había excitado hasta que ella ya no había podido pensar con claridad antes de llevarla a la habitación y colocarla encima de su cuerpo para deslizarse dentro de ella.

El estimulante añadido de sus manos y de su boca había sido suficiente para evaporar sus miedos y como una muñeca, se había movido bajo su experta dirección confiando en él para descubrir el placer. Y nunca le había fallado.

La mayoría de las veces se quedaban dormidos en esa misma postura, ella encima de él envuelta en sus brazos.

Brandi sabía que atesoraría siempre aquel tiempo con él, pero había hecho la cosa más ridícula del mundo: se había enamorado de él. Cinco días atrás hubiera jurado que un hombre como Sebastián no podía existir y ahora, en su último día en la cabaña, tenía que admitir que aunque existía no era para ella.

Sebastián se removió y Brandi lo sintió alzar la cabeza para besarla con suavidad en el hombro.

—¡Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Deberías dormir algo. Dentro de pocas horas tenemos que hacer el equipaje.

Brandi sintió ganas de llorar. Los cinco días anteriores habían sido mágicos. Los dos habían cambiado en aquel viaje hasta cierto punto. Sebastián había empezado a disfrutar y a gastar dinero para sí mismo. Habían hecho excursiones en ferry, comprado helados y hasta les habían leído la mano. Cosas pequeñas, pero que le habían procurado diversión y Brandi adoraba verlo feliz y relajado.

Y Sebastián le había regalado a ella todo lo que no había conocido de adolescente. La había llevado a un aparcamiento para enseñarle el dudoso placer de hacerlo en un coche y se habían reído

tanto como amado, sobre todo cuando otro coche se les había unido con la misma finalidad. Le había cortado flores silvestres que ahora estaban en la cocina y hasta le había llevado el desayuno a la cama dos veces. La había mimado y seducido y lo amaba por ello.

Cuando la pesadilla había vuelto dos noches atrás, él la había mantenido abrazada y la había escuchado mientras hablaba. No le había hecho el amor entonces, sólo la había mantenido abrazada y la pesadilla se había desvanecido con rapidez. Tranquilizada por los firmes latidos de su corazón, se había podido dormir enseguida preguntándose si volvería a soñarlo alguna vez.

Los dos sabían que era su última noche y Brandi se aferró a él por un momento. Las manos de Sebastián se pararon antes de susurrar:

—Brandi. ¿Estás bien?

—Sí, pero no tengo sueño.

—Bueno…

Su tono ronco le dijo que ya estaba excitado de nuevo. Brandi nunca se había considerado una mujer sexual pero con él se sentía insaciable.

Alzando los dos brazos, elevó los senos hasta su altura. Él la agarró por la cintura hasta poder atrapar un pezón entre sus dientes. Brandi gimió.

—Tienes los pezones muy sensibles.

—No dejas de decírmelo.

—Porque me excitan mucho.

Brandi estaba agradecida de poderle dar placer porque desde luego, él se lo había dado a ella. Agarrándole la cara, lo apartó de su seno y lo miró con seriedad.

—Me gustaría hacerte feliz, Sebastián. Es nuestra última noche juntos.

Él frunció el ceño antes de atrapar su boca con ansia.

—No quiero pensar en eso ahora mismo.

Ella se deslizó a un lado de él, miró su largo cuerpo y deslizó un dedo sobre su torso hasta llegar a su pezón.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Brandi….

Le encantaba aquel tono de advertencia que significaba que le gustaba lo que estaba haciendo. Le frotó el pezón antes de bajar la mano hacia su erección.

—Esta parte de tu cuerpo me fascina.

Con tono ronco admitió él:

—Y tu fascinación me enloquece.

Brandi lanzó una carcajada, se agachó y lo besó en el duro vientre antes de meterle la lengua en el ombligo. Sebastián lanzó un bramido.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer?

—Sé lo que me gustaría que hicieras.

—Me gustaría ir al lago.

Sebastián lanzó una áspera carcajada.

—¡Ah, nena! Sabes cómo destruir a un hombre, ¿verdad?

Brandi aparentó no haberle oído. Ella sabía lo que él deseaba, pero hasta el momento no se había atrevido. Pero le atenazaba la curiosidad y esa podría ser su última oportunidad de conocerlo por completo.

—Me gustaría ir al lago y echarme en una manta contigo. Podríamos mirar las estrellas y escuchar los grillos mientras… hacemos el amor.

Los dedos de él se deslizaron de nuevo por su espina dorsal.

—¿Es esa una de tus fantasías, cariño?

—Sí, creo que sí.

Sebastián la había animado a que pensara en cualquier fantasía que le gustara y había hecho que todas y cada una se realizaran. Pero lo que no entendía era que todas sus fantasías se trataban de él, no del tiempo, el lugar o la postura. Pero no podía decírselo porque aunque sus miedos parecían ahora desvanecidos, era sólo porque Sebastián tenía mucho cuidado con ella.

¿Y cuánto tardaría un hombre en aburrirse de la cautela? O peor, ¿cuándo se enojaría con ella y con sus restricciones? Se merecía una mujer tan abierta como él mismo, una que no tuviera miedo de compartirlo todo.

Entonces él se incorporó y la atrajo a sus abrazos, le rozó la mejilla con la suya áspera de la barba y susurró:

—Creo que podremos arreglarlo, pero ¿estás segura de que no pillarás frío?

—Ha hecho calor todo el día. Estaré bien. Vamos a llevar algunas mantas. Quiero quedarme hasta ver amanecer.

El pequeño lago estaba localizado cerca de la cabaña. Habían ido varias veces a explorarlo, a dar largos paseos, a arrancar flores silvestres y a ver a los animales. Después de aquella noche en que Sebastián se había gastado una pequeña fortuna, Brandi se había asegurado de que salieran por los alrededores de la cabaña. Y cuando habían salido de compras por segunda vez, ella había sugerido un restaurante barato. Sebastián parecía pensar que ella estaba acostumbrada a más lujo del que vivía. Como él, ella llevaba una vida simple, sobre todo comparada con la de Shay. La única comida que

habían hecho en el lago había sido su favorita, pero no había conseguido convencer a Sebastián, que parecía decidido a mimarla, lo que no era necesario.

Él se puso unos vaqueros y una camiseta antes de recoger unos edredones y ella la bata, que ató con fuerza pero sin ponerse nada debajo.

Si iba a ser su última noche con él, pensaba aprovecharla al máximo. Ya dormiría cuando volviera a casa.

Sebastián esperó con paciencia a que ella escogiera el rincón que más le gustó para extender las mantas, pero cuando se desabrochó el cinturón de la bata, se puso rígido.

—¿Brandi?

La bata cayó al suelo dejándola desnuda bajo la luz de la luna. Nunca se había expuesto ante su vista de forma tan descarada. La timidez lo había impedido, pero ahora la desesperación la empujaba a hacerlo. Esa noche lo deseaba todo, sin barreras entre ellos.

No hubo duda de que le gustó. Su mirada se deslizó sobre ella en las sombras de la noche y lanzó un ronco gemido. Y como siempre hacía, esperó a que ella tomara la iniciativa. Ni una sola vez había tomado el control sobre ella, que era por lo que Brandi había sido capaz de soltarse tanto como lo había hecho.

—Ven aquí, Sebastián.

Él se descalzó y entró en el centro del edredón a su lado. Cuando fue a agarrarla, ella le besó las dos palmas y le apartó las manos a ambos lados de su cuerpo.

—Quítate la camiseta para mí.

La camiseta salió por su cabeza en un tiempo récord. Brandi se la quitó de las manos y la posó sobre su bata. Le hubiera gustado desvestirlo ella por completo pero por su altura, no le llegaba a sacarle la camiseta por la cabeza. Sin embargo, era la única concesión que pensaba hacerle. Los vaqueros estaban a su alcance.

Deslizó los dedos fríos sobre la ardiente y dura piel de su vientre antes de ir a por el primer botón de su bragueta. La suave brisa los envolvía llevando el aroma del lago, de las azaleas y de la hierba húmeda por el rocío. El aire estaba en silencio excepto por el susurro de las hojas y el sonido de sus respiraciones.

El primer botón quedó libre. Brandi se arrodilló y besó la piel cubierta de vello que había descubierto. Sebastián contuvo el aliento y tensó el estómago.

El siguiente botón se resistió un poco, pero el tercero y cuarto saltaron con facilidad. Él no se había molestado en ponerse calzoncillos, así que pudo rodear la dura largura de su miembro con las manos. Brandi se frotó su erección contra la mejilla.

La mano de él bajó hacia su cabeza antes de apartarla.

—Brandi —gimió—. Cariño, me estás matando.

Ella empezó a deslizarle los vaqueros hasta las rodillas. Su boca dibujó el camino que habían recorrido sus dedos deslizándola hacia el interior de su muslo.

—Me gusta cómo hueles, Sebastián.

Con voz ronca y estrangulada, le preguntó:

—¿A qué huelo?

—A calor y almizcle. Sexy. Muy masculino.

—Brandi, ¿por qué no nos echamos?

—No, todavía no.

Ella quería que aquella noche fuera especial para él, que la recordara el resto de su vida. Nunca habría otro hombre como Sebastián. Él le había devuelto la fe en sí misma y le había enseñado a ser una mujer de nuevo. Pero ella nunca sería suficiente mujer como para hacerle feliz. Aunque lo amaba, se merecía mucho más de lo que ella podía darle.

La idea le atenazó el corazón, pero borró la realidad agachando la cabeza para absorberlo profundamente en su boca.

Sebastián maldijo y gimió y por un instante, le agarró la cabeza con fuerza. Brandi empezó a apartarse con miedo a que perdiera el control, pero él ya la había soltado y se había agarrado la nuca con las manos.

—¿Sebastián?

—Cariño, lo que estás haciendo —jadeó—. Me… gusta… mucho.

Brandi se chupó los labios para saborearlo.

—Si te lo hago mal…

Él lanzó una ronca carcajada cargada de deseo.

—No hay nada mal, nena. Al menos entre tú y yo. Pero por favor, no me dejes.

—No, no lo haré —se inclinó hacia adelante—. ¿Te gusta esto? —le chupó la punta y lo oyó jadear—. ¿Y esto?

Su boca se deslizó despacio hacia abajo hasta que ya no pudo absorber más de él.

La única respuesta de Sebastián fue un estrangulado gemido. Brandi comprendió que había otra fantasía que quería cumplir. Sabía que sus movimientos eran torpes, pero él no se quejó. Muy al contrario. Empezó a rogar y maldecir hasta que por fin, cuando todo el cuerpo empezó a temblarle de expectación, se apartó de ella con rapidez y se quitó los pantalones.

—¿Sebastián?

Maldiciendo, se arrodilló para sacar un preservativo, pero le

temblaban tanto las manos que Brandi se lo quitó para ponérselo ella misma. Sebastián se echó a su lado y la asió con fuerza por la cintura para levantarla sobre su regazo. La penetró de una suave y potente embestida y se fue casi al instante. Brandi estaba tan excitada de ver hasta qué límite de deseo lo había llevado que siguió moviéndose medio minuto hasta que también explotó antes de desmoronarse sobre su pecho.

Pasaron largo tiempo así, abrazados el uno al otro y Brandi se preguntó si él también sentiría ya la pérdida. No quería volver aunque sabía que era inevitable. Ella tenía trabajo y familia y él casa y trabajo.

Se pasaron el resto de la noche en el lago sin hablar, sólo abrazándose. Y cuando el sol se levantó, Brandi tuvo que hacer un esfuerzo por no odiar aquel día. Sebastián la mantuvo caliente bajo las mantas y con su cuerpo, y justo cuando rompió el alba, le hizo el amor de nuevo, pero sus movimientos parecían tan desesperados como los de ella.

Tres horas más tarde, tomaron el vuelo de vuelta.

Con cada segundo que pasaba, Sebastián se ponía más enfadado. Maldición, ¿cómo podía haber acabado todo como si nunca hubiera existido? Y sin embargo, parecía que era lo que Brandi deseaba. En el avión había empezado a distanciarse de él y sólo le había tomado de la mano en el aterrizaje y en el despegue. Hasta había sugerido que tomaran dos taxis diferentes para volver a casa y que él ahorrara tiempo. Por suerte, Shay les había enviado la limusina dándole buena excusa para rechazar su sugerencia.

Hubiera querido gritar entonces, pero se aguantó como llevaba haciendo todo el viaje. Maldición.

Brandi ni siquiera lo conocía de lo contenido que había estado para no hacerle daño. Pero él no quería que las vacaciones fueran el final de su relación.

Pero ella no había pedido volver a verlo ni había mencionado que la relación prosiguiera. Para ella parecía haber acabado y ni siquiera había llegado a su casa todavía.

Sebastián sintió crecer la tensión a cada milla que avanzaban. Tenía que hacer algo antes de perder la cabeza y transformarse en un bárbaro. Se dio la vuelta hacia ella y preguntó.

—¿Irá Shay a esperarte?

Ella esbozó una sonrisa.

—Seguro que ya está esperando en la puerta de mi casa.

Se preguntó entonces él si le contaría a su hermana lo de ellos. Y no era que le importara. Brandi era una mujer independiente a pesar

de su reserva. Recordó la fuerza con que había luchado para no ir a aquel viaje. Ahora le parecía que habían pasado meses desde aquel día. Ella no lo había querido a pesar de ser parte de un lujoso paquete de vacaciones. No tendría problemas en dirigir su propia vida.

Sólo lo había necesitado para el sexo.

Y eso se lo había dado, pero ahora se sentía vacío. En vez de estar ansioso por volver a la casa que amaba y a su trabajo, temía cada minuto que pasaba porque estaba a un minuto más cerca de perderla.

Se aclaró la garganta intentando apartar el pánico.

—¿Cuándo vas a ir al refugio?

—A primera hora de la mañana. Me muero de ganas de darles a los niños sus regalos.

Él forzó una sonrisa.

—Estoy seguro de que les hará mucha ilusión.

—Te agradezco que me hayas ayudado a escogerlos y envolverlos.

—Lo pasé bien.

Brandi vaciló retorciéndose las manos en el regazo.

—Sebastián…

Con la esperanza de escuchar una invitación o alguna indicación de lo que sentía, él contuvo el aliento.

—Quiero que sepas lo mucho que ha significado este viaje para mí.

La rabia lo asaltó, pero la controló. Intentando no sonar sarcástico comentó.

—No te preocupes. Tampoco ha sido exactamente un sacrificio para mí.

Brandi pareció confundida y apartó la mirada de su cara. Bajó la voz hasta un susurro tembloroso para decir:

—Ha sido muy especial para mí. Y nunca lo olvidaré.

Había herido sus sentimientos y se despreciaba a sí mismo. Maldita fuera su nueva libertad y sus derechos. Sí, se merecía algún tiempo para aclarar sus sentimientos, pero eso no significaba que él quisiera dejarla enfriarse de aquella manera. Le pasó un brazo por el hombro y la atrajo hacia sí.

—Somos amigos, cariño. Espero que me llames cada vez que necesites hablar conmigo o verme.

Ella parpadeó con gesto de agradable sorpresa y esbozó una sonrisa temblorosa.

—O cada vez que necesites esto.

Entonces cerró la boca sobre la de ella. No le importó que el

conductor los estuviera mirando o que les pudiera ver el mundo entero.

Brandi le clavó los dedos en los hombros para atraerlo. La lengua de él se deslizó entre sus labios antes de entrar para paladearla, consumirla y devorarla. Quería que lo recordara, que comprendiera que lo que había compartido con él era especial, no algo que podría encontrar con cualquier otro hombre.

Y no algo que se pudiera tirar con tanta facilidad.

La apretó contra el respaldo del asiento y escuchó su suave gemido cuando sus dedos frotaron su pezón sobre el vestido. Lo quería dentro de su boca. La deseaba desnuda bajo su cuerpo.

La deseaba.

Mientas asimilaba la idea, la limusina paró y al levantar la cabeza vio que estaban al lado de casa de Brandi. Fin del viaje.

La miró y vio sus labios húmedos entreabiertos y los ojos aún cerrados. Con un suave beso susurró:

—Ya estamos en casa, Brandi.

Sus espesas pestañas se alzaron para mirarlo antes de comprender.

—¡Oh!

Intentó incorporarse y Sebastián no pudo evitar una sonrisa cuando se apartó los rizos rebeldes, que le volvieron a la cara en el acto. Adoraba su pelo. Adoraba su cara. Lo adoraba todo de ella.

El conductor había descargado el equipaje de Brandi y lo había dejado en los escalones del porche. Sebastián iba a salir para ayudarlo cuando ella lo asió de la mano y lo detuvo.

—Preferiría despedirme aquí.

Él se reclinó contra el respaldo mirando su mano. No podía dejarla irse así, no sin hacerle una justa advertencia. No podía dejar que creyera que las cosas se habían acabado.

—Durante estos cinco días te he dejado dirigir la situación, Brandi y no me arrepiento ni un segundo, pero el viaje se ha acabado y desde ahora voy a jugar con mis propias normas.

Ella abrió mucho los ojos y dijo con voz débil:

—No te entiendo.

Sebastián sonrió. Haber tomado la decisión sin contar con ella le hacía sentirse mucho mejor. La paciencia infinita no era su estilo.

—Claro que me entiendes —le abarcó la cara y le frotó la boca inflamada con el dedo pulgar—. No hay despedida, Brandi. No entre nosotros. Puede que no te des cuenta todavía, pero lo harás. Pronto.

Ella lo miró con confusión y si no se equivocaba, con excitación. Entonces se escabulló de la limusina y salió corriendo hasta su puerta principal. Sebastián la observó esperando. En el último momento, se

dio la vuelta para mirarlo.

Le daría veinticuatro horas para que se pensara las cosas y después reclamaría lo que era suyo. Quizá fuera un bárbaro después de todo.

Capítulo 10

—De acuerdo, Shay. ¿Dónde está?

Shay se mordió el labio inferior, pero mantuvo la espalda erguida y con su altura lo podía mirar directamente a los ojos.

—No puedo decírtelo.

Él lanzó un juramento que hizo que ella enarcara las cejas y apretara los labios.

Sebastián estaba al borde del límite. Había pretendido darle a Brandi un día para que aceptara que él no pensaba acabar aquella relación, pero había tenido que ausentarse por un caso que no había podido delegar en otra persona. Por mucho que quisiera a Brandi, tenía sus obligaciones y mucho más cuando se trataba de una mujer acosada por su marido que no podía permitirse contratar a otra persona.

Ahora, una semana después, seguía sin poder ponerse en contacto con ella y su furia iba en aumento con cada hora que pasaba. Había pasado más tiempo alejado de ella que con ella y la idea lo inquietaba, así que aunque era la hora de la cena y podía molestar, se había ido a casa de Shay. Quería respuestas y ella era la única que podía dárselas.

—Estás jugando conmigo, Shay y no me gusta. Necesito hablar con Brandi. Dime dónde está.

—Lo siento, Sebastián. De verdad. Pero me hizo prometerlo.

—¿Por qué?

En ese momento, Shay perdió la paciencia. Le plantó un dedo en el pecho, se puso de puntillas y lo miró directamente a los ojos.

—¡Eso es lo que a mí me gustaría saber! ¿Qué diablos le has hecho a mi hermana? No ha sido la misma desde que ha vuelto. Durante un minuto parece a punto de romper a llorar y al siguiente sonríe como si tuviera algún secreto. Después me dice que necesita unas vacaciones y acaba de volver de unas. Y no me ha contado una sola cosa de lo que pasó en Gallinburg.

—Quizá porque no sea asunto tuyo.

—¡Nos lo contamos todo!

—¿Hasta la culpabilidad?

Ella se puso rígida y abrió mucho los ojos.

—¿De qué estás hablando?

Sebastián se arrepintió de haberlo dicho en cuanto las palabras salieron de sus labios. No tenía sentido escarbar en el pasado. Eso no resolvería nada o en todo caso, podía poner las cosas peor. Él pretendía formar parte de la vida de Brandi ahora y asegurarse de que su familia la entendía mejor.

Necesitaba distraer a Shay. Lanzó un suspiro.

—¿Piensas dejarme toda al noche en tu puerta o puedo entrar y sentarme? Estoy molido.

Ella suavizó el ceño y también suspiró.

—Pasa. Vamos a mi estudio a hablar.

Sebastián miró a su alrededor con sorpresa ante el lujo, riqueza y amplitud del sitio. Era lo que había esperado encontrar, pero el estómago se le contrajo. ¿Cómo podía pedirle a Brandi que compartiera su modesta casa cuando tenía aquello en su familia?

—Es una casa estupenda.

—Es una casa vacía y terriblemente solitaria a veces.

Shay abrió una pesada puerta maciza que daba a un gran salón decorado en tonos borgoña y verde bosque.

—Brandi no le ve la utilidad. Dice que debería venderla y comprar algo más acogedor. Dice que es un mausoleo deprimente.

—¿Que Brandi ha dicho eso?

Shay asintió mirando a su alrededor con media sonrisa.

—La verdad es que estoy de acuerdo con ella, pero esto lo compró mi marido y desde su muerte es lo único que me ha quedado de él. Y no sé por qué, pero parece como si los sitios crecieran contigo.

Shay era una mujer tan vital y bonita que a menudo era difícil recordar que era viuda. Sebastián le apretó el brazo con gesto cariñoso.

—Lo siento.

Ella deslizó los dedos por una mesa de caoba y Sebastián pudo ver aflorar los recuerdos a sus ojos.

—No te preocupes. Estoy contenta con la vida que he elegido, pero quiero que Brandi sea feliz también y hay algo que no va bien.

Sebastián se frotó los ojos cansados con la mano. Shay tampoco parecía feliz y decidió contarle lo que había contribuido a la carga de su hermana aún sin querer. En el futuro, él estaría allí para protegerla.

—No pretendía pasar tanto tiempo sin verla, pero me he tenido que ir a trabajar fuera. Acabo de volver a la ciudad esta misma mañana. La he llamado dos veces mientras he estado fuera y varias desde que he vuelto, pero no he conseguido hablar con ella.

—Probablemente te esté evitando.

Era típico de Shay ser tan directa. Sebastián se desplomó en una silla y echó la cabeza hacia atrás.

—Debería estrangularte por haberme metido en este lío.

—¿Es eso lo que es? ¿Qué lío?

—¿Y cómo lo llamarías tú? me embarcaste en un viaje inocente… sólo que no fue tan inocente.

—¿Qué me estás contando exactamente?

Él no pudo evitar soltar una carcajada.

—No es lo que crees. Se suponía que debía entretener a tu hermana durante cinco días, pero me enamoré de ella desde el primero. El resto del viaje fue pura tortura y aunque no he dejado de repetirme que se merece una segunda oportunidad en la vida sin un Neandertal posesivo como yo, no puedo dejar que se vaya.

Shay parpadeó dos veces.

—¿Que estás enamorado de Brandi?

—¿Y cómo podía no estarlo?

La sonrisa de Shay era cegadora.

—¡Exacto! Es perfecta, ¿verdad?

—No, es delicada y débil y la quiero. ¿Dónde está, Shay?

—Puede que no sea tan fácil. Verás, tengo la impresión de que Brandi cree que no es suficiente para ti. Brandi piensa que está caminando en aguas pantanosas. Para ella eres el hombre perfecto.

—¿Y de dónde ha sacado esa estúpida idea?

—Evidentemente de ti, así que ya puedes dejar de lanzarme dagas con los ojos.

La emoción lo asaltó, junto con el orgullo, el deseo y la necesidad.

—¿Lo ha dicho ella?

—Lo de que fueras demasiado bueno para ella no. Eso lo he deducido yo a juzgar por sus alabanzas. Déjame recordar: eres delicado y seguro de ti mismo, comprensivo y cariñoso y… ah, sí, fuerte —le dio un puñetazo en el hombro con un guiño—. Pero cualquier otra mujer puede notar eso.

Todos los síntomas de fatiga lo abandonaron. Había pasado cuatro días de vigilia y dos persiguiendo al individuo al que había impedido físicamente que realizara el asalto. La ex novia había tenido un ataque de histeria y le había costado mucho calmarla. Llevaba metido en aviones más horas de las que podía contar y apenas había dormido una noche entera. Una hora antes se sentía machacado y a punto de desmayarse, pero ahora el enfado le había descargado adrenalina y estaba listo de nuevo. Necesitaba descargar y la obstinación de Brandi le parecía un buen blanco.

¿Cómo se atrevía a pensar que él era demasiado para ella?

Se levantó y habló con tono grave:

—Voy a encargarme de solucionar esto, Shay. En cuanto me digas dónde está.

Ella retrocedió.

—Sé que tiendes a ser un poco autocrático a veces y supongo que con tu trabajo es necesario. Pero no vas a hacer nada… digamos

incivilizado, ¿verdad?

Él lanzó un bufido. Shay lo conocía muy bien como para pensar eso de él.

—Voy a hacer entrar en razón a tu irritante hermanita, eso es todo.

Después de que le hiciera el amor una docena de veces. Cuando hubiera terminado, Brandi sabría con seguridad lo mucho que significaba para él.

Shay sonrió y le palmeó el brazo.

—Te daré la dirección —rodeó el escritorio y abrió el primer cajón—. Pero confío en que arregles esto, Sebastián. No quiero enfrentarme a la furia de Brandi si viene aquí sola.

—No va a ir a ningún sitio sin mí.

—¡Oh! ¡Un hombre autoritario! Eso me gusta.

Se abanicó la cara y le pasó una hoja de papel.

—¡Ja! Tú eres demasiado dura como para aguantar a un hombre autoritario y lo sabes. Lo tendrías suplicando piedad en menos de veinticuatro horas.

—¡Exacto! Pero también puedo tener mis fantasías.

Al salir, Sebastián miró a sus espaldas.

—Sí, todos las tenemos.

Y Brandi estaba punto de ver cumplidas la suyas, le gustara o no.

Brandi salió al porche de la pequeña cabaña alquilada y abrió los brazos para sentirse abrazada por la noche aterciopelada salpicada de diamantes. No había ni una nube y la luna era un enorme globo brillante. Se preguntó si Sebastián sentiría aquella paz en el aislamiento de su casa. Entonces sintió una punzada de pesar porque nunca lo sabría.

La cabaña era muy rústica comparada con la que había compartido con él, pero si tenía que estar sola, prefería ésta que era más acogedora y familiar para curar su corazón roto.

Él no la había llamado ni había ido a verla.

Aunque sabía que era lo mejor, al principio había esperado más. Le había parecido que Sebastián había querido continuar su relación, pero después de unos días sin haber sabido nada de él, había aceptado que era lo mejor para los dos.

Pero lo echaba de menos de una forma terrible. No dejaba de pensar en él ni un sólo minuto y las noches eran lo peor. Ya no le había asaltado la pesadilla, sólo una infinita soledad al saber lo que había perdido. Sólo habían pasado cinco días, el mismo tiempo que había estado con él, pero había sido tiempo suficiente para haberse enamorado irremisiblemente.

No tenía duda de sus sentimientos, era Sebastián al que no entendía. ¿Era posible que un hombre fuera tan tierno y considerado sin sentir algo? ¿Podría haber aprovechado la situación sólo para que los dos disfrutaran del sexo? No, Sebastián no la había utilizado, pero aquellas circunstancias podían haber sido sólo una fantasía para él, igual que para cualquier hombre. ¿Y qué hombre saludable hubiera rechazado las invitaciones que ella había hecho? Ahora que el viaje se había acabado quizá hubiera decidido buscar a una mujer normal que pudiera estar a su altura sexual sin fallarle.

Disgustada consigo misma por aquella obsesión por un hombre al que no podría tener, empezó a levantarse de la mecedora. Un sonido extraño la hizo vacilar. Las llantas de un coche crujieron en la grava antes de parar a un lado de la casa. Con todo el cuerpo tenso escuchó el portazo retumbar en el silencio de la noche.

Nadie sabía que estaba allí, así que no esperaba ninguna visita. A menos que Shay hubiera decidido acercarse a ver cómo estaba, lo que era posible. Pero los fuertes pasos que avanzaban rodeando la casa no eran los de una mujer y al instante, todos sus miedos la asaltaron ahogándola y parándole el corazón. Estaba sola y era vulnerable…

Una figura familiar rodeó la esquina del porche y apareció Sebastián tan fuerte y sólido que el porche pareció encoger. El alivio, el anhelo y la confusión la asaltaron de golpe. Se quedó sentada paralizada sin saber qué hacer. Él tenía las manos en las caderas y una mirada fiera en la cara. Para Brandi estaba increíblemente atractivo.

Entonces su fuerte puño golpeó la puerta y empezó a llamarla con tono suplicante. Brandi no tuvo dudas de que estaba enfadado.

Desde la oscura esquina le preguntó con suavidad:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él se giró hacia ella escudriñando en la oscuridad. Cuando la localizó, se acercó, la asió por los antebrazos y la levantó de la mecedora.

—He venido a por ti. ¿Por qué diablos te estabas escondiendo de mí?

—¿Escondiéndome?

Su tono era fiero, casi brutal. Brandi no lo entendía en absoluto.

—Sí, maldita sea. He estado intentado encontrarte y tuve que amenazar a Shay para que me diera tu dirección.

¿Le había dado un susto de muerte apareciendo allí en mitad de la noche y ahora la acusaba? En la semana que llevaban separados ella había sufrido diez tipos de infierno de anhelo, deseo y necesidad. Y ahora la atacaba verbalmente con su primer aliento. Intentó zafarse de él, pero Sebastián la retuvo con firmeza, así que hizo lo posible por mirarlo a los ojos.

—No me estaba escondiendo, enorme bruto, me estaba relajando. ¿Y por qué no iba a haberme ido? Dijiste que ibas a llamarme, pero no lo hiciste.

No había pretendido hacer aquella acusación. No servía para nada sólo para mostrar su dolor. El orgullo la hizo erguirse. Por mucho que lo deseara, no pensaba humillarse a sí misma.

—Shay debería haber mantenido la boca cerrada. Me lo prometió.

—Sí, pero se rindió a mis amenazas.

Brandi lanzó un bufido.

—Shay no se rinde ante nadie.

—De acuerdo. Entonces ha sido más razonable que tú —la sacudió con suavidad y habló con tono urgente—. Le expliqué que tuve que salir de la ciudad por una emergencia y me creyó.

—¿Has estado fuera de la ciudad?

Él lanzó un áspero sonido de exasperación.

—Sí. Tuve que llevar un caso del que ya conocía los antecedentes. No se lo podía pasar a nadie más.

Sólo con mirarlo se le aceleraba el corazón. Brandi se chupó los labios más consciente que nuca de las diferencias de altura y fuerza entre ellos.

—¿Era una mujer a la que has tenido que ayudar?

Él se pasó la mano por el pelo.

—Sí, pero todo ha salido bien. El animal que la acosaba tenía un buen historial de robos. Esta vez robó en un supermercado y lo tenían grabado en la cinta de video. Puse a la policía en movimiento y lo cazamos. El muy idiota intentó disparar a la policía.

Brandi estiró la mano para tocar la solidez de su torso y verificar que estaba entero.

—Podrían haberte hecho daño.

Por primera vez notó el agotamiento en sus ojos incluso en la penumbra del porche. Ser un héroe debía ser un trabajo agotador y sin embargo lo primero que había hecho había sido ir a buscarla. Las lágrimas le empañaron los ojos y no supo qué pensar.

—Intenté llamarte una vez que estuve en el hotel, pero no contestabas al teléfono.

—Mi teléfono sonó un par de veces muy tarde y pensé que era Shay. Me está volviendo loca para sacarme los detalles, así que no contesté.

La sonrisa de Sebastián brilló en la oscuridad.

—Me alegro de que fuera eso. Shay me dijo que estabas evitándome.

Esa vez estrangularía de verdad a Shay en cuanto volviera a casa.

—No es verdad —se encogió de hombros—. No tenía ninguna razón para evitarte puesto que no me habías llamado. Pensaba que se había acabado.

Él le apretó el brazo sin hacerle daño pero dejándola sentir su fuerza.

—No.

Aquella sola palabra estaba cargada de determinación. Con mucho cuidado, Brandi se apartó de él. No porque tuviera miedo, sino porque necesitaba tiempo para pensar. Se quedó detrás de la mecedora.

—Sebastián, siento haberte interpretado mal, pero era lo mejor de todas formas. No podemos seguir donde lo dejamos.

—¡Tonterías!

Brandi apretó el respaldo de la mecedora enfadada.

—Estoy intentando ser sincera.

—¡Entonces reconoce que me deseas! ¡Estoy cansado de esos malditos juegos!

Sabiendo que sólo estaba reaccionando a su enfado, Brandi intentó encontrar cierta dosis de calma pero no lo consiguió. Sebastián estaba siendo demasiado brutal y provocador.

—No somos adecuados el uno para le otro.

—Te advierto ahora mismo, cariño —dijo con tono duro y áspero —, que si me dices otra tontería como esa, puede que no te gusten las consecuencias.

—¡Siempre he tenido miedos, Sebastián y con el tiempo reaparecerán!

Él maldijo de nuevo en voz alta y el enfado de Brandi subió al nivel del de él.

—¡Deja de maldecir! ¿Crees que me ha resultado fácil? Estoy intentando hacer lo mejor para ambos, así que vete a casa y déjame en paz.

Las lágrimas le empañaron los ojos y disgustada se dio la vuelta y entró como una tromba en la casa. Sebastián la siguió.

Con sólo la luz de la cocina el interior de la cabaña estaba en penumbra.

—No te escapes de mí, Brandi —la asió por el brazo y le dio la vuelta—. Te he dado tanto espacio como he podido. Desde el principio me has tenido bailando a tu antojo, pero que me ahorquen si pienso dejar que acabes lo nuestro con tanta facilidad. Me importas.

Brandi lo había pensado mucho todo y estaba dispuesta a ser razonable e incluso noble a pesar de su humor volátil.

—Sebastián, tú eres un héroe.

Sebastián lanzó una áspera carcajada de desdén.

—¿Es eso una nueva fantasía, Brandi? Estoy dispuesto a jugar, pero necesito saber los detalles para hacer bien el papel.

Tenía un aspecto peligroso y Brandi imaginó que así debía estar cuando trabajaba. Parecía a punto de arrojarse contra ella, pero sabía que no lo haría. Confiaba en él. Sin embargo su propia ansiedad le endureció el tono.

—¡Maldita sea, Sebastián!¿Por qué no me escuchas?

Él parecía hervir de furia, pero por fin asintió.

Brandi inspiró para calmarse pero no lo consiguió. La idea de lo que estaba perdiendo y de lo que estaba huyendo la ponía furiosa.

—Tú llevas años rescatando mujeres, empezando por tu madre. Siempre has visto a las mujeres pequeñas y vulnerables y ser protector es tan parte tuya como tu sexualidad.

Su ronco bufido retumbó en la cabaña silenciosa.

—No considero a las mujeres como seres inferiores, Brandi.

—¡Ya lo sé que no! Tu tamaño y corpulencia en comparación a los de una mujer son evidentes en todo lo que haces. Y tú lo sabes más que nadie. Y probablemente me vieras, dadas las circunstancias de la violación, como una mujer que necesitaba que la rescataran más que a otras.

Él sacudió la cabeza.

—No estaba intentando rescatarte cuando dejé que me ataras. Estaba respondiendo a una necesidad sexual. Estaba excitado y tú eras la respuesta.

Brandi dio un paso adelante con los ojos entrecerrados. Estaba siendo bruto a propósito intentando avergonzarla.

—Bien, porque no tienes que rescatarme. Las vacaciones se han acabado y tus obligaciones también.

Su gruñido fue feroz.

—¡Maldita seas! ¿Eso es lo que crees que fue? ¿Una obligación? Yo tengo cientos de obligaciones, señora y normalmente no las resuelvo en la cama.

Brandi se sonrojó con violencia pero se negó a apartar la vista.

—Nuestra situación fue única.

—¡Desde luego que sí! Me utilizaste y ahora has acabado, ¿cierto?

Ella contuvo el aliento dolida.

—¡No!

—Escúchame, Brandi y escúchame bien —tenía el ceño fruncido y la mirada intensa y resuelta—. Mi casa nunca será lujosa como la de Shay, pero es mía y no es algo a lo que vaya a renunciar. Todo lo

demás es negociable. Tengo suficiente dinero como para que la puedas decorar tantas veces como quieras y ya he decidido limitar los casos fuera de la ciudad. La casa es solitaria, pero no estarás sola a menudo. Incluso contrataré a una doncella si esto te hace sentirte mejor. No es una mansión, pero te adaptarás.

Las lágrimas la cegaron y sin pensarlo, le dio un puñetazo en el pecho. Fue como golpear una pared de piedra y lanzó un gemido de dolor antes de retirar la mano contra su propio pecho. Pero Sebastián no pareció ni notarlo.

Brandi se puso de puntillas para mirarlo a los ojos.

—¡Maldito seas, Sebastián! Esto no se trata de dinero. No se trata de una casa, de doncellas o de decoración. Se trata de ti.

Intentó golpearle de nuevo, pero esa vez él la asió por la muñeca.

—Deja de hacer eso. Vas a hacerte daño.

Brandi explotó de rabia.

—¡No me importa el dinero!

—Pero a mí sí. A veces demasiado.

—¡Ja! ¿Y los casos por los que no cobras nada? Me hiciste creer que era alguno ocasionalmente, pero Shay me ha contado que son muchos los que haces gratis.

Él se puso rígido como si no le gustara que escarbaran en aquella parte de su vida.

—No todo el mundo con alguna necesidad tiene dinero. Y yo gano suficiente con los casos importantes.

—¡Ahí es adonde yo quiero llegar! No eres un avaricioso ni te olvidas de la gente necesitada. Dios, si eres el hombre más generoso que he conocido.

—Brandi…

—¡No! Escúchame tú a mí esta vez. Te quiero, grandísimo bruto. Eres un hombre sorprendente considerando lo sexy, fuerte, delicado y… —las palabras se le atragantaron y tuvo que aclararse la garganta antes de mirarlo de nuevo—. Tú puedes tener a la mujer que quieras, Sebastián. No me necesitas a mí.

Los ojos de él se nublaron con una expresión salvaje.

—¡Y un cuerno que no!

—Sebastián…

—Te necesito y te quiero a ti —la atrajo y la apretó contra su duro cuerpo—. Ahora mismo.

Ella dio una patada en el suelo.

—¡No me vas a distraer con el sexo!

Sebastián la asió por las dos muñecas para controlarla con la

suficiente fuerza como para que supiera que no podía escapar. Una lenta sonrisa surcó su cara.

—Estás condenadamente bonita.

Ella dio un respingo.

—¿Me estás escuchando? ¿Has oído una sola palabra de lo que he dicho? Lo nuestro nunca saldrá bien. Tú te mereces todo lo que una mujer pueda ofrecer, pero yo no puedo dártelo porque una parte de mí se ha ido para siempre. Te mereces mucho más de lo que yo puedo… ¡Uff!

Sebastián la apretó contra su cuerpo para ahogar sus protestas. La besó dejándole sentir su furia y deseo y cuando se apartó, Brandi estaba mareada.

—Te he advertido que no hagas eso, que no te infravaloraras. No te desprecies nunca más a ti misma, ¿me oyes? —la besó de nuevo con rapidez—. Te quiero, Brandi. Acepto todas tus flaquezas como espero que tú aceptes las mías. Tenerte a ti me hace sentirme más seguro que cualquier cantidad de dinero que pudiera conseguir y quiero que sepas ahora mismo que nunca te dejaré escapar.

Antes de que Brandi pudiera encontrar un argumento coherente, Sebastián la levantó en brazos, la llevó a la habitación y la tendió sobre la cama matrimonial sin abandonar su boca para ahogar sus quejas. Brandi forcejeó contra él, sobre todo cuando empezó a despojarla de la camiseta. ¡Todavía no habían arreglado nada!

Él no la entendió y sólo murmuró contra sus labios:

—Soy yo, nena. Sólo yo.

Bajó la cabeza hacia uno de sus senos y le chupó con suavidad el pezón. Brandi se arqueó hacia atrás con un ronco grito de placer.

Bajando todo su peso para mantenerla inmóvil, Sebastián deslizó la boca sobre sus senos besándole el otro pezón antes de descender hacia sus costillas. Ella se retorció bajo su peso adorando sentirlo sobre ella. Sus anteriores fantasías combinadas con la repentina aparición de él y su deseo desnudo no dejaban sitio para nada más que para la necesidad. Ya no podía concentrarse en el miedo, el arrepentimiento o lo que pudiera salir bien o mal en el futuro.

Sebastián lanzó un bramido y su mano se deslizó entre sus muslos buscando, palpando. Ya no contuvo su deseo o urgencia esa vez y Brandi gimió.

—Te necesito, cariño. Ahora mismo.

—Sí —dijo Brandi sin pensar, alzando las caderas hacia él.

Sebastián le desabrochó los pantalones cortos y los abrió. Sus largos dedos agarraron la cinturilla y se los deslizó por los muslos arrastrando las bragas con ellos. Sentado entre sus piernas abiertas, la miró. El ardor de sus ojos debería haberla intimidado, pero sólo la

excitó.

Había vuelto y la deseaba. Y había dicho que la amaba.

—¿Sebastián?

—Lo siento, cariño, pero no puedo esperar.

Brandi gritó cuando su boca se pegó a su parte femenina más sensible. Su lengua acarició y exploró, chupó y lamió mordisqueándola con los dientes mientras le mantenía las piernas muy abiertas. Brandi casi no había tenido tiempo de asimilar aquella caricia nueva cuando tuvo un orgasmo. El cuerpo se le arqueó en dirección a su boca cada vez más cerca… Se sintió suspendida en un violento placer durante largo tiempo hasta que las sensaciones empezaron a remitir.

Cuando se desplomó sobre el colchón con la respiración jadeante y el corazón desbocado, Sebastián se apartó y se quitó con rapidez los pantalones.

Manteniendo el peso con los brazos, se instaló entre sus piernas antes de tentar con suavidad entre sus pliegues y lanzar un ronco bramido de placer.

—¡Estás tan caliente y mojada! —se deslizó una pulgada antes de cerrar los ojos—. ¡Y apretada!

Brandi enroscó las piernas alrededor de él. Lo amaba y en ese momento lo necesitaba.

—Sebastián…

Él empujó más y en aquella nueva posición para ella se sintió a merced de sus embates. La sensación de ser totalmente vulnerable a él y de sentirlo tan profundamente dentro de ella aumentó su placer en vez de inhibirlo. Los dos gimieron.

Cuando él se disculpó con voz ahogada, Brandi supo que había pretendido ser lento y suave. Pero su acoplamiento se había hecho urgente. Aquello era salvaje y primario y tan precioso que Brandi tuvo que gritar.

A los pocos minutos, sintió otro orgasmo, pero esa vez fue mejor, las sensaciones más intensas y profundas porque esa vez Sebastián formaba parte de ella. Se enroscó alrededor de su cuerpo y gritó de placer. El ronco bramido de Sebastián lo siguió mientras sus hombros se tensaban y sus caderas se agitaban con frenesí antes de desplomarse sobre ella con el cuerpo inmóvil y saciado.

Brandi deslizó los dedos por su espalda, sólida y musculosa, caliente y húmeda del sudor. Lo adoraba, hasta el último centímetro de su maravilloso cuerpo, desde sus fuertes piernas velludas hasta su mandíbula áspera por la barba. Era el hombre más increíble y si podía creerlo, era suyo.

Sonriendo, murmuró:

—Estabas equivocado.

Él se puso rígido antes de incorporarse despacio. Brandi sintió las lágrimas empañarle los ojos ante su mirada de inseguridad. Alzó la cabeza para besarlo, jugando con sus labios.

—¿En qué?

—Me dijiste que no me gustarían las consecuencias, pero me han encantado.

Sebastián sonrió antes de bajar la frente contra la de ella.

—Te quiero, Brandi. No vuelvas a dejarme nunca más.

—No lo haré si me quieres de verdad.

—Te quiero tanto que me da miedo.

Todo parecía perfecto, pero Brandi tenía que asegurarse.

—Las pesadillas podrían volver.

—Nada tan emocional desaparece por completo. Yo siempre sentiré debilidad por la gente necesitada y me parecerá mal el derroche de dinero. Siempre intervendré en actos de caridad y ayudaré a los necesitados lo máximo que pueda. El pasado forma parte de nosotros mismos convirtiéndonos en las personas que somos. Bueno o malo, tenemos que adaptarnos a lo que somos.

—A mí me encanta cómo eres tú, tus escrúpulos, tu dedicación, tu moralidad. Creo que eres una persona maravillosa, Sebastián.

—Yo también te quiero y solucionaremos lo que surja en la vida juntos.

La besó con dulzura y cuando empezó a dar paso a la pasión, recordó algo.

—Se me olvidó usar el preservativo.

Brandi sonrió ante su preocupación.

—¿Es tu casa lo bastante grande como para un niño o dos?

Sus ojos se volvieron de fuego.

—Sí, hay sitio de sobra. Y hay árboles en el jardín donde se puede construir una casa de juegos. Y podremos pescar en el arroyo de la parte trasera.

Las lágrimas afloraron a los ojos a Brandi, pero consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Yo diría que la vida contigo será perfecta.

Él le abarcó la cara con las manos.

—¿Te casarás conmigo, Brandi?

Sebastián empujó las caderas recordándole que seguía dentro de ella y excitado una vez más. Ella gimió cerrando los ojos mientras sus suaves sacudidas le robaban los pensamientos.

—¿Brandi?

—Sí, me casaré contigo, pero por favor no dejes de hacer lo que

estás haciendo.

Sebastián sonrió y deslizó una mano entre sus cuerpos para buscar su calor haciéndole lanzar un grito de placer. Ahora que había saciado su deseo en parte y había conseguido el compromiso que necesitaba con desesperación podría ir más despacio y excitarla hasta la locura.

Brandi estaba preciosa con aquel increíble pelo negro rizado alrededor de la cara, los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas. Ella lo deseaba y ya no sentía timidez en admitir aquella necesidad. La besó en un pezón y sintió sus músculos internos apretarle.

—¿Brandi? —susurró con los labios contra su suave piel—. ¿Te he contado alguna vez mi mejor fantasía sexual?

Ella abrió los ojos y sonrió.

—No, pero creo que puedes empezar a contármela ahora mismo.

En vez de eso, Sebastián se lo enseñó.

Fin